

OSCAR ALBORTA VELASCO

EN LA RUTA

DE

ÑUFLO DE CHAVES

(El Oriente Boliviano)

Edición financiada por "Premio Simón I. Patiño"
a la Cultura Boliviana.

Concurso de 1952.

LA PAZ-BOLIVIA

1953

GRATITUD

EL AUTOR HACE PUBLICO RECONOCIMIENTO DE GRATITUD, A LOS SIGUIENTES SEÑORES QUE CONTRIBUYERON A LA PUBLICACION DE ESTA OBRA: HUMBERTO VAZQUES MACHICADO, ALBERTO SALINAS LOPEZ, LUIS EMILIO WERNER, LUIS BALLIVIAN SARACHO, PLACIDO MOLINA, GREGORIO REYNOLDS, ROBERTO LEVILLIER, CONSTANCIO VIGIL, AMADO ADIP, RAUL OTERO REICHE, HERNANDO SANABRIA F., JOSE TAMAYO, CARLOS MONTENEGRO.

DEDICO ESTA MI PRIMERA
OBRA A MI SANTA MADRE
A QUIEN TODO LE DEBO.

O. A. V.

Fundación Universitaria Simón I. Patiño

PREMIO ANUAL A LA CULTURA

Obra recomendada

Concurso de 1952

LA PAZ - BOLIVIA

PROLOGO

El panorama geográfico y económico de la República de Bolivia se nos presenta como un conjunto de zonas diversas que a pesar de ello, constituyen un todo homogéneo, precisamente por esa diversificación que no hace sino complementar entre si esas diferentes regiones. Entre la alta montaña que esconde en las nubes sus cimas cubiertas de nieve eterna, y los bosques tropicales con su lujuriosa vegetación, hay toda una gama de variaciones infinitas que se presentan como una sinfonía maravillosa de colores y como un muestrario de riqueza en todos los órdenes de la naturaleza.

Pero, resumiendo en sus grandes síntesis, tenemos a Bolivia dividida en sus tres zonas: la minera o altiplánica que es la más desarrollada; la valluna en plena transformación y la tropical con sus enormes riquezas en potencia aún.

Los infinitos bosques y llanuras del Oriente Boliviano con su clima tropical y su suelo virgen ofrecen incalculables posibilidades tanto en la producción misma, cuanto en la mecanización que allí no encuentra obstáculo alguno, ya que puede desarrollarse por miles de kilómetros cuadrados sin mayor dificultad que la extensión misma.

II

De allí que la zona minera, la más poblada y esencialmente consumidora, tiene que complementarse con la producción de la zona tropical, cumpliéndose en esta forma lo que ya se ha dicho por ilustres tratadistas: que el Oriente Tropical es la integración del Mucizo Boliviano, o viceversa.

Planteada así, en su pristina sencillez esta tesis queda pues fuera de toda duda que cualquier intento por vincular estas dos partes componentes de Bolivia, sea en lo material de las vías de comunicación como en lo espiritual de su mejor conocimiento mutuo, es digna de todo encomio y merece no sólo el aplauso sino la colaboración esforzada de todos y cada uno de los bolivianos ya que esa unión es el sostén más fuerte de la nacionalidad.

Y, precisamente en este terreno y con estos propósitos aparece este libro "EN LA RUTA DE NUFRIO DE CHAVES", de que es autor el Ingeniero Agrónomo señor Oscar Alborta Velasco, quien tanto en el campo periodístico como en el de la acción práctica viene trabajando de antiguo por un mejor conocimiento y una más estrecha vinculación entre Oriente y Altiplano, para así forjar la gran Bolivia del futuro con la cual todos soñamos.

Al ingeniero Alborta Velasco le viene de lejos la vocación que trasunta en estas páginas; tanto por el lado paterno como por el materno, cuenta con hombres de trabajo y de letras que constituyen una progenie de altos quilates para su espíritu inquieto.

III

Oscar Alborta Velasco, nacido y educado en la región minera, llegó un día al Oriente tropical y cayó bajo el embrujo que irradian sus bosques y sus campos. Hombre práctico al fin y técnico en el ramo, pronto el ensueño poético se transformó en ansia de trabajo y labor para volcar toda esa riqueza en potencia a los más lejanos ámbitos de la nacionalidad que harto la necesita para robustecer su estructura económica y por ende la internacional.

Fruto de esas inquietudes es este libro en el cual en amable consorcio alterna las evocaciones históricas, la descripción literaria y el tecnicismo del economista. Aunque el propio autor niegue toda pretensión literaria, el libro tiene su gran mérito en este aspecto, pues la agilidad del estilo y la emoción puesta en las descripciones le dan sabor de fruto natural y tierno. En cuanto a su información científica, ya es otra cosa, pues Alborta Velasco, como profesional concienzudo, trata de documentar sus asertos en la forma más sólida posible. Todo ello se tomó en cuenta para recomendar su publicación a la Fundación Universitaria "Simón I. Patiño", que es quien realizó esta obra.

Justamente tierras ignotas que más parecen de leyenda que otra cosa, cual las de Santa Cruz, necesitaban un libro así: una presentación grata y ligera, para enseguida adentrarse a los problemas de la producción, la distribución y del consumo que forman la esencia científica del libro. Con esto el curioso analista, como el comerciante interesado encontrarán en sus páginas aquel material que buscan para recreo dilecto o para información positiva.

IV

Y esto lo necesita harto Santa Cruz. Estamos hartos de que la literatura oficial y profana derroche el ditirambo cantando glorias de lo que fué y de lo que podrá ser. El verso eglógico, como el discurso político ya no tienen eco en nuestra mentalidad de cruceños, pues se ha abusado tanto de unos y otros para adormecernos, que han perdido ya su sentido.

Santa Cruz quiere ser parte de la vida actual, en toda su rudeza. Por eso pide acción específica; obra tangible y no palabras ni promesas vanas; sabe lo que es y lo que vale y boliviana hasta la médula, quiere tomar el sitio que le corresponde en los derechos y deberes patrióticos que le incumben dentro de la nacionalidad. Su patriotismo tiene una tradición cuatro veces secular que las páginas rojas de nuestra historia no hacen sino confirmar.

Cuando en Lima el 15 de Febrero de 1560, el virrey Don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete nombraba a Nufrio de Chaves teniente de gobernador de la provincia de Moxos que tal era el nombre genérico del actual trópico boliviano, no sabía que estaba señalando el hito inicial de la nacionalidad boliviana, pues en virtud de tal acto gubernativo, el oriente se incorporó a la jurisdicción charquina y las fuerzas económico-administrativas sellaron para siempre su unión al núcleo central minero-político: Potosí-Charcas, alrededor del cual durante los tres siglos de la colonia se fué gestando, callada pero seguramente, la conciencia nacional de ese todo que hoy es Bolivia.

Factores de orden caminero e internacional, volcaron a Bolivia por entero al Pacífico, olvidándose del Oriente. Las transformaciones de la economía mundial, así como de los medios de transporte, al par que dolores y desgracias íntimas han hecho que Bolivia se busque a sí misma: que vaya hasta sus alejados rincones a pedir la obra de conjunto de todos sus hijos, para subsistir y triunfar. Y entonces ha llegado también la hora de Santa Cruz, que es la hora de la patria toda.

Por lo mismo, cuando es el momento de preguntarse que es y que puede ser Santa Cruz, aparece este libro a responder a ese interrogante y a mostrar como en un mosaico lo que significa esa tierra y la gente que la habita como contribución a la obra común de hacer patria.

Y este mérito, es el mejor elogio que pudiera hacerse del libro de Oscar Alborta Velasco. De ardiente fé nacionalista, es un sillar hondo en la obra de conocernos y unirnos más. Y es bastante.

La Paz, 10 de Febrero de 1953.

HUMBERTO VAZQUEZ - MACHICADO

PROEMIO

Pocas de las figuras de la Conquista española están nimbadas de tan pura gloria como la del Muy Magnífico Señor D. Nuño de Chaves, Conquistador del Oriente de Bolivia. Extremeño como una gran mayoría de los capitanes de la epopeya, fué un exponente de los hombres que hicieron posible el milagro de la Conquista, los constructores de España la Grande, en cuyos dominios no se ponía el sol...

Fué la Extremadura con la Andalucía, patria de los más esforzados varones de la épica aventura, y así, Pinzones, Alvaro Nuñez, Juan Diaz de Solís, Gonzalo Jimenez de Quesada, Pedro de Méndcza, eran de las tierras mimadas por Dios, de la Andalucía; y fueron extremeños: Hernando de Soto, Francisco de Orellana, Vasco Nuñez de Balboa, los Pizarro, Pedro de Valdivia, Sebastián de Benalcázar, Hernán Cortés, Pedro de Alvarado y otros.

El desangre humano que hirió de muerte a la Madre España para dar vida a sus hijas americanas, afectó tanto a la Extremadura, que a fines del siglo XVI había quedado casi despoblada. Parecía que ciudades y campiñas habían sufrido el hechizo de un encantamiento y que un rayo de muerte las tocó de súbito para dejarlas desoladas, sin vida. Casi todos los hombres se habían marchado a la América.

A esa raza de titanes perteneció Nuño de Chaves.

Nacido en Trujillo como tantos Conquistadores, procedía de la casa de los Chaves, que por cierto, "fué muy principal". La pluma del historiador Enrique Finot, ha producido hermosas páginas sobre el héroe epónimo del Oriente, en el libro que lleva el

título de "Historia de la Conquista del Oriente Boliviano". Asevera en ese libro, que siendo Chaves de ilustre prosapia, pues entroncaba su familia con las de Calderón, Orellana, Sotomayor, Escobar, Villarroel, Orosco y otras casas ilustres, también atesoraba en su alma, las más grandes virtudes.

Temerario —no ya valiente— en los combates, también sabía del perdón generoso para el vencido. Sagaz y conciliador, parecía conocer todos los secretos del corazón humano. Sólo así se explica cómo únicamente por el poder de su fascinación personal pudo conquistar el afecto de una de las razas más soberbias y reacias a tratar con el blanco y que con la araucana en toda la América, nunca pudo ser reducida hasta nuestros días: la raza de los chiriguanaes.

De intachable vida privada aún en medio de la vorágine de pasiones que significó la Conquista, donde la codicia, el crimen y lujuria no tenían vallas, vivió una bella historia de amor con su noble esposa Doña Elvira de Mendoza y Manrique.

Las hazañas y gestos de su vida fueron de los escogidos, a los que nada falta: ni cultura, ni aristocracia del alma, pues siendo hidalgo de buena sangre, supo, también, hacer gala de nobleza de espíritu. Sabido es que era hermano del confesor de Felipe II y tenía un hermano mayorazgo, pero bien poco sabemos de su vida en España, y sólo conocemos de sus glorias y miserias vividas en América.

Profundamente inteligente, supo columbrar la importancia que tendrían en el futuro las tierras por él descubiertas, que enfrentando a tres sistemas geográficos diferentes, el Amazónico, el del Río de la Plata y el Andino, se constituirían en el eje de gravitación y equilibrio continental. Se explica así cómo, aún a sabiendas que en ellas no existía el oro, seguro señuelo para la ambición de los Conquistadores, las amó como supo amar a su lejana patria extremeña de mieses y pasturas, correspondiéndole la gloria de ser el creador e impulsor de las industrias de la Madre Tierra en el Oriente de Bolivia.

Empero, sus afanes y trabajos le dieron más gloria que provecho. Empeñado, en la Conquista de una vasta extensión territorial en el corazón mismo del Continente, fué pronto olvidado por los Virreyes de Lima, calumniado por los Gobernadores de Asunción, sufriendo con su familia toda la ingratitude de los Reyes.

Y luchó solo, haciendo de Santa Cruz de la Sierra un baluarte contra la barbarie. Empobrecido en la dura lucha para vencer una naturaleza estupenda y bravía no pudo ver cumplida su gran empresa colonizadora, al perecer en una emboscada de salvajes.

La tragedia de Ñuflo de Chaves, fué la tragedia de la ciudad por él fundada. Aislada de los centros poblados de América por enormes desiertos, fué echada al olvido por Lima, Charcas, Asunción y Buenos Aires, cumpliendo la misión histórica de contener la ola de barbarie por siglos enteros. Bien dice de su difícil y amarga gloria, Roberto Levillier, ilustre historiador argentino: "Pero jamás, cediéron en sus empeños los civilizadores cristianos, ni abandonaron la partida, y quedaron en pie los fortines de avanzada en medio del clima ardiente, defendiendo con su presencia las ciudades que progresaban a retaguardia, mientras ellos vegetaban en el aislamiento, la pobreza, los peligros de guazabaras indígenas. Tiene Santa Cruz de la Sierra, particularmente derecho a la gratitud del occidente boliviano, al punto que merecería ostentar en su escudo el mismo símbolo de abnegación de Sevilla, y su ingeniosa divisa: NO - MADEJA - DO..."

Por siglos vivió el pueblo de Santa Cruz, el más completo de los abandonos, pues es total el desconocimiento de sus problemas en la Bolivia serrana, ya no por los hombres de la calle, sino también, por los intelectuales y hombres de Estado, que siempre juzgaron a la tierra Oriental a través de sus prejuicios.

Para destruir esos prejuicios y hacer justicia a un pueblo heroico está escrito este libro. Nació en el teatro mismo de las hazañas del gran caudillo, y tiene toda la emoción de lo vivido.

Como no hay peor libro que aquel que nunca se pudo escribir, damos a luz esta obra sin otra ambición que la de contribuir al conocimiento del Oriente de Bolivia.

Rendimos también nuestro fervoroso homenaje a la España de la epopeya, tan difamada y que fué cuna de titanes como Ñuflo de Chaves, soldados que fueron magníficos colonizadores. Dice Humboldt, al referirse a esos hombres: "Cuando estudiamos la Historia de la Conquista, admiramos la actividad extraordinaria con que los españoles del siglo XVI extendieron el cultivo de los vegetales europeos en las planicies de las Cordilleras, desde un extremo al otro del Continente. Los eclesiásticos y sobre todo, los misioneros contribuyeron a esos progresos rápidos de la industria. Las huertas de los conventos y los curatos eran almacenes de donde salían los vegetales útiles recientemente aclimatados. Los mismos Conquistadores se dedicaban en su vejez a la vida de los campos, cultivando con preferencia las plantas que les recordaban la tierra natal; contando Garcilazo como su padre, el valiente Andrés de la Vega, reunió a sus compañeros de armas para compartir con ellos los primeros espárragos..."

Pizarro mismo, refiere Agustín de Zárate, en su "Historia del Perú", "...fué muy aficionado a acrescentar aquella tierra, labrándola y cultivándola..."

Siguió el autor al hacer la interpretación de la tierra oriental, la ruta que un día tomara el Precursor, la que hará la grandeza de Bolivia, que partiendo de Santa Cruz, llegaba atravesando el altiplano, hasta Lima, la española.

La olvidada ruta de Ñuflo de Chaves.

*
* * *

En el corazón del Continente, aislada de toda influencia exterior por centenares de leguas de bosque, permaneció por cuatro siglos la Muy Noble y Leal ciudad de Santa Cruz de la Sierra. De prosapia andaluza fué fundada por meridionales, cuyos apelli-

dos se conservan aún con todo vigor. Ese núcleo de población se mantuvo puro por el aislamiento, y ocurrió por ello un caso notable de la Historia del Nuevo Mundo: el de la persistencia de una población típicamente andaluza, dormida en sueño de siglos, en el embrujo de las selvas.

Es por ese motivo que la ciudad de Ñuflo de Chaves, es sin duda, una de las más interesantes de América: casonas coloniales de enjalbegadas paredes y amplios corredores; sopor de galbana en calles turbadas en su quietud por carretones tirados por bueyes; patios umbrosos, olorosos a flores, con el clásico aljibe; aroma de azahares en el aire. Y luego, noches de luna incomparables: serenatas junto a la reja florida; rondas infantiles que traen el alma de la Colonia, y sobre todas las cosas, como bella flor que todo lo alegra, mujeres como muñecas, con toda la gracia soberana de sus abuelas.

Sus praderas siempre engalanadas de primavera, bordeadas de blancas casitas de rojo techo, ofrecen tales perspectivas de paisaje, que muy pocas pueden igualar. Hay diversidad de árboles y flores, y la diadema de los seibos, florecidos de sangre y rosa pálida, y el lila de los tarumás, decoran campos y huertas. Palmeras de elegante porte; toborochis, que parecen estilizados por el sueño de un exquisito artista; orquídeas, tenues mariposas vegetales; flores exóticas que entregan su aroma a la brisa que pasa, ofrecen al decorador, al pintor, al pensador, motivos dignos de explotar.

"Cielos azules de ensueño", como cantara el poeta, son los cielos de la tierra cambia: altos, combos, de cristalina luminosidad. A la siesta, se cubren de nubecillas y la Naturaleza parece entonar su himno inmortal. Es estridente y adormecedora la música de grillos y otros insectos y asciende hacia el cielo un vaho caliente de la tierra generosa. Las noches en la jungla, son aún más bellas: hay frescura en el ambiente perfumado de azahares y bananeros, y desde la selva llegan voces misteriosas, que nos dicen de ayuntamientos, de oscuros connubios en la floresta.

Fundada la República, Santa Cruz de la Sierra, siguió cumpliendo su misión histórica: la de llevar la vida a las regiones más desconocidas del territorio patrio. Es muy difícil percibir la poesía de la acción y aún no se ensalzó lo suficiente a los hombres que plantaron un árbol, abrieron una senda, levantaron una casa, dejando en la tierra virgen, la huella fecunda del arado, y tal es la ejecutoria de los colonizadores cruceños. Y mientras en la sierra se vivía en el fragor de luchas fratricidas, los orientales violaron la selva, ganándola para la civilización. La conquista de un enorme jirón del corazón de la América Meridional, es la mayor de las glorias del solar cruceño. Una raza que tiene un claro sentido de la vida y que es capaz de producir hombres de la talla de un Gabriel René Moreno, es merecedora de un puesto de honor en el concierto de pueblos, en América, nuestra patria común.

El carretón en el que el colonizador, acompañado de su familia, de la que la mujer era el alma, atravesaba las pampas orientales, es pues, un símbolo, que rememoramos en este libro, ofrenda a Santa Cruz de la Sierra, la castiza, la colonizadora.

PRIMERA PARTE

T I E R R A

(Descripción del medio físico de las Provincias cruceñas)

CAPITULO I

VALLES DEL SOL

Entre las últimas estribaciones de la Cordillera Oriental de los Andes y cerca del límite donde las sierras parecen morir en el suave regazo de las llanuras orientales, estrechándose entre cerros muchas villas de origen español, que permanecen aisladas y forman la Provincia de Vallegrande. Tan importante Provincia, tiene por capital a la ciudad de Vallegrande, ocupando un terreno cortado que forma algunos valles y quebradas extensas, pues el ramal de San Pedrillo se separa del grueso de la Cordillera y cruza la Provincia, para morir en la confluencia de los ríos Mizque y Guapay.

Vallegrande fué un sangriento teatro en la Guerra de la Independencia. Las pampas de Jague, el pueblo de Chilón y las calles de Comarapa se tiñeron de miles de rosas rojas del sacrificio por el ideal libertario, en lucha contra el feroz Aguilera. La plaza del pueblo de Chilón, aún conserva el árbol de algarrobo donde fueron colgados muchos patriotas; los campos de la Provincia supieron también del heroísmo del guerrillero José Manuel Vela, alias el "Sin Bautizo", nacido en Comarapa, que sostuvo en ese pueblo sangrientos combates como el del 22 de agosto de 1817.

Es el territorio de la Provincia, pródigo en los más alocados contrastes físicos y ofrece la más grande variedad de paisajes y climas y junto a los fríos altiplanos del Veladero en Moromoro, se encuentran quebradas cálidas como la del Río Mizque, de donde llegan todos los frutos de las tierras abrasadas; y ocupando los valles, tiene pintorescas poblaciones como las de Vallegrande, Samaipata, Comarapa, Pucará y otras de claro origen peninsular. El aislamiento por la falta de vías de comunicación, hizo posible que estos pueblos serranos conserven todo el tipo colonial y que sus costumbres tengan tanto colorido.

Parecen colocados por un decorador entre serranías, siendo villorrios donde las pasiones humanas no tienen vallas y la vida es fácil por la riqueza del suelo. El de Comarapa, el más ignorado de la República, es productor de todas las cosechas de la zona templada, y sin duda, una Jauja llena de encantos.

Fundóse Comarapa con el nombre de Ciudad de Santa María de la Guardia y Mendoza, y fué su fundador D. Pedro Lucio de Escalante y Mendoza, el 11 de junio de 1615, y por especial encargo del Virrey del Perú, Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montes Claros, conociéndose también esta villa con el nombre de Villa de Oropeza.

Su importancia no pudo pasar por alto a la zahorí mirada del Gobernador D. Francisco de Viedma, que en el informe de 22 de marzo de 1793, elevado a Su Excelencia D. Nicolás de Arredondo, Virrey de Buenos Aires, dice: "La situación de Comarapa está en el río de su nombre por la parte del este. Su capital se está haciendo de nuevo y tiene

bastante extensión. El temperamento es muy saludable, sus terrenos producen trigo, cebada, ají. El pueblo consta de 1448 españoles, 1480 mestizos, 352 mulatos, 50 indios y 6 negros que hacen un total de 3376 habitantes..."

Este pueblo que con el de Pocona fué destruído por los feroces yuracarés en los lejanos años de su fundación, tiene blancas casitas de rojas tejas, que trepan por una loma y está rodeada por una cinta de plata de un río de aguas cristalinas. Árboles de Seibo, el árbol que constituye el orgullo de muchos países suramericanos que lo hicieron su árbol nacional, forman en el río, rincones de sombra, mientras que de las huertas llega el olor a campo, hecho de alfalfares, mieses y frutales.

Cuando los españoles surcaron por primera vez las turbias aguas del Río de la Plata; las del anchuroso Paraná y las del Uruguay, nuevecito, pedregoso y hondo, llámóles mucho la atención un árbol achaparrado que abundaba en las riberas, que encendía la maraña con la sangre de sus rojas flores. Era el Seibo, árbol americano de flor amariposada. Los quechuas del valle de Cochabamba lo nombran Chilliichi, y es llamado Cuñuri por los vallegrandinos. El Cuñuri, es el Gallito de Chuquisaca y el Cosorió de Santa Cruz, aunque éste, es una especie distinta y tiene una hermosa flor color rosa. Los guaraníes que lo aprecian mucho lo llaman Suinandí, y los guarayos de la Provincia Velasco lo veneran con el nombre de Tuirenda, bajo la creencia de que de su cima se elevó al cielo el Dios Tamoi.

Era una tarde quieta en la que el viento apenas hacía mover las hojas de los árboles y el sol serrano quemaba

a fuego. En el cielo y en el ambiente la más beatífica serenidad. De pronto, sorprendíome, en un recodo del río, el estruendo de aguas que parecían llegar de una alquería cercana. Gratamente impresionado crucé el riacho, y al ascender a un ribazo, sentí la más grata frescura que inundaba los aires, que se llenaban de irisados reflejos, de cristalinidad gotas deshechas al fragor del choque entre peñascos. Era un antiguo molino español, que elabora los trigos y maíces de la región. Situado en la margen derecha del arroyo, desde una prominencia, un sólido dique de piedra convertía en cascada espumosa, el agua del riachuelo prisionero, cascada que cambiaba de color al sol de la tarde, pues una vez hacía verde mar, para tornarse luego de color turquesa.

El vetusto edificio del molino, construido sobre grandes piedras, era indudablemente de centurias, y veíanse en sus alrededores muelas de antaño y bloques de piedra apoyados contra la base de los muros cubiertos de musgos azules y verdes. Tiestos de flores adornaban los antepechos de las ventanas, y el ruinoso molino parecía arrullar su siesta al runruneo de una melodía indígena, repetida por el rumor de las muelas y el fragor de la cascada. Adormecidos casi, por el fuego del sol andino que daba tan fuerte fulgor a los pedrones que lastimaban la vista, y al fresco arrullo de la rumorosa cascada, contemplábamos el cielo de añil y el diáfano cristal del aire de esta Arcadia dichosa.

Tierras de pan llevar las de Vallegrande, producen todo cuanto la ambición humana puede desear: trigales ascienden por cerros y lomas y el maíz deja ver sus espigas dondequiera se tienda la mirada. El verde oscuro de los papales alternaba con los cultivos de habas en flor; plani-

cies retaceadas de alfalfares, cebadales de verde claro, llegaban hasta el pie de los cerros. La papa, ese otro regalo de la América a la Humanidad, que vale más que todo el oro y la plata extraídos de sus minas, abunda en esta privilegiada región. Infinidad de especies forestales llenan las rinconadas y los valles calientes poseen las maderas más finas para ebanistería y construcciones como el Quebracho Colorado o Soto, Tipas, Molles y Chirimolles y el Jacarandá o el Tarco de los quechuas, de flor lila y valiosa madera para la industria del mueble. Todas las especies frutales del clima del trigo y de la vid prosperan admirablemente, y perales, higueras, durazneros y manzanos alegran las huertas, y por último, la vid, consuelo de mortales, obsequio de los Dioses, la que tanta alegría y contentamiento trae al Mundo, es otro regalo de este país.

En la zona de San Isidro, muy cerca del pueblo de Comarapa, comarca donde el sol dora muchas frutas, la uva se dá con gran facilidad y las condiciones de clima y suelo, harán de ella, la más privilegiada de la República para tan importante cultivo. Un clima caliente y seco; arroyos que corren el año entero; suelos permeables, profundos, frescos, hacen de esta región la más favorecida para el más noble de los cultivos como el de la vid, pero sin embargo de ello, San Isidro, continúa ignorada y espera el esfuerzo del inmigrante para florecer. En la actualidad muy pocos hombres de campo, tienen parrales, aunque los padres Redentoristas, gentes de esfuerzo, invitan a sus huéspedes en su Convento de Vallegrande, exquisitos vinos de la uva de San Isidro.

Retornamos al pueblo dormido en plácida siesta e ingresamos a sus calles empedradas de grandes e irregulares

adoquines. Cruzamos un puentecillo de piedra ascendiendo una empinada callejuela que alinea pequeñas casitas techadas de teja, que trepan al cerro. Todas las puertas de casa están abiertas y lucen en una caña, el rojo pendón de venta de chicha; no se vé un solo ser viviente y a la intensa luz del sol, es aturdidor el rumor de los moscardones en el bochorno de la tarde. Vemos por las puertas, las habitaciones al parecer desiertas de las casitas. Largas bancas sin espaldar y de asiento de cuero; modestas mesas donde brillan barrigudas jarras de cristal llenas de dorada chicha, decoran las salas y por todas partes véense tinajas y enormes cántaros de la bebida imperial. Nuestros pasos estremecen el sueño de las callejuelas. De pronto creímos percibir rumores de risas y cantos y oímos rasguear de charangos. Ahora llega a nuestros oídos claramente el musical idioma de los incas, que es muy grande la influencia quechua en estas regiones. Una casita estaba tan atestada de gente como silenciosas las otras, y pudimos ver a los cantores, que son dos mozos cetrinos, de ponchos que gritaban por sus vivos colores, su origen quechua, músicos vecinos tal vez de la próxima aldea de Pasorapa, que se encuentra en la jurisdicción del Departamento de Cochabamba.

Sus bien timbradas voces, resonaban claras a pesar de la bulliciosa cháchara de los concurrentes, entre los que se podían ver a mozas morenas de ojos negríssimos, senos turgentes, caderas poderosas. Llámanme también la atención, dos indios que lucen la española montera, y que aún con el pequeño poncho de vivos colores, tan deshilachado y pobre, y modestas ojotas, conservaban un aire marcial y digno. Es singular esta prenda guerrera que España dejó en los pueblecillos quechuas del corazón de Bolivia. Adoptada fácil-

mente por esa raza, que en sus núcleos más puros de población es de facciones muy regulares, casi europeas, salvo el endrino color, dá especial arrogancia a estos indios altos y graves. Así uno de ellos, que lucía una pera, digna del más marcial de los Mosqueteros, ceñido el medio yelmo de cuero adornado de borlas rojas en la alta cabeza, causaba la más rara impresión entre la emponchada gente que lo rodeaba. Parecía un Capitán de los de Flandes, que quemado de los soles de sus campañas, volviera como un fantasma a este su alejado teatro de sus hazañas. Su lastimoso y deshilachado ponchito de todas las combinaciones del rojo, y sus pobres abarcas de pastor, no desentonaban mucho con la española prenda, por su altivo continente y noble estatura.

Es notable el hecho que los quechuas puros, como los guarayos del Oriente de Bolivia, son de rostro de facciones finas y aún barbado. No es raro encontrar hombres de barba llena, productos tal vez de lejanos mestizajes y es muy común el tipo de bigote ralo de acabado aspecto mongóico.

Riela el sol sobre el empedrado y el cielo nítidamente azul no tiene una sola nube. Paz, quietud, sosiego, son las características de este pueblo. Sus hombres enraizados en la Madre Tierra es muy hondo connubio, no tienen esa prisa de vivir afiebradamente. Las fatigosas faenas del laboreo del suelo, no representan para ellos el desesperado esfuerzo para ganar dinero, como para cubrir una obligación bancaria, sino casi una actitud moral. Pacientemente, con prolijidad, trabajan en la reducida heredad, esfuerzo que la tibieza del valle devuelve pródigamente en frutos genero-

sos; pacientemente también recorren largas distancias transportando sus productos y los ajenos, arriando sus recuas de mulos y de asnos en largas jornadas de sol, que parecen interminables; las abras de los picachos, las apachetas de las cuchillas, saben de su paciente esfuerzo, que los hace cruzar desiertos, ascender serranías, penetrar vegas y solo el cantar de los ríos entre pedrones, el golpear de los cencerros y el rasguear de los charangos, interrumpen sus cavilaciones, que en el fondo no son otra cosa que su plena identificación con su tierra serrana. También sus ferias y mercados dominicales son una expresión del profundo sentido social que los anima; pues el indio asiste al mercado ya no con el espíritu europeo de obtener simplemente utilidades, sino con el de buscar contactos sociales, en agradable relación humana que hizo posible la formación del Imperio Socialista del Cuzco. El indio por ello, nunca tiene prisa de vender sus productos y solo en él se puede hallar, el orgullo del oficio, de la artesanía improductiva, de trabajar por el placer del trabajo, cosas bellas sin valor en el mercado.

Parece haber ordenado y dispuesto su tiempo en jornadas invariables; en un casillero de un rígido Calendario espiritual, y de ahí, su profunda contrariedad cuando una extraordinaria circunstancia altera el ritmo de su vida, dándose el caso de arrieros que rechacen el ofrecimiento del transporte de sus productos en camión, aún gratuitamente, rápido viaje que les ahorraría muchas fatigas, para salvar tan solo la independencia de su vida; de labriegos, y todos los indios lo son, que no sientan la necesidad de mejorar las condiciones de su vida tan elemental, limitándose tan solo, a cultivar lo indispensable para colmar sus trojes, que los hacen comer frugalmente durante todo el año y beber su

chicha en ciertas épocas y festividades. Su aparente melancolía, su indiferencia casi mineral para los problemas del blanco, provienen de su profunda vida interior, que no puede analizar, que no vivisecciona con el bisturí de la filosofía, pero que se transparenta en la lógica de los hechos de su sencilla vida. Y de ahí, se explica este rasguear de los charangos que parece incansable, que golpea nuestros oídos por noches enteras; de ahí, el beber su dorada chicha, desde la alborada clara hasta la salida de las estrellas, en esos días que destina a su íntimo regocijo, en comunión con el paisaje, en el que el sol radiante se quiebra en los cerros azules; días en los que canta y hace brotar de los charangos, canciones del venero folklórico más rico del Continente.

Empero, a pesar de ser tan grande la influencia quechua en la Provincia, sobre todo en los Cantones Moromoro y éste de Comarapa, la población es predominantemente blanca o altamente mestizada.

“Grandes cosas ocurren cuando los hombres y las montañas se juntan”, dijo Blacke, y es indudable que la raza colonizadora sufrió un especial proceso de mejoramiento físico, sea por este clima de altura, sano y libre de enfermedades; la pureza del aire, el fuerte sol serrano, la abundancia de cereales de alto valor alimenticio, como el trigo y maíz. Estos muchachuelos morenísimos, semidesnudos y descalzos que corretean por las calles, con la cara de manzanita criolla, quemada y reventando de sangre; sólido esqueleto, nívea dentadura por la abundancia de calcio entre las sales minerales de su suelo privilegiado, son ejemplares de una raza de excepción, que dió al Departamento y la República, una

pléyade de hombres ilustres que salieron de aldeas como ésta de Comarapa.

Fué oriundo de la Provincia, el Dr. Pedro Vicente Caballero, nacido en el lugar llamado Tallacucho, próximo a Comarapa, figura prócer a quien le cupo el honor, conjuntamente con el Dr. Antonio Vicente Seoane, de firmar el Acta de la Independencia, en representación del Departamento de Santa Cruz. Manuel María Caballero, su ilustre hijo, es considerado por historiadores y críticos como Humberto Vazquez Machicado, como el más grande cerebro y la mentalidad más pujante de Bolivia en el siglo XIX. Hizo sus estudios en San Francisco Xavier y representó a su Provincia y a la Capital de la República en varias Legislaturas, sobresaliendo por su claro talento y sus dotes oratorias. Ilustre Maestro de Gabriel René Moreno, del que mereció un estudio biográfico, fué filósofo, jurista y orador de altos vuelos. "Escribió la primera novela aparecida en Bolivia —dice Hernando Sanabria Fernández, escritor nacido también en la Provincia— "la misma que fué publicada en Sucre, por "Aurora Literaria", y una segunda edición en Chile, cuando él, ya había muerto, con prólogo y notas de Gabriel René Moreno. Escribió también sobre derecho, sobre literatura y crítica de arte. Se le dió también por las ciencias químicas, puras y aplicadas. Llegó a fabricar porcelanas, tazas y platos de ese material. Murió en Sucre el 14 de mayo de 1865, en la última pobreza, desempeñando las funciones de Cancellario o Rector de la Universidad. No tuvo ropa que lo velen, y sus alumnos lo amortajaron con la bandera nacional..."

El filósofo potosino Benjamín Fernández, el Comte boliviano, campeón del positivismo en un ambiente tan con-

servador como el de la capital de la República, fué también su discípulo y debe mucho de su formación intelectual a este pensador huraño pero genial que estudiaba con fervor los enciclopedistas. "Fernández —dice Francovich—, sufrió el influjo de esa personalidad serena y luminosa que vivió consagrado a la meditación y a la docencia en la ciudad universitaria".

Altos espíritus como Diego Felipe de Lira, el Francisco Caldas boliviano, Abogado y Maestro, Astrónomo y Matemático, que enloqueció víctima de la barbarie melgarejista que destruyó su biblioteca en 1883; Miguel de los Santos Taborga que polemizó con Fernández hasta su muerte; Samuel Oropeza, Simón Caballero, Federico Ruck Uriburu, recibieron el fuego del espíritu del gran hombre que vivía en el más cruel abandono de sí mismo. Santiago Vaca Guzmán, de linajuda estirpe andaluza establecida en Portachuelo, puro núcleo de población española en el Oriente de Bolivia, fué también su ilustre discípulo. Fué Santiago Vaca Guzmán, periodista de nacimiento, novelista, crítico, historiador, autor de opúsculos sobre derecho internacional. Encargado de Negocios en el Paraguay, Ministro Plenipotenciario en la Argentina, fué el tipo más acabado del polígrafo. Exilado en 1871, a raíz de una campaña periodística contra el Gobierno, se trasladó a Córdoba primero y luego a Buenos Aires, donde se radicó definitivamente.

La República está pues en deuda de gratitud con este ilustre Manuel María Caballero, hijo de Vallegrande, filósofo huraño y reconcentrado, pobre y orgulloso, que tuvo por toda mortaja, los colores del pabellón nacional.

Un hijo de Postrevalle, llamó a la tierra de su nacimiento con el muy sonoro nombre del "Jardín de las Delicias". Nunca pudo darse nombre tan bien puesto. Es Postrevalle de delicioso clima templado, con muchas huertas de frutales y praderas cruzadas por dos ríos. Se oye el rumor de corrientes muy impetuosas, de agua clara. Maíz en las chacras, pomares y parrales en las huertas. Nada falta a sus moradores, que viven en la vida inocente y feliz de los días del Colonaje. La sangre española conservada pura por el aislamiento produjo un interesante tipo humano, muy mejorado por el clima templado, fácil vida y sanas costumbres, que dá hermosos ejemplares de mujer, de morenas y bruniadas carnes y "ojos de cañamiel, de miel castaña". Hermosas, afables y decidoras con los forasteros, tienen una particular manera de hablar, que se asemeja un poco al castellano hablado por los pobladores de Tarija y se diferencia notablemente de la entonación de la gente de Santa Cruz. Transcribimos un Romance de un poeta del lugar, Hugo Lijerón Jordán, en el habla popular de su tierra:

"Vengo del picacho
p' al mogote y a la hoyada
me trujo la pichitanga
con su tristoná silbada

Imillita Chilcareña
sé que me decías togao
porque p' al pueblo y ido
si supieras mi vidita
las cosas que te i comprao...

En dos embiones y guelto
con mi kepi y mi guitarra
a quererte ya i venío
y a que me des la ambrosía
en tutuma de aquel tari
que partí yo junto al molle
en dos mitades iguales

Imillita chilcareña
chispitas estan tus ojos
como el saguinto más negro
de la sombra de la aguada;
quiero probar tus labios
de miel de lachiguana
y sentir tus senos tibios
mezcla de fuego y valle;
quiero que des mi cinto
tejido con tus pestañas
y las humintas calientes
de la primera jorneada
p' olvidar ya las penas
que en el pueblo me embargaban".

En las tardes de sol, es fácil ver en las fuentes, muchas aguateras de fino tipo y cuerpos esculturales, parlotando alegremente y enseñando al sonreír, níveas dentaduras. Es muy común el tipo rubio de ojos claros, viéndose con frecuencia, rizadas cabelleras de oro aún entre las más humildes zagalas. No fué pues un exceso de cariño o imaginación, el que llevó al dichoso hijo de Postrevalle a bau-

tizar con nombre tan sonoro a la tierra de su nacimiento, y bien se comprende su nostalgia cuando lejos de ella, la añoraba a la distancia...

Postrervalle, el "Jardín de las Delicias"; el pueblo de Comarapa y otras aldeas de la Provincia, viven aún la vida colonial y son herederas de costumbres y tradiciones andaluzas. En los atardeceres, se oyen en tertulias, consejas llenas de poesía, que se transmiten de generación en generación, y todo predispone en estos valles del sol, al ensueño, por la suave belleza del paisaje formado por el feliz encuentro del llano de verde fulgurante con las sierras de azules cerros y cielos de cristal.

CAPITULO II

VALLEGRANDE

La Conquista del Oriente, tan lenta y difícilmente realizada, encontró un serio obstáculo en la rara obstinación y temple de acero de la raza chiriguana, convirtiéndose esa raza guerrera, en verdadera pesadilla para los Virreyes de Lima.

Trasladada San Lorenzo el Real de la Frontera a la margen occidental del Río Grande, en los llanos del Grigotá, por Lorenzo Suarez de Figueroa, y sobre todo, por su segundo, Gonzalo Solís de Holguín, en el año de 1595, era continuamente amagada por los chiriguanaes. Deseando entonces el Virrey del Perú, Don Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montes Claros, proteger a la nueva ciudad de Santa Cruz con una población que sirviera de nexo entre las villas andinas y la ciudad oriental, encomendó al Capitán Don Pedro de Escalante y Mendoza, la fundación de una ciudad en el país que habiendo sido tenazmente defendido por los incas desde sus fortalezas de Samaipata, Pulquina y Pucarará, estaba en la ruta hacia la ciudad de Ñuflo de Chaves.

"CEDULA — Que ordena la fundación de la ciudad de Jesús de Vallegrande y Montes Claros de los Caballeros, el 30 de marzo de 1612, por orden real de Don Juan de Mendo-

za y Luna, Marqués de Montes Claros — Virrey — Lugarteniente del Rey nuestro señor: Dí la presente en nombre de su Majestad y en virtud de los poderes y comisión, elijo, provea dicho con Pedro Escalante y Mendoza, al cual le confiero amplios poderes para la fundación de la nueva ciudad, por poblador y justicia mayor de dicho valleggrande, hareis fundar y tomareis posesión en nombre de su Majestad el Rey Don Felipe, Nuestro Señor, que se intitule Ciudad de Jesús y Montes Claros de los Caballeros, poniendo en ella horca y cuchillo, señalando la plaza, sitio para la Iglesia, cabildo, monasterio religioso, hospital, repartir solares entre los pobladores, etc. etc.— Fecha de los Reyes — 30 de marzo de 1612— El Marqués— Refrendado por orden del Virrey— Don Alfonso Fernández de Córdoba— Secretario Mayor del Gobierno”.

Partiendo el Capitán Escalante de la ciudad de La Plata, con 47 soldados y sus familias, guerreros entre los que venía el Capitán Martín de Rojas, siguió la ruta de Tomina, cruzando el Río Grande por la Feria de Oro, y ascendiendo hasta las alturas de Pucará. Hermoso espectáculo debió ofrecerse a los asombrados ojos de los Conquistadores. Un cielo de cristal, permite ver a grandes distancias como un vasto anfiteatro de la naturaleza, atravesado por serranías que forman los valles. Hacia el norte se distinguen las pampas del actual Cantón Guadalupe, donde resolvieron los expedicionarios fundar la población en la llamada después, “Pampa de la Rayuela”.

Empero, los chiriguancas defendieron sus tierras con desesperación y no querían cejar en su guerra al intruso.

Salieron así, miles de guerreros de las vegas de Masicurí, comenzando el asedio de la villa. Diariamente las flechas de los guaraníes cobraban su tributo sangriento entre los peninsulares que se aventuraban a salir del pueblo en busca de agua y leña, y en las noches más oscuras, oían los recién llegados, los gritos de guerra y de odio de los indios acostumbrados al ataque nocturno.

Pronto los guaraníes amedrentaron a los pobladores, los que, considerando que el lugar no ofrecía seguridad para su defensa, trasiadaron la aldea a 5 kilómetros al norte de Guadalupe, y al año siguiente, el 26 de enero de 1613, día de la Fiesta del dulce nombre de Jesús, fué fundada la actual ciudad de Jesús de Vallegrande.

De todas las ciudades del Alto Perú, ninguna evoca tan fielmente los dorados días coloniales como esta de Jesús de Vallegrande, por la plácida existencia que se lleva en ella, la abundancia y baratura de sus productos, que la convierten en verdadera Jauja, y por último, por las costumbres españolas que perduran a través de los tiempos.

Situada entre montañas y a 2.100 metros sobre el nivel del mar, goza de un clima templado, cuyas bondades hacen de este pueblo, el sanatorio de todos los enfermos que dejan los llanos, para oxigenar sus pulmones y reanimar sus decaídos organismos.

Serpentea el camino entre lomas de vegetación enana. Toma luego una ladera de abundantes lajas y se empina, para descender luego y cruzar un arroyo. De pronto, al voltear una colina, asoma junto a un mogote, el pueblecito.

El rojo de las tejas, mézclase con el rosa, el blanco, el ocre, el amarillo de las paredes. Árboles de eucaliptos y cedros, bordean caminitos cercados de muros de adobe, que ascienden los cerros, verdes de alfalfares.

Es especial el tipo de las construcciones, que tanta semejanza tiene con las de los pueblos serranos de Aiquile, Tarabuco y Padilla; y este paisaje tan adusto durante el invierno, cuando domina el gris y la llanura parda le da gran semejanza con una vetusta aldea de la meseta castellana, se viste, en verano, con el verde más vivo.

La plaza es un cuadrilátero plantado de árboles, y entre cipreses y cedros, refulgen las Plumerias floridas. Domina su edificación la imponente iglesia en construcción, hecha toda de piedra blanca con molduras de piedra oscura que, concluída, será un motivo de orgullo para la Provincia. Al centro, una pila de piedra, donde mujeres y niños llenan de agua, baldes y cántaros entre bulliciosa cháchara. Casas de dos pisos rodean la plaza, y muchas de ellas, abren tiendas de amplios entoldados de lona, que protegen del sol fardos de coloreadas telas que se apilaban en las puertas. En la estantería, brillan las botellas y latas de conservas, en abigarrada mezcla de herramientas, percales de vivos colores, cuchillos, grandes pañuelos rojos y verdes, zapatos de cordobán, espejuelos y otras baratijas.

Solo se alcanza a comprender la modorra colonial viviendo en este pueblo serrano. Amaneceres plenos de luz despiertan a la aldea dormida. El rumor de las aguas de la pila y el charloteo de las aguateras, llegan hasta mi cama tibia, aumentados por la quietud de la mañana. Luego rom-

pe el cristal de los aires serranos, de esta mañanita clara, hecha de azul y oro, la alegría de las campanas, cuyos sones parecen rebullir de contento. Una vida serena, parece contagiar hasta a extranjeras gentes, y así, estos árabes y judíos, cazadores de monedas y billetes de banco, en otras partes, viven acá, el más dulce placer de no hacer nada. Contemplo curioso a este comerciante, gordo, lustroso, luciendo esos insolentes bigotes mosqueteriles, recostado en una silla en actitud indolente, jugando con dulce serenidad, con sensual arrobamiento, con las volutas de humo del tabaco vallegrandino de su enorme pipa. Se espera la hora del buen yantar, adormecido casi por el sol andino, mientras se oye el concierto del rezongar de las abejas a la media sombra de parrales y durazneros.

Nubecillas cruzan el cielo de añil y sólo se escucha el enervante canto de los hilillos de cristal del chorro de la fuente.

Llegado el mediodía, se reúnen los hombres y al calor de un refrigerio criollo, hecho de productos de la tierra morena, se comenta el último chiste, en el diario vivir aldeano; y con ese chispeante sentido humorístico que dejó el español, se juzga a los hombres y a las cosas, con piadosa tolerancia, enfocando la vida desde un ángulo festivo y feliz.

Llegó la hora de comer y una mesa tendida a la criolla, es decir, luciendo por comodidad, todas las viandas, nos dice de la riqueza de este suelo vallegrandino. Platos llenos de dulces choclos de fino grano blanco; papas nadando en fuentes de salsas provocativas; alcachofas, tomates, espárragos de la huerta familiar. Moreno pan caliente con ese

grato olorcillo a tierra, pan de trigos trillados en la era casera, horneado en el hogar. Grandes fuentes con abundancia de carne blanca de gallina, carnes de cerdo y cordero fuertemente condimentadas con ajíes y cebollas serranas, y jarras de cristal donde brillan oscuros vinos y la dorada chicha.

Vemos también con alegría los dulces coloniales del Alto Perú: la chancaca y su rubio pariente, el alfeñique, productos de las vegas del Río Mizque; en los platillos y fruterros, para alegría de niños y viejos, una tentadora variedad de frutas de nuestra América. Paltas del Novillero, piñas y naranjas de las orillas de los ríos de las vegas ardientes, y todas las frutas del clima del trigo, que como el duraznero, manzano y peral son los productos de esta Provincia que puede convertirse en el paraíso del inmigrante de la Europa hambrienta.

Llega la hora de la siesta, y nos sentimos poseídos de dulce sopor bajo un cielo de añil y libre de nubes. Caen el sol a plomo sobre la aldea sonnolienta, y se oyen a ratos rumores de mujeres llamando a sus niños, y el de la ropa al ser golpeada en piedras en la dura faena del lavado; pero es tan grande la tranquilidad de esa hora tan amada de los criollos, que se sentiría aún el vuelo de una mosca y el salmodiar de los abejorros.

Caen las sombras sobre la apacible aldea, y vemos que empleados municipales colocan con gran algazara, faroles a gas cuya luz oscila entre las sombras. La obscuridad hácese más densa en esa noche sin luna ni estrellas, y caminando al acaso se puede ver por las puertas de las casi-

tas, el parpadear de fogones trémulos, la moribunda luz de los pabilos, como invitando al viajero insomne, a protegerse del frío y de las tintas de la noche.

La ciudad parece dormir y las callejas oscuras trepan las colinas; otras veces tuercen bruscamente al capricho en verdadero laberinto. En una de ellas hay una capilla, y en ella, una imagen de rara belleza que es la del Patrono de la Provincia: Nuestro Señor de Malta.

Mucha gente se apiña a la puerta de su capilla, y atraídos por la luz de cirios y velas y el rumor de rezos y letanías que suenan muy fúnebremente en la noche oscura, ingresamos muy difícilmente al santuario. Nos aproximamos a la imagen que merece el apasionado amor de estas gentes. Una extraña sensación de desconcierto se apodera de mi espíritu: la santa imagen tiene tal sugestión de realismo, que inspira al mismo tiempo, terror, compasión y religiosidad. El Crucificado, en una basta cruz de toscos maderos, tiene la especial característica de reproducir al Redentor muerto y no en agonía como estamos acostumbrados a verlo en otras imágenes. Por eso es admirable el estudio anatómico del artista, en esa obra maestra de realismo. Tensos los músculos del cuello y la cabeza abatida e inclinada; tirantes los brazos dolorosamente clavados para evitar que el cuerpo se desprenda; desarticulado el hombro derecho por el mismo peso de la cabeza; cruzadas y arqueadas las piernas doloridas que soportan todo el cuerpo, son casi humanos, reales. El mismo color meridional de la imagen, moreno, casi endrino, es de un Cristo quemado de soles, agobiado de angustia, martirizado por su ascetismo semita. Su notable delgadez nazarena, muestra los brazos y piernas de proporcio-

nes perfectas, enseñando por el toque de la divina mano del arte, músculos, arterias y tendones, tal como quedaron el momento del postrero derrumbe, tan reales y perfectos, que son los de un Dios humanizado, demasiado humano tal vez, por la magia del ignorado artista. Tallada en España, fué traída al Cuzco por el Muy Noble señor D. Juan de Pastrana, en el siglo XVII. Caballero de la Pontificia y antigua Orden Militar de los Caballeros de Malta, había nacido en Burgos, en el corazón de Castilla la Vieja, ciudad de casas blasonadas y señeros castillos medievales. La Orden a la que pertenecía el Caballero, dió pues su nombre a la imagen, que fué tallada sin duda por algún anónimo artífice.

La pintura y escultura religiosa en España tiene una tradición tan gloriosa como inolvidable. El Greco, Goya, Velasquez supieron trasladar al lienzo escenas de la vida y pasión del Redentor con verdadera maestría; y entre los pintores que también esculpían, debemos recordar al atormentado Juan Martinez Montañés, que talló en madera el famoso Cristo que lleva su nombre y casi todas las imágenes religiosas que forman los "pasos", en las procesiones de Semana Santa en Sevilla. Nacidos en Sevilla o influídos por su ambiente, fueron los pintores Zurbarán, Valdez Leal, Roelas, Morales, siendo algunos de ellos, tallistas notables. Fué pues un discípulo del Montañés, por su arte inquietante y profundo el ignorado creador del Señor de Maltá, que llegó a Vallegrande en 1810, trasladado por el matrimonio indígena de Maticas Luján e Ignacia Aguayo de Luján, antiguos vecinos del Cuzco. Se había desencadenado ya la furiosa tormenta que regó de sangre el Continente, en la cruenta Guerra de la Independencia, y huyendo de sus horrores, en busca de un remanso de paz, llegó el matrimonio trayendo consigo la

venerada imagen, seguramente heredada o adquirida, primeramente a Cochabamba y después por un designio providencial, a Vallegrande.

El culto del Cristo es, pues, relativamente reciente. En 1835 se presentó una solicitud para erigirle una ermita; en 1857, se edificó una Capilla más grande, y por último, el 28 de octubre de 1928, se consagró su Capilla actual, por el Obispo de Santa Cruz, D. Daniel Rivero.

Este morenísimo Señor de Malta, es el Dios de las cosechas. A ninguno como a él claman los paisanos, cuando la tierra se ha tornado amarilla, hambrienta y el cielo color turquesa parece inmutable y sordo a la angustia campesina.

Enronquecen entonces las campanas con su triste tañer que reclama agüita clara para el vientre reseco de la tierra sedienta que lleva la desesperación a las almas. Es entonces que se implora el favor al "Taitito" milagrero, y solo a él, pues siendo el verdadero Patrono del pueblo, el Cristo que se venera en la Matriz con el nombre de Dulce Nombre de Jesús, los campesinos no se acuerdan de él, por muy urbano y señorial. Merece pues este humilde Cristo rural, hecho de angustia humana, que lo hace comprender el dolor de los humildes, de los desamparados, el intenso, apasionado, amor de los labriegos.

Recuérdase que en 1887, cayó en toda la Provincia una granizada, jamás vista antes, que asoló los prometedores sembradíos de trigales densos, dorados maices. Espantados los vecinos ante la muda amenaza de la hambruna que azotaba todo el territorio de la República, pasearon a este Señor,

consuelo de sus almas, por la desolada campiña, de surcos de deshechos maizales y finquitas donde cada mañana amanecían tiesas, las escasas ovejas y vacas que hacían la única riqueza del humilde; y cuéntase que el Dulce Protector, trocó su desesperación en holgura, pues retornó con vigor jamás visto el oro de los maizales, recordándose que data de esa época, la llegada de muchas gentes, especialmente del valle de Cochabamba, que huyendo de la hambruna, gemela de la guerra, que enlutaba a la República, sentaron sus reales en esta Provincia.

El Santo Cristo que cubre el azul insensible del cielo, con el dosel gris que luego se quiebra en gotas de agua bienhechora, es pues muy dignamente festejado, siendo su fiesta movable, el jueves de Septuagésima del Calendario Cristiano, llamado "Jueves de Compadres".

Llévanle entonces los agradecidos devotos la ofrenda pagana de flores y frutos. Los primeros choclos del año, cosechados con el corazón anhelante y esperanzado, tiernos, lechosos, de blancos dientecillos azucarados, son para el Cristo Moreno; para él, las flores y música, amor y canciones, que rodean entonces la serenidad del Cristo rural. Hay un hondo contentamiento en los corazones, y las breñas y hondonadas de los valles puéblanse de trinos y besos, y del cantar de las guitarras y charangos. Una muchedumbre de fieles se amontona en el atrio de la Capilla. Hay en ella un tenue resplandor de velones y luz de cirios encendidos en el ara. En una mesilla de un rincón de la Capilla, arden velas ofrecidas por la fe de los paisanos. Observo esos rostros graves, de hirsuta cabellera, que conservan sin embargo, un indefinible aire de dignidad y nobleza. Arrodillados reza-

ban con tan profunda fe, que impresiona a los extraños; sus mujeres arrebozadas en sus mantas de lana, rezaban casi a gritos, y muchas de ellas, lloran al santo "Taitito", sus penas y miserias. Es que los valores esenciales de la Santa Iglesia Católica, no han podido impedir, que los pueblos, materialicen en una imagen religiosa, a la misma Tierra, generosa y profunda.

Guadalupe Hidalgo, se llama en México de los aztecas, la capital religiosa de la heroica tierra de Morelos, Hidalgo y Benito Juárez. En ella se revive en el culto de la Santa Virgen de Guadalupe, la Juana de Arco, de México, el viejo culto de Tonantzin, la Diosa de la Tierra, y del Maíz, llamada también Coacihuatl, Mujer Serpiente y Nuestra Madre.

Lima, que "fué fundada cerca del Océano, de manera que pudiese ver siempre hacia España"; Lima, la "Novia de los Siete Mares", arrulló a una pálida niña, aquella Isabel Flores de Oliva, delicada y frágil criatura, que desfallecía de amor y ternura por el Señor, y cuyas manos débiles pero amadas, enjugaban las lágrimas de los pobres, de los desamparados. Santa Rosa de Lima, hoy, Santa Rosa de América, está en el corazón de sus paisanos, aún del Marqués más frívolo y descreído, pues ven en su culto, el amor a su tierra, que tenía forma de corazón, "pues el circundante Rimac, la convierte en un corazón florido, enlazado por una cinta de plata".

"Volviendo los ojos a la Patria, Fray Antonio de la Calancha, notable autor colonial de "Crónica Moralizada", nos habla de la Virgencita India de Copacabana, cuya belleza se refleja en el espejo del lago. En ese rostro moreno tallado

por Tito Yupanqui, los ojos semientornados relumbran suavemente con tan divino fulgor, que su belleza mereció ser exaltada por "el más grande de los poetas cristianos", y gloria de la literatura española, D. Pedro Calderón de la Barca, en su obra "Aurora de Copacabana". Los indios del Perú grande, ven en esa imagen, a su tierra martirizada pero siempre bien amada, bajo cuyo dombo de añil, la nieve se hace flor, y según el Jailli agrícola del Imperio, ¡el sol llueve oro y la luna plata...! Tierra de oscuras montañas, coronadas de rutilantes nieves, que tienden generosas en el resplandor del poncho policromado de los sembríos, todos los colores del iris imperial.

El Señor de Malta, evoca pues, como San Isidro, el santo labrador, la imagen de un Vallegrande rural, donde el vientre de Pachamama, generoso prodiga tantos bienes, y el rocío del Mundo, Viracocha, sustenta el clamor de los hambrientos. Sugiere la idea de la comunión de la Madre Tierra con el hombre, pues el hombre planta tiene la emoción vegetal de la raíz, que cala en la tierra, pues en ninguna parte de Bolivia, el hombre está tan enraizado en ella, como en Vallegrande.

No en vano Tamayo, recordaba que Aristóteles decía que el hombre es un árbol con las raíces arriba, porque físicamente el hombre está hecho de las sales del suelo en que vive y genera. La poética ficción de que cada uno lleva un retazo de cielo patrio en el fondo del alma es una realidad, Humus, Homo - concluye el gran lírico andino.

En este país de labradores, predomina por ello, el espíritu de la Comunidad; de la tierra compartida por todos, en

la posesión de la pequeña heredad, estando la propiedad rural, aún más subdividida que en el valle cochabambino. Por la Tierra, el vallegrandino trabaja, canta, ama y mata.

¡...Tierra buena, Madre generosa...! en ella se puede depositar toda la confianza porque jamás engaña, y por ella se pueden emprender las más épicas hazañas. ¡Tierra y libertad...! fué el grito de guerra de Emiliano Zapata, el mártir indio de la revolución agraria, a quien los campesinos mexicanos creen ver con ansiosos ojos de esperanza cuando el cielo se cierra y golpean los truenos. Cruza entonces la amplitud del cielo, el Caudillo de Morelos, el que dijera "mejor es morir de pie que vivir de rodillas", montando en su caballo retinto, con su gran sombrero puntiagudo, y el fusil y sarape colgando de la silla, "Su figura se recorta en las nubes, su voz zumba en el viento".

Porque esta tierra necesita brazos que no sean pagados —dice García Lorca, el poeta gitano nacido en Fuente Vaqueros— "Hay que sostener una batalla con las malas hierbas, con los cardos, con los pedruscos, que salen no se sabe de donde. Y estos brazos tienen que ser de los dueños, que castiguen y que dominen, que hagan brotar las simientes..." Y el poeta que solo deseaba legar a sus hijos "un nombre claro como la luna llena", solo concebía la acción política, para solucionar el problema agrario, el mayor de todos, "para devolver a las gentes el sano ejercicio de la hidalguía"...

Volvemos a la plaza, y el templo envuelto en sombras y apenas alumbrado por la incierta luz de los faroles, que el viento de la noche hacía oscilar, adquiriría contornos

casi irreales. Nos enteramos de que habrá retreta, pues un galán afortunado, que al fin pudo obtener la mano de la amada, paga la banda, dichoso de hacer un romántico homenaje a la niña de sus sueños.

Pronto llénase el parque de armonías. Hay mucha gente en él, y vemos capas españolas, muy bien llevadas por cierto, con ese andar lento y cadencioso y ese empaque castizo que reclama tan hermosa prenda de vestir, pues hace mucho frío en los atardeceres. De pronto las campanas del Templo echadas al vuelo irrumpieron los aires con clara resonancia, anunciando vísperas de fiesta. Se oyen risas femeninas y el pregonar de las vendedoras de golosinas que exhiben su mercancía en pequeñas mesas alumbradas con farolillos de papel.

Este cielo tinto, de tragedia parece tomado de uno de los dibujos de Gustavo Doré, y siéntese en las callejuelas empedradas con desiguales adoquines y losas, el ulular del viento en la noche fría. Las casitas de dos pisos de amplio alar tejado; los altos soportales de vetustos edificios, semejan los de una vieja aldea española. Hacen más completa esa ilusión, estos hombres de capa, la trémula luz de los faroles que parpadean en las esquinas, el repicar de campanas y el retumbar de aldabones en los grandes portones, que esperamos la lógica aparición de un alcalde de monterilla, como aquél de Zalamea, que solemne y apoyado en su vara de mando, cruzase por estas negras calles, precedido de un sereno que alumbra sus pasos con un fanal, impartiendo secas órdenes a rondines y celadores. Y sí, ya se aproxima, pues veo aparecer entre las sombras, su figura que la capa ennoblece. Ya se recorta su rostro de facciones pronuncia-

das, a la luz de la farola. Vienen con él, rondines y municipales, y sólo espero el grito de ¡...las diez han daaadoo... y nublaaadoo...! del sereno, grito que no se produjo, pues ya hoy, América se olvidó de esas voces municipales, que fueron consuelo, guardián, cefbero de los tranquilos aldeanos.

Sonrió al descubrir que estas gentes que me evocaron la noble figura del de Zalamea, eran realmente empleados de la Alcaldía, que con gran vocerío y alboroto, iniciaban una ronda por las calles ya bastante agitadas por la llegada de la fiesta.

Es muy dulce esta vida colonial, aunque Vallegrande fué el sangriento teatro de muchos dramas de la Guerra de la Independencia, y el postrero de los realistas, el más enconado, fiero y cruel de los enemigos de la República, terminó su agitada vida en esta ciudad.

Habiendo asilado las serranías de Pucará y Quirusillas, que tienen tantas cuevas y escondites, a varios vencidos en La Paz, después de la captura de Murillo, en Zongo, y a los de Queñihual y San Sebastián, fueron también el refugio hasta su muerte, del Brigadier del Rey y Caballero de la Orden de Santa Isabel, D. Francisco Javier de Aguilera, de tan ingrata memoria.

Extraño destino el de este criollo. Nacido en la campiña cruceña, y de sangre española por el padre y sangre americana por la madre, convirtiósse en la figura más notable de la Guerra de la Independencia, por su valor, su crueldad y su rara lealtad a la Causa del Rey.

¿Qué alquimia misteriosa del alma impulsó a este hijo de América, a sostener hasta su muerte el pendón real, en tan desesperada lucha en contra los intereses de su propio terruño y los sentimientos de sus paisanos?

Muy joven viajó a Sucre donde ingresó al Seminario Conciliar, y más pudo en él su temperamento apasionado, pues en vísperas de ordenarse, fugóse del Convento para darse de alta en el ejército de Goyeneche. Tomó parte en las jornadas de Queñihual y San Sebastián donde tantos crímenes se cometieron con mujeres y niños indefensos, y después de Viloma, ascendió al grado de Coronel efectivo, entregándole el Rey, el mando del Batallón Fernando VII, y la plaza de Santa Cruz de la Sierra, su pueblo natal.

Vencedor de la batalla del Villar, hizo matar a Padilla y 700 patriotas, a los que rehusó dar cristiana sepultura, entregando sus cadáveres a la voracidad de las aves de rapiña.

El 21 de noviembre de 1816, enfrentó al guerrillero Warnes en la memorable batalla del Pari, donde se escribió la página más gloriosa de la Historia cruceña. Al mando de dos unidades de triste memoria, el Batallón Talavera y Fernando VII, formadas por carne de presidio de Ceuta y Melilla, que tuvieron sin embargo, anteriormente, jefes brillantes como Espartero, La Serna y Canterac, se presentó a la una de la tarde en las pampas del Pari, enfrente al ejército de Warnes. Los blancos uniformes de los soldados patriotas brillaban al sol de la tarde, y su gallardo jefe resplandecía en su hermoso uniforme de chaqueta morada y blanco sombrero con plumaje del mismo color. Fué brutal el choque y

se peleaba cuerpo a cuerpo, casi con desesperación, escuchándose por más de cinco horas, el golpe seco de los caídos cara al sol. Fueron 2.400 los combatientes de ambos bandos y a las seis de la tarde 1.800 cadáveres blanqueaban la llanura. La caballería cruceña que tenía acorralada a la realista, había aterrorizado a los "Tablas", como se nombraba en Lima, a los terribles ex-presidarios, y al caer la tarde, cuando la victoria sonreía a los patriotas, trocóse el triunfo en derrota, por la muerte de Warnes.

No quiso ingresar Aguilera, de inmediato a la ciudad impresionado por el heroísmo y decisión de sus paisanos y pasó la noche en el campo de batalla. Al siguiente día hizo su entrada al pueblo, ebrio de sangre y venganza, y 914 víctimas de todo sexo y edad, nos dicen de su ferocidad. Se recuerda que desde esa fecha emigraron a Matto-Grosso y al norte argentino muchas familias cruceñas que no retornaron jamás al terruño. Actos de tanta crueldad solo se explican por la desamparada niñez del jefe realista. Bien pudo decirse de él, lo que dijo Tomás Rourke, al referirse a la niñez del tirano Gómez, de Venezuela: "El tipo humano desarrollado en semejante ambiente tenía que adquirir por necesidad hábitos de acción directa, desprecio por todos los sufrimientos e insensibilidad ante las escenas de brutalidad. La única excepción habría sido algún desafortunado individuo nacido en tal medio con la maldición de una delicada sensibilidad adquirida como quien dice por capricho hereditario, y no habría podido sobrevivir. Porque aquella existencia de las cumbres andinas mantiene al hombre al contacto constante de hechos de brutalidad y sangre. Los trabajos son la castración, la hierra, la parición y la matanza de animales, la doma de potros y mulos y la permanente defensa de lo

propio por la fuerza de las armas contra la intrusión o usurpación de los inamistosos vecinos, y las diversiones que por lo común terminan a cuchilladas, machetazos o tiros...”.

Cometiendo actos de la más refinada crueldad, era sin embargo, valiente hasta el sacrificio. En el Villar, en singular combate con Padilla, hízole volver grupas y huir por la fuerza de su coraje. Jinete como pocos a pesar de su naciente obesidad, era ágil como un felino y diestro en el manejo de todas las armas. De pequeño cuerpo bien conformado, lucía hermosa barba negra en su rostro de facciones regulares, que era afeado solamente por la fría mirada de sus grandes ojos estriados de sangre por el fuego de sus primitivas pasiones, ojos que recordaban a los de una víbora de la cruz. Dice la Historia, que vestía de ordinario, levita azul y pantalón blanco muy apretado, botas granaderas y sombrero de Buenavista. Era arrogante y pendenciero, enamorado y sensual, y su apasionada devoción por el Rey, y enfermiza lealtad, ennoblecen en algo su odiada figura. Nadie supo como él del odio de los pueblos a su paso, pero también supo inspirar este chacal, un raro afecto entre los suyos, y explícate así, como sus parientes, los Carrillo, vengaron su muerte, asesinando al Coronel Rivas en el atrio de la Catedral de Santa Cruz, en una tranquila noche del año de 1833, convirtiéndose luego en bandidos que asolaron la campiña cruceña, guardando fe y lealtad al lejano Monarca. Y en un muro del cementerio de la ciudad, terminaron así su vida, fusilados, esos últimos defensores del Rey...

Después de Ayacucho y la muerte del General Olañeta en Tumasla, Aguilera se escondió en Cochabamba, pasando a las serranías de Vallegrande con la esperanza de le-

vantarse en armas en contra la República y en la creencia de un hipotético desembarco de Ejércitos realistas en la costa peruana. Escondido desde 1825 en los Yungas de Arepucho y después en los cerros de Barrientos, era protegido por el cura de Samaipata y pasó luego a Quirusillas y Corocitos.

Acompañado de algunos fieles como José Ml. Alucema y otros, esperaba Aguilera la ayuda de su hermano José María y la de los curas de Vallegrande y Samaipata, adictos al Rey, y habiendo conseguido reunir un grupo de hombres, se lanzó el 25 de octubre de 1828 a Vallegrande donde el cura Salvatierra había logrado comprometer a la guarnición.

Es conmovedora por lo ingenua la comunicación que pasó al Coronel Anselmo Rivas, Jefe de la plaza de Santa Cruz, conminándolo a entregar las armas y rendirse a la causa del Rey. "Ayer —dice— a las cuatro de la mañana tomé posesión de esta plaza, con el objeto de restablecer el respeto y la obediencia a los más justos y sagrados derechos de la religión Católica, Rey y Patria; y en obsequio de éstos y la Humanidad, tengo a bien decir a Us., que rinda las armas de su mando a su disposición, bajo las formalidades del caso..."

"Si todo lo mirase Us., por el contrario a mi propuesta, remito a una próxima experiencia su amargo desengaño, que trascenderá no solo a los pueblos, sino a los equivocados o vanamente expresados individuos de su mando de que Us., será el primer responsable, ante Dios, el Rey y el público..."

El Coronel Rivas al conocer la rebelión, abandonó Santa Cruz a la cabeza de un Destacamento y a marchas forzadas llegó con pésimo tiempo hasta Samaipata donde recibió la nota de Aguilera. Fué muy altiva su respuesta y se adivina en ella, el odio que tenía por Aguilera, causante de la muerte de su hermano, fusilado en Yotala. Decía Rivas: "Desengáñese Us., señor español que ya Bolivia es independiente y reconocida por muchas naciones; que Ud. no tiene más apoyo que su despecho y el de unos pocos incautos que le siguen, y luego le abandonarán..."

El 30 de octubre llegaron los defensores del orden a las afueras de Vallegrande y al anochecer se inició el ataque a la plaza. Aguilera había concentrado sus tropas en la plaza de armas. Fué rápida la acción y pronto tuvo que huir el jefe realista ante el empuje de los soldados de la República. Herido y acorralado como una fiera, buscó refugio en una cueva cerca del pueblo, donde fué descubierto por sus aprehensores. Conducido prisionero y juzgado militarmente, fué fusilado el 23 de noviembre de 1828 y fué puesta su cabeza en una pica.

Y al mortecino resplandor de las hogueras en la plaza de Vallegrande, pudo verse por muchas noches, el atormentado rostro, cubierto de coágulos de sangre y tierra, del postero de los realistas, con el que el León Ibero, tiene contraída eterna deuda de gratitud...

CAPITULO III

PUCARA

A las nueve y media leguas al sur de la capital Vallegrande y situada en una de las últimas alturas que se levantan en las postreras estribaciones de los Andes, se encuentra Pucará, pequeña aldea a 2.400 metros sobre el nivel del mar.

En este villorrio las montañas vestidas de fronda y los campos revestidos de hierba, llenan el aire cálido; y los repechos verdes descienden a los llanos orientales.

Es singular este pueblo de Pucará. Diríase que está construido sobre una sola y enorme piedra, y por ser el punto donde se despiden las sierras, se cruzan en él, los vientos helados que llegan desde la Cordillera, con los vientos que traen la fragancia de los llanos. Pueblo español por su población actual, tiene sin embargo, indudable origen aimara y serrano, pues la palabra pucara, que significa fortaleza en lengua aimara, fué modificada por la influencia chiriguana y acentuada en la última letra.

A pocos kilómetros del pueblo y desafiando los llanos de donde brotaban por millares las agudas lanzas de madera de cuchi que blandían los guerreros hijos de Guarán,

existe un enorme cerro que parece hecho de una sola pieza, y que cortado a cuchillo por su indudable origen volcánico, parece enfrentar la llanura. Ese cerro tiene extrañas construcciones y misteriosas grutas llenas de vestigios incásicos. Hay esqueletos humanos y muchos objetos ornamentales que resistieron el diario saqueo. ¿Fue simplemente una fortaleza, un refugio contra la bravura de los Chiriguanaes, o algo más, un cementerio, tal vez un templo, por la gran cantidad de cadáveres embalsamados? No lo sabemos con certeza, pues aún permanece en el misterio esta rara fortaleza, pukara serrana, tan desconocida por los estudiosos. Por estos oscuros cerros hechos de dura y afilada piedra, debieron escalar atronando los aires con sus gritos guerreros, los hijos de los llanos, y por estas barrancas debieron rodar hasta los abismos, los cuerpos de ambos enemigos en un abrazo de muerte. Hay en esta fortaleza de Pucará, promontorios, alturas que parecen hechas por la naturaleza para resistir un asedio. Indudablemente que tan grande fortaleza, debió tener también refugios en forma de cuevas y hasta templos, por su gran tamaño. En ellos descansan en actitudes hieráticas, viejos rostros apergaminados de los guerreros del Imperio.

Ensoberbecidos los chiriguanaes, por haber derrotado y muerto al Rey Guacane, tributario de los Emperadores del Cuzco, atacaron a Condori, hermano del Rey, a quien había instalado Guacane en Saipurú. Después de este desastre, los serranos se retiraron apresuradamente de sus fuertes de Samaipata y Guanacopampa e hicieron resistencia en los de Comarapa, Pulquina y Pojo. Debió ser entonces que se peleó mucho en este fuerte de Pucará, pues deseando los imperiales vengar la afrenta, enviaron sucesivas expedicio-

nes a los llanos, con más gloria que eficacia, pues ninguna de ellas tuvo el éxito deseado, de dominar en forma permanente a los indomables chiriguanaes.

Convirtiéndose posteriormente, esta raza en la constante pesadilla de los Virreyes de Lima y Buenos Aires, y de los Presidentes de la Real Audiencia de Charcas, porque por muchas veces hicieron peligrar a las recién fundadas ciudades de Santa Cruz de la Sierra, Tarija y hasta la misma ciudad de La Plata, capital de la Real Audiencia.

Lo admirable al conocer la historia de los chiriguanaes, es comprobar la sagacidad y tacto político de Ñuflo de Chaves, quien no solamente fué profundamente respetado por tan belicosa gente, sino que también fué en cierto modo venerado como un ser superior. Lo que después no pudieron lograr cañones ni tropas, ni la paciente mansedumbre de los misioneros, pudo este admirable Soldado, por el poder de su influjo personal. Así, la información de servicios del Capitán, del año del Señor de 1561, consigna el hecho que cuando Ñuflo de Chaves viajaba al Perú por especial encargo de Irala, el año de 1547, "...halló toda la gente chiriguana de la Cordillera, que se comían todas las fronteras y repartimientos de Don Pedro de Portugal, Martín de Almendras y del Capitán Juan Ortiz de Zárate...". como bien señala el cumplido historiador del Oriente boliviano D. Enrique Finot.

Dicha información consigna pues, el importante hecho, "...que a todos puso de paz y sacó a los Caciques del Perú y les hizo dar a los vecinos sus hijos e hijas para que tuviesen la paz con ellos..." La misma información comprobó que Chaves, "...con su bondad y cristiandad y me-

dianie amistad que los indios chiriguanos tomaron con él, les ha quitado de muchos ritos y costumbres malas que tenían y se van enmendando de cada día...” Este hecho coloca a Chaves, en un puesto de honor entre los capitanes de la Conquista, que en su gran mayoría eran burdos y rudos soldados, cuyas vidas vacías, sabían más de provecho que de gloria; pues sabido es, el origen distinguido del Fundador de Santa Cruz de la Sierra, que si no era precisamente noble, era hidalgo de casa conocida y emparentado con la nobleza de primera clase. El historiador argentino Paul Grousac, dice al referirse a la noble figura del Capitán: “Bien nacido, pero en familia que aparejaba la cultura con la hidalguía, pues es sabido que era hermano del célebre confesor de Felipe II, era inteligente, resuelto, emprendedor, leal en sus afectos como en sus odios, de una intrepidez rayana en la temeridad, si bien corregida por una apreciación y casi certera de los hombres y las cosas”.

El nombre de fortaleza o pukara, debió ser cedido por extensión a la población que los españoles fundaron en esas alturas, y si los orígenes lejanos de la aldea fueron serranos o indígenas, la aldea actual no puede ser más española.

La acción colonizadora del Perú y Charcas, debió llegar hasta Pucará por la proximidad de la capital de la Real Audiencia, pues fueron muchas las entradas al Chaco, que partieron de Charcas con anterioridad a la de Andrés Manso y con el fin de someter a los chiriguanos, y así, hoy, Calzadillas, Arteaga, Carrizales, Villegas, Pantoja, Escóbar, Salvatierra, son los apellidos de estos hombres tan españoles. Indudablemente pues, que el español dejó su tipo inconfun-

dible en estas aisladas comarcas, siendo fácil ver como el campesino más humilde conserva la herencia hispánica en el físico y en las ideas.

El paisaje de Pucará es de suaves tonos. Diríase casi un paisaje del país vasco, faltándole solamente el decorado del mar. Hay sembradíos en cerros y lomas, y se ven en lejanía, entre la espesura en medio de profundos valles, blancas casitas. Abetos llamados acá Pinos de Castilla; tejos o pinos comunes, muchas acacias, decoran este paisaje serrano tan lleno de contrastes, pues es grande la diferencia de los niveles sobre el mar como muy variadas las producciones. Los cerros están coronados por la montera de verde airoso de los sembríos; sementeras de trigo, papas, maíz, sobre las lomas. Vallecitos donde se siente la frescura de aguas claras, lugares bajos y calientes, ofrecen las más variadas producciones, y llevan nombres tan españoles como Zapallar, Sal si Puedes, Abra del Picacho, La Torre, Conventillo, Ramadas. Producen camotes, maíz, algodón y hasta caña de azúcar, siendo también esta tierra muy pródiga en ganados, por la excesiva humedad atmosférica y la consiguiente abundancia de pastos, que permite la fácil crianza de vacunos y lanares.

Para llegar de Vallegrande a Pucará, hay que atravesar una alta serranía que forma una meseta; siendo muy peligroso el cruzarla, pues desencadenanse en ella, fuertes tormentas por el choque de los vientos de las sierras con los de los llanos.

Colocada la villa de Pucará, sobre una de las últimas cuchillas de la Cordillera, diríase en el pretil de los abismos, sufre la intensidad de esas tormentas de agua y viento, que hacen peligrar la vida de los viajeros.

Salimos de Vallegrande con rumbo a Pucará, en una mañana clara y alegre. Al ascender a la serranía, era tal la luminosa transparencia del aire, que permitía distinguir a grandes distancias, lejanos paisajes serranos, pues con las lluvias de tormenta, alternan los días de diáfano cristal. Los arbolitos y casas lejanas se ven cubiertos de destellos fulgentes. Los manantiales corren bajo la espesura de los helechos y en todas las encrucijadas de los caminos, se alzan cruces de madera. Hay una profunda serenidad en el paisaje, y en el cielo de azul intenso, sólo se ven flotar nubecillas de un blanco dorado.

Ascendemos penosamente a la meseta y ya se sentía en ella, un frescor de viento de tormenta pues un resplandor plomizo cubría el cielo antes tan puro. Densos y amenazadores nubarrones cerraban el cielo, y súbitamente, vertiginosamente, la tenue gasa de la neblina cubrió la montaña. Ya comenzó la llovizna persistente y fría, que azotaba furiosamente nuestros rostros, y el tétrico ulular del viento, nos obligó a apearnos de nuestras cabalgaduras. Andando a tientas como un ciego, sólo alcanzaba a ver el espesor de las tinieblas y a oír el ensordecedor ruido del viento. La helada lluvia apenas nos permitía avanzar por el fangoso y resbaladizo camino; la voz del guía, que gritaba para hacerse entender, sonaba como lejana en el fragor de la tormenta, y sólo podía sentir el chapuzar de mis botas en los charcos y el zumbir del viento en mis oídos.

Ahogados por el viento y la llovizna llegamos a una cueva refugio de caminantes, conocida sólomente por los guías del lugar. La cordialidad de una mezquina fogota y de los tragos de buen singani de Cinti, nos volvió a la vida.

Mojados y ateridos de frío, resolvimos esperar que amainase la tormenta, para continuar nuestro viaje, pues un día antes, la muerte sorprendió en este altiplano, a un inquieto bohemio, componente de una banda de música, que se trasladaba a Pucará, para solemnizar la festividad de la Pascua Florida, que es el Carnaval de la región. Habiéndose adelantado a sus compañeros que viajaban a pie, fué sorprendido el desgraciado músico, por una fuerte tormenta, extraviando el camino y las grutas que protegen a los viajeros, se perdió en esas soledades por la densa neblina, pereciendo de frío.

Contemplando el furor de la tormenta, creo comprender el motivo del culto de los aimaras y quechuas por *Achachila*, el genio de las montañas; y el motivo por el cual, en lo más alto de las cuchillas de las cumbres, véanse apachetas, simbolizadas por una cruz fijada en un montón de piedras, ante la cual, todos los viajeros rinden emocionado homenaje, y merecen todo el temor y respeto de los caminantes.

"Sólo en la cima de los Andes —dice el poeta— se puede hablar con Dios..., ellos son la Catedral del Altísimo... Los Andes escuchan el vecino canto de las estrellas, la música de lo infinito y el concierto de los largos silencios. Los Andes atan el Mundo con el cielo..."

Como cayera la tarde, era necesario continuar el viaje por la proximidad del pueblo y el terrible frío de la noche, y aún desafiando la persistente lluvia, reiniciamos nuestra jornada. A pie, tirando de las riendas a nuestros empapados caballos, seguimos jadeantes y mojados por el sudor y la lluvia, nuestro penoso viaje, orientados sólo por la cinta clara del camino, que a veces se perdía en las tinie-

blas. Nos aproximábamos en descenso, de la meseta, a la pequeña aldea. En el vasto silencio de la montaña no se oía otro rumor que el de las gotas de agua al desprenderse de los árboles. Ya estamos cerca del pueblo y creemos adivinar el suave parpadear de los fogones, en confusas sombras oscuras que son casas y nuestro corazón se llenó de júbilo, al distinguir rumores de voces humanas, sonos de una banda de música. Cerca de la medianoche penetramos en la plaza del villorrio, empapados y castañeteando los dientes de frío y felizmente pronto pudimos gozar de la hospitalidad de la gente del lugar, que nos brindó albergue en un viejo caserón, el mejor de la villa, situado en la misma plaza del pueblo.

Entre sábanas y cubierto por ponchos indígenas de alegres listas, espesos, calurosos, ampliamente protectores como la Tierra misma, creí reconciliarme con ella, que poco antes me había enseñado su tremendo poder. Cuando ya creía descansar de tanta fatiga, mientras afuera arreciaba la lluvia, oigo de pronto entre la canción del viento y el gemir del agua, una confusa algarabía de voces con música de guitarra y charangos. Era un "toque", como dicen los paíísanos, repetido y monótono, que coreado por muchas voces entre las que sobresalían las femeninas, tenía un raro hechizo que como nunca me impresionó en esa noche fría. Golpeaba el viento con fuerza las ventanas de la casa; los rayos semejaban zigzagueantes hilillos de luz que tejían extraños fuegos de artificio, alumbrando la oscuridad de los cerros negrísimos y fúnebres que parecían amenazar al pueblo con su próximo derrumbe. Los truenos estremecían los vastos silencios de las montañas con pavoroso estruendo de despeñar de furiosos aludes. El huracán aventaba el agua en

gruesos chorros, sobre las paredes, techos de la casa, con verdadera furia, y fué entonces que me tocó presenciar un inolvidable espectáculo. Con sorpresa ví que desafiando el furor de la tempestad, de rato en rato aparecían en la pequeña plaza, grupos de hombres y mujeres que bailaban frenéticamente; comparsas que en la grandiosidad de la noche de borrasca, adquirían tintes de visiones de pesadilla. Las campanas del templo vibraban enloquecidas, y era pavorosa la "ronquera del viento", como dijera el sutilísimo Rafael Ulises Peláez, viento que hacía vibrar extraños cordajes de gramíneas, de eucaliptos agobiados. Los relámpagos iluminaban esos confusos grupos de bailarines enloquecidos, y los estentóreos gritos de voces femeninas eran los de ánimas en pena. La grisácea claridad de las polleras se alzaba arremolinándose como aventada por el incendio de los rayos; las parejas bailando enardecidas por el alcohol, en serpenteante cadena de amor, recordaban las de un aquelarre. Guitarras y charangos no cesan de llorar sus penas, que el estruendo de la tormenta reduce casi a la sordina. Esa "fosca media noche", que decía Poe, evoca fácilmente motivos del amargado de Boston, del unhappy Master, cantor de Leonora, de Annabel Lee. También Baudelaire, el poeta de todas las angustias, pudo escribir un hermoso poema, gemelo de aquel de Las Dos Buenas Hermanas: la Carne y la Muerte; o de aquel otro de la Danza Macabra, donde la muerte bate el ala y mezcla a la locura su infinita ironía.

Al día siguiente madrugo mucho con la impaciencia de ver el pueblo que despertó tanto mi fantasía en esa noche de insomnio, y recorro sus callecitas cubiertas de neblina. De pronto el sol rompe la niebla que lo vela, y como si un telón de teatro se descorriera, aparece en lejanía un soberbio es-

pectáculo. Se presenta a mi vista la comarca de Pucará. A lo lejos medio cubiertas de niebla, alcanzo a ver casitas blancas, sementeras que tienen todos los matices del verde al amarillo oro. Las casas son de tipo español y están rodeadas de arboledas. Como el descenso es brusco de la altura del pueblo a los vallecitos circunvecinos, la vista alcanza a dominar grandes distancias; distinguiéndose entre la enramada, hermosos lugares, lustrosos, limpios por la lluvia caída, donde los puntos claros, que brillan en el verde vivo de las huertas, son las caídas de agua, utilizadas en molinos de tipo peninsular.

¡...Hermosas y desconocidas tierras de Santa Cruz...!
¡Es fácil imaginar en qué vergeles de paz y trabajo pueden convertirse con el esfuerzo humano del inmigrante europeo!...
Tierras de pan llevar, pródigas, fecundas; aguas cantarinas, claras que pueden fertilizar huertas y cármenes; pomares, durazneros, perales; un clima deliciosamente templado bajo la caricia del sol andino, las convierten en un verdadero paraíso para las multitudes hambrientas de Europa.

Entretanto prosigue la fiesta. Cientos de campesinos salen de sus escondidos valles y los veo llegar en alegres cabalgatas. Hay hermosas estampas de mujer, y es notable el hecho de que en su gran mayoría sea rubias, de ojos claros. Los hombres son altos y desgarbados, de rostro grave y muy español. Magníficos jinetes llegan al pueblo luciendo briosas cabalgaduras. Cabalgan las mujeres en sillas femeninas; lucecen largas trenzas bajo el sombrero de hombre. Son bonitas en su mayoría, pues traen toda la frescura de los prados, y el varonil sombrero puesto "a la pedrada", como al descuido, les dá un aspecto encantador. La plaza está

llena de jinetes y se oye el rasquear de guitarras que tocan la música de la fiesta. Es muy alegre esta música de Pascua, y hay que oirla en su propio escenario, en este Pucará de tanto colorido, para apreciarla en su valor. Deseo recordar algunos versos:

"Cantemos la Pascua Florida
 palomitay
 que alegra toda la vida
 casi me he muerto de arrebató

Vamos a Samaipata
 palomitay
 donde la vida es barata
 casi me he muerto de arrebató

Cuatro chancacas por medio
 palomitay
 y una cholita de yapa
 casi me he muerto de arrebató

Dicen que mi animalito
 palomitay
 hizo daño a tu potrero
 casi me he muerto de arrebató

Como quieren que yo pague
 palomitay
 el daño que habíó primero
 casi me he muerto de arrebató..."

Partimos una fría mañana del pueblecito en fiesta. Al alejarnos oíamos el júbilo de las campanas, que con su repicar parecían darnos el adiós. Escalamos pronto, cerros olorosos a hierbabuena y albahaca. El aire suave y fresco olía a tierra musgosa. Caminábamos por estrechos senderos magníficamente reverdecidos, orlados de helechos. Veíanse a nuestro alrededor cerros de color violeta, azul, negro y ascendiendo fríos altiplanos en nuestra jornada, cuando las sombras inundaban los valles, creíamos percibir, aún la tonada de Pascua, la alegre música de Pucará, que alegra toda la vida como dice el cantar; sana alegría de un pueblo dichoso que aún ignora los crueles problemas que trae el progreso y la amargura que encierran las ciudades opulentas para tormento de los hombres.

CAPITULO IV

SAMAIPATA

Sobre los últimos promontorios que se desprenden de los Andes hacia el naciente, existe una población que lleva el serrano nombre de Samay-pata. La palabra citada, ya está modificada en su origen y pertenece tanto a la lengua aimara como a la quechua. Indudablemente que la civilización que se pierde en la noche de los tiempos, de la raza de los aimaras, anterior a la del Imperio de los Incas, debió extenderse a todos los confines del Continente, pues sólo así se puede explicar la gran cantidad de nombres que tienen origen netamente aimara.

La palabra Samay-pata, es aimara, y después se modificó algo por otra palabra quechua, pues sabido es, que los quechuas del Imperio, fueron los continuadores de la desconocida civilización de los aimaras. Bautista Saavedra, eminente sociólogo nacional, dice acerca de estas cuestiones de lingüística serrana y toponimia, que hay una indicación idiomática, que es la que todos los nombres de lugares que llevan por pre-fijo o sufijo la voz "marca", que significa pueblo o lugar; "pata", altura, eminencia; "pampa", bajío; y las que llevan la desinencia "ni", que quiere decir "con", "que tiene", son netamente aimaras.

Muchos de estos nombres han sufrido una verdadera conmoción fonética que ha corroído substancialmente sus desinencias, que es propia de la alteración fonética atacar el morfema haciendo difícil su descifración. Otras veces el vocablo aimara ha recibido en una de sus partes en el prefijo o sufijo, un agregado quechua o castellano, así, "uma-chiri", que es compuesto, de "uma", agua, aimara, y "chiri", frío, quechua. En "Humahuaca" y "Asnocallo", la segunda voz de la primera palabra, y la primera de la segunda, son castellanas y las otras aimaras. Samay, es voz quechua que significa "descanso", y "pata", aimara, que es altura o eminencia, siendo la acepción de la palabra, "un alto del descanso".

El polígrafo y brillante periodista Carlos Montenegro, opina con respecto a esos problemas de la toponimia, que la palabra "Humahuaca", antes citada, tiene su origen en la voz quechua UMA-WAKGAG, que significa "que segrega o llora agua". Es la quebrada, dice, por la cual se despeñó el caudal del mar interior del Altiplano, fluyendo después las escurriduras. La altura de Vacas, en Cochabamba, tiene su origen en WAKGAG, por la misma causa, y aún quedan las lagunas, que no pueden llamarse Vacas, por otro motivo.

Es indudable que los incas, enamorados de los llanos de Guelgorigotá o Grigotá, descendieron de las alturas y de acuerdo con su política de penetración pacífica, entablaron relaciones comerciales con los habitantes de la planicie, y fué así, como el Rey Guacane, vasallo del Imperio, llegó con la civilización incaica hasta el lejano cerro de Saipurú. Dicho Rey, después de seguir la ruta de regreso, que

después siguiera Ñuflo de Chaves, llegó a Samaipata, donde habilitó el fuerte pre-incaico que hoy se admira, y descendiendo a los llanos, inició relaciones de comercio y amistad con el Cacique Grigotá, Señor de los llanos, que dió su nombre a la inmensa llanura. El inca enseñó a los naturales, nuevas prácticas agrícolas y entre ellas, la del uso del arado, y avanzando en su conquista llegó hasta los dominios de los chiriguanaes en Saipurú, punto donde estableció a su hermano Condori.

Poco debió durar la permanencia de los quechuas en el llano, pues bien pronto los chiriguanaes cruzaron sus lanzas de cuchí con las makanas andinas. Fué tal el arrojo y coraje de los primeros que llevaron a los incas hasta sus fuertes en las alturas, donde tuvieron que defenderse en largos años de lucha, en Samaipata, Pucará, Inachuasi y La Tambora, de Buenavista. Carlos Montenegro, niega sin embargo, esta epopeya, conocida y difundida por los primeros cronistas coloniales, basándose simplemente en el carácter especial de la voluntad imperial del Cuzco, de tan profundo pacifismo. Piensa que los españoles inventaron la Historia, midiendo a los indios en su propia vara. Empero queda la solemnidad de los fuertes, testigos mudos de la epopeya tan digna de estudio.

Es evidente por otra parte, que aún llegando los quechuas hasta las quebradas de oro del Ichilo y los llanos de Moxos, y por otro lado hasta Saipurú, muy poca influencia dejaron entre los pacíficos y bondadosos pobladores del Grigotá, los chanés, sometidos luego a la bravura de los chiriguanaes. Estos últimos, destruyeron toda influencia incaica en el llano y sucedió que llegaron a vencer y matar al

Rey Guacane, que aún siendo súbdito de los incas, vivió la mayor parte de su vida en la región del nacimiento de la sierra, heredad de los chanés. Después de dar muerte a ese Rey, los hijos de Guaran, quemaron y destruyeron la posesión y pueblo incaico de Saipurú, matando a Condori, hermano del difunto Rey, y llevaron sus lanzas hasta la sierra misma, atacando y tomando los fuertes de Samaipata, Guacopampa y aún acometiendo los fuertes de Comarapa, Pojo y Pulquina, ya en el corazón del Imperio.

Situado el pueblo de Samaipata a 1650 metros sobre el nivel del mar, goza de un clima deliciosamente templado, que es sin duda, uno de los mejores del territorio de la República. El aire es purísimo y los vahos calientes que llegan desde los llanos son aventados por las corrientes frías que llegan desde las sierras. Hay en el ambiente una grata frescura y llegan los aires perfumados al olor de magnolias y azahares de las huertas vecinas.

Es pintoresco este villorrio que trepa sobre los cerros y aún se anima a cruzar un riacho. Sus casitas son ya del tipo de las construcciones de Santa Cruz: de enjalbegadas paredes y corredores de rojos tejados. A la entrada del pueblo, llegando de la sierra, se vé desde una eminencia, el dormido pueblecito, y una gran cruz de madera, pintada de verde, señala el comienzo del predio edificado. Casitas de blanco puro, refulgén al sol y se agrupan alrededor de la iglesia, como al cobijo de una hermana mayor, en un cuadro de luminosidad cristalina; cármenes, verdes pañuelos de los huertos, techos de tejas, miradores y viñas, reverberaban a la luz del sol, en verdadero derroche de colores.

Es indudable que sus pobladores tienen las inconfundibles características raciales del campesino cruceño con una lejana y casi perdida influencia serrana. Su hablar es el de la gente de Vallegrande, con la que formaba la primitiva Provincia de ese nombre; y en sus calles donde reina un dulce sosiego, se ven tipos populares de la más pura raza española.

Corre una fresca brisa, encanto especial de este paisaje claro, de colores vivos y alegres. La blanca línea del camino sube y baja por los cerros cubiertos de vegetación, y aquí y allá se ven casitas como de juguete, de techos de tejas, grandes muros blancos, ventanas pequeñas, y por ser Samaipata, el punto de unión entre la sierra y el llano, de la zona fría con la ardiente, sus campos y la matizada mancha verde de los sembrados, son de excepcional belleza. Numerosas colinas rodean la población y en una de ellas que domina el pueblo, se encuentra el fuerte, construido por desconocidos arquitectos y habilitado por los incas, situado a 7 kilómetros de la plaza del villorrio. Una impresionante escalinata conduce al llamado Comedor del Inca, que tiene sillares de piedra, recinto donde deliberaban solemnes dignatarios de perdidas civilizaciones y posteriormente, los nobles Orejones del Imperio. Tiene el fuerte, alegorías grabadas en roca, y se puede ver un tigre encadenado, y otros grabados, de indudable origen pre-incaico, por ser tan semejante a los símbolos encontrados en el antiguo esplendor de Tiwanacu, perdido en la bruma del origen americano.

Uno de los documentos que arroja alguna luz sobre el origen de este monumento, indudable templo manístico, animístico y totemístico de Samaipata, es la relación del Pa-

dre Diego Felipe de Alcayá, Cura de Mataka, hecha a S. E. el Marqués de Montes Claros, Visorey de esos Reinos, documento que indica: "...que la Tierra que Manco Inca, segundo capitán de este nombre tiene conquistado que hoy posee en grandísima felicidad, por su gran prosperidad llamado Paititi, en la cual tiene descubierto todo género de metales hasta el más lúcido que es el oro, saca perlas de la laguna que ciñe por la falda del cerro Paititi, saca piedras de todos colores de grande estima; y del cerro Rico que el Capitán Condori labró en la Cordillera de los Chiriguanaes, llamada Caypurú, y el oro que sacaba su hermano Guacané, Rey nuevo de los llanos de Grigotá cuya fortaleza está hoy en pie en testimonio de lo dicho por su fundamento, llamada Sabaypata que es como sigue: Antes que a estas partes venían los españoles de España, ni los del Paraguay, el Inca por su buen gobierno, como aparece en todo este reino, iba conquistando cada año nuevas provincias, procurando ser siempre solo Señor. Para cuyo efecto dió su comisión a un descendiente suyo llamado Guacané, dándole título de Rey de lo que así conquistase, el cual dejó a un hermano suyo llamado Condori en la ciudad del Cuzco; y así mismo le dió suficiente gente para la conquista enviando a los llanos del Grigotá, cuyo antiguo nombre fué tomado en aquella provincia del gran Cacique Grigotá, que así se llamaban todos los que sucedían en el gobierno. Aviendo llegado este capitán Guacané con muy lucida gente a los valles de Mizque, comenzó a enviar sus exploradores la tierra adentro, y a disponer su osado intento, y a hacer consulta abierta para cada uno dijiese y diese su parecer y a lo último

se resolvió de no perder la ocasión y tomando más bastimientó entró por los valles de Pojo, Comarapa, los Saucos, Valle de Pulquina, Vallegrande y subió al asiento de Saabaypata, a donde asentó su real en la mesa de este sitio..."

El monumento que llama tanto la atención de los estudiosos fué descrito por el arqueólogo Leo Pucher, en la forma siguiente: "A una distancia de unas dos leguas más o menos al N. E. del pueblo y en una altura de unos 500 a 600 metros sobre el río de Samaipata, se encuentra la cúpula esculpida que demuestra centenares de asientos rectangulares y triangulares, graderías, altares, serpientes, jaguares, pumas y aves, como también las ventanas y puertas animísticas y un coro completo en lo más alto de la cúpula para las sesiones secretas de aquellas castas totemísticas del gran imperio Kolla preincaico. Era el lugar de la fusión de las diferentes religiones, dioses tutelares del monoteísmo andino adoradores de Pachamama. Existe allí en la entrada del O. E. tres grandes rampas esculpidas en roca viva que servían de asientos a los subsacerdotes de las castas Jaguar, Puma, Serpiente y Suri (Avestruz), animales totémicos deidades de la fauna andina, sobre cuyos altos relieves fueron inmoladas las víctimas que bañaban con su sangre derramada dichas configuraciones en sentido propiciatorio y expiatorio, sigue a esas tres gradas un plano, es un altar en cuyo recinto puede verse cinco diferentes animales totémicos tres de ellos aún visibles; de los dos restantes hay solamente vestigios de los cuales aún se recuerdan los viejos del lugar y los que D'Orbigny pudo ver y copiar. Son dos pumas, una serpiente y un suri (avestruz), y en el centro bien visible hay un jaguar y al remate tres peldaños escalonados de diferente tamaño en cuyo último estaba sentado el ministro sagra-

do que dirigía como representante de la deidad Pachamama los oficios divinos..."

Los incas debieron pues vislumbrar desde ese templo como de una atalaya, la amplitud de los llanos orientales, que perdidos en lejanía entre brumas y cintas de argento, debieron acicatear su ambición de dominio, pero pudo más el coraje de los chiriguanaes, que empujados por ondas migratorias de misterio, ocuparon las tierras de los chanés, pobladores del Grigotá.

Los incas como sus antecesores serranos, hicieron pues, vanos intentos de conquista, pero aún vencedores tuvieron que retroceder ante la muda amenaza del clima. Igualmente las lanzas vigorosas de los hijos de Guarán y sus flecheros temerarios, traspasaron la línea de los fuertes incaicos, pero también tuvieron que retroceder rechazados por el frío. Yupanqui, mal llamado el Piadoso, debiendo llamarse el Grande, pues tenía el sueño de un Imperio Continental, nono entre los descendientes de Manco Capac, en la primera mitad del siglo XV, fué el primero de los soberanos del Cuzco, que trató de sojuzgar a los hijos de los llanos.

Conserva Samaipata muy viejas costumbres cuyo origen hay que buscar en los pueblecillos de España. Cúpome una vez presenciar la fiesta de la Virgen de Guadalupe, en la que se pueden ver escenas de gran colorido.

Era una perfumada y cálida noche de diciembre. Comenzaron los fuegos de artificio con inusitada animación en el pueblo. Se bebía en casas y calles, y pronto se iniciaron los bailes populares animados por flautas y bombos, con la

aparición de muchos bailarines y entre ellos, uno disfrazado de viejo, otro de vieja y un tercero, de toro. Llevaba el viejo, careta de cuero de oveja, con largas barbas, pollerín corto y lazo ganadero, y la vieja, su compañera, lucía careta, pollera de tocuyo, huzo y rueca con ovillo de lana y un largo lazo terciado al hombro. Viste el toro una larga túnica de la que cuelga una cola, llevando el disfrazado, una careta de cabeza de buey, con grandes cuernos.

En el claro amanecer del día de la fiesta, una procesión inicia la marcha hacia la iglesia donde se rinde culto a la Virgen, animando el cortejo, el viejo, la vieja y el toro con tres bailarines. Durante el recorrido vá el viejo enlazando a los chicos que arman un gran alboroto, dándoles de azotes, mientras sus compañera, la vieja, le ayuda en la brega. Enlazado un muchacho, vá el viejo tirando con su lazo, en tanto trata el prisionero de zafarse y huir. Una vez al alcance del energúmeno, traza éste una cruz en el suelo, la que el chico debe besar, momento en que aprovecha el toro para darle una soberbia cornada. Castiga el viejo al prisionero y es imitado por el toro que lo hace valiéndose de su cola. Sigue la música entretanto, típica música del lugar, ejecutada por flautas y bombos, y que siendo muy primitiva, tiene un encanto especial que el escenario hace inolvidable. El muchacherío sigue el cortejo, armando grande algazara e insultando a los disfrazados. ¡¡¡...Viejo... barbas de chivo...!!! —gritan muy chillones voces infantiles— ¡Vieja, piernas de palo de yuca...! —dicen más allá— ¡Vieja pata chueca!... —siguen los insultós— mientras los mayores se divierten con tales escenas y las bebidas y dulces en adornadas bandejas, van de mano en mano.

Los cerros de la región son enormes moles de origen volcánico que parecen de una sola pieza, semejando monstruos de talla gigantesca en actitudes extáticas. Uno de esos cerros de salvaje belleza, por su descomunal tamaño, parece un enorme gorila en la actitud del pensador de Rodin, y visto en la noche, a la luz de las hogueras con las que los campesinos del lugar renuevan sus pasturas en sus dilatadas faldas, ofrece un espectáculo realmente impresionante.

Cascadas de agua clara caen de los cerros en rincones de frescor y entre umbrías y breñas, a la sombra de grandes árboles, florecen orquídeas. Árboles corpulentos, ya de clima tropical, decoran el paisaje, y penden de ellos, lianas y flores, mientras el río corre entre grandes piedras.

De Samaipata se desciente suavemente a los llanos siguiendo el curso del río, llegándose primero, a Bermejo, enfrente a un cerro que tiene la forma de una gruta de gran tamaño y líneas muy regulares de un vivo color bermejo. El papayo, fruto de Caciques y Señores, deja ver su elegante planta, tomando el río, a medida se desciente suavemente a los llanos, mayores proporciones. De este punto que está a 880 metros sobre el nivel del mar, se baja hasta la Angostura, paraje tropical que está a 560 metros sobre el nivel del mar.

Avanzando hacia el naciente y siguiendo siempre el curso de las aguas, se llega al fin, al "Alto del Sillar", como lo llamaban los antiguos pobladores, y llaman hoy, "La Escalera", que es un punto elevado que domina todo el llano oriental.

Esta zona es muy rica en especies botánicas y fué visitada por los botánicos alemanes Theodoro Herzog y José

Steimbach, merece este comentario del eminente hombre de ciencia, D. Martín Cárdenas: "Samaipata se encuentra al S.E. de Cochabamba, a una altura de 1.650 metros sobre el nivel del mar y en la región andino-montañosa que se caracteriza por la formación botánica en la que alternan los pajonales con las matas de árboles bajos y espinosos, propios del régimen económico xerofílico. Al N. de esta región existe un manchón de "Kehuiñales" *Polylepis*, que conduce a la extensa Provincia Floral Subandina de lluvias abundantes, que a su vez se extiende por los ríos Surutú, Ichilo, Chimoré y otros hasta la Hylaes amazónica.

Al S. O. se encuentra otra pequeña área de "Alisales", *alnus jorullensis*, que luego se abre en la vasta zona xerofítica que llega hasta el sur de la ciudad de Cochabamba, extendiéndose entre los ríos Mizque y Grande. Por estas breves consideraciones se vé que la región de Samaipata es muy interesante, ya que convergen en ella, formaciones botánicas muy diferentes y por esto creemos que cualquiera nueva exploración botánica que se realice aquí, ofrece muchas novedades a la ciencia..."

La quina, palabra de típico sonido quechua, como quínua y quena, existe en esta región, y nos remonta a la historia incaica. Middendorf y Means, nos dicen que: "Pachacútec en 1378, que había bajado de sus montañas para conquistar la Costa, perdió por causas que se atribuyen a las tercianas la flor y nata de sus ejércitos", y hechos como éste, nos demuestran cuan importante es para la colonización de estas regiones el poseer la planta milagrosa de la Condesa.

No se determinó aún qué especies de la Familia de las Chinchonaceae, existen en esta zona tan rica, y el nombre

indígena de quin-quin o quina-quina, nos indica el conocimiento de sus propiedades medicinales por los quechuas, quienes doblaban el nombre de toda planta curativa. La planta que hizo famosa por la galantería científica de Linneo, a aquella bellísima Doña Henríquez de Ribera, Virreina del Perú, y segunda esposa del Virrey D. Luis Jerónimo Fernández de Cabrera, Bobadilla y Cerda, Señor de Valdemoros, Alcaide hereditario del Alcázar de Segovia, y que ostentaba también el título de cuarto Conde de Chinchón, es pues, otro regalo de esta tierra pródiga.

Llegando penosamente a la altura de "La Escalera", se deslumbra la vista al descubrir súbitamente las planicies de Santa Cruz. Se alcanza a divisar en todas direcciones el plano cubierto de vegetación, que se pierde en el horizonte con ondulaciones que recuerdan un océano de verdor. Ríos de plata, diminutas cintas claras piérdense entre la bruma. Después de pocas horas de viaje, se llega al "Tarumá", estancia situada al pie de la serranía, en un punto que se extiende hacia el este en planicies que parecen inacabables.

Después de pasar los puntos denominados "Las Horcas" y "La Guardia", que recuerdan la heroica figura de Warnes, protegidos por la sombra de templos de verdor y entre huertos de naranjos y papayos, penetramos a los llanos del Grigotá, bien amados de los Incas, peleados y defendidos por los chiriganaes, y que después, fueron el hechizo de los meridionales que un día llegaron a ellos, en busca de Eldorado, de Omagua, la tierra de las especies y del Cinnamon; de Meta, la Casa de Oro; de la mítica Manoa, de la Amazonía; de la Ciudad del Sol; Enim, Paititi, la Colina de los Zafiros...

CAPITULO V

PADRE MAIZ

Es milenario el prestigio que lleva al alma indígena de América, a rendir culto al maíz, fuente generosa de bienes para los hombres. Grandioso papel desempeñó en verdad esa gramínea en el desarrollo de las culturas americanas, que bien pueden llamarse culturas del maíz, e incolmable sería el vacío en la vida de esos pueblos, si no hubiese elegido al Continente para su patria.

Las comarcas de Vallegrande, como las de Guarán en Cordillera; las del Ichilo y lejanas provincias orientales, son de maíz, que desempeña en ellas, papel activo y preponderante.

Desde la ventana de la casita donde busqué albergue en una de mis andanzas por estos valles del sol, entre un derroche de luz y color, alcanzo a divisar a lo lejos, el oro pálido del sembrío, "donde cada maíz parecía un gringo barbado y satisfecho", planta fraternal de todos los tiempos, que con toda razón los aborígenes de América, nombran el Padre Maíz, el del glorioso destino.

Es muy viejo el prestigio de las espigas de oro entre los americanos. Los templos mayas de las ruinas de Palen-

que, Ococingo, Chichen Itzá, conservan por doquiera el motivo decorativo de la espiga del gran cereal, que es símbolo de fecundidad y del don de la vida entre los hombres. Los santuarios de Tenochtitlán la Imperial y el Palacio de rojo mármol de tezontle de Moctesuma guardan entre la suntuosidad de sus monumentos, la simbología azteca de Huitzilopochtli, el torvo Dios de la guerra, y las espigas de maíz, la ofrenda pagana a la Diosa Tonantzin, Diosa de la Tierra, como la Ceres helena.

Y luego el sueño del Cuzco, ese otro gran Imperio. Ciudad del "patio de oro", la Ckori - Cancha, "de los hombres procreados por el sol en carne de la luna". Ciudad de viejas piedras, de gigantescas construcciones levantadas por cíclopes entre desfiladeros y canales rumorosos. Líneas rectas, ¡...obsesión de líneas rectas donde quiera se tienda la mirada en los monumentales edificios!... ¡Afán de eternizarse en la lineal solemnidad de la piedra por la eternidad de los siglos...! Oro y plata, plata y oro en monumentos y tumbas. Baudin, Means, Lothrop, hacen descripciones como ésta, de la ciudad de la "espantable magnificencia", que había llenado de estupor y admiración a Mointagne: "Los españoles vieron muros de templos que estaban cubiertos con planchas de oro, y de oro y plata tapizadas las paredes de las estancias de los palacios imperiales. Fuera del recinto del Templo del Sol, en el Cuzco, había bancas públicas de piedra, pero incrustadas de oro y esmeraldas. Y cerca de allí (detrás del ábside semicircular que todavía hoy se ve abrazar con sus bloques pétreos, a la iglesia cristiana de Santo Domingo) se hallaba el famoso jardín todo de oro, donde lucían metálicas las plantas, los insectos, los pájaros y hasta un entero rebaño de llamas con sus correspondientes pasto-

res. En el aire brillaban mariposas de oro, tan equilibradas que, al lanzarlas a lo alto, revolotean unos momentos antes de posarse en el suelo; y el suelo de este jardín era también de oro, con surcos de oro, y espigas de maíz de oro macizo. Eran de oro el menaje y el baño del Inca. En muchos casos era de oro y plata la mezcla con que se mantenían unidas las ciclópeas piedras de los muros, y así se explica por qué razón los españoles derribaron tantas mullas...”

Los incas le rendían pues, verdadero culto, y así en sus tumbas, muy cerca de sus muertos, al lado de delicadas copas de oro en las que se bebía su espíritu embriagador, se pueden ver las espigas del mayor milagro de América, y guaraníes, charrúas y chibchas, rendían homenaje al Padre Generoso, que fué un verdadero padre para estos felices e inocentes pueblos de América.

Es que la agricultura en los pueblos más evolucionados del Continente, no era una simple industria utilitaria y material: era un verdadero culto panteísta de la Tierra. El culto de la Diosa de la Tierra, de Pachamama venerable, era ancestral, y el indio se acercaba a ella, con veneración y respeto, pues al decir de Beals — el animismo es todavía una fuerza vital para él, pues la tierra, las plantas, los árboles son seres espirituales, que deben ser respetados, amados y temidos. “El místico y sentimental agrarismo de los aborígenes — recalca el gran Moisés Saenz, civilizador de ese pueblo antorcha que es el México revolucionario — parece estar diagonalmente opuesto al criterio jurídico agrario impuesto en el Perú por la cultura europea. El afecto que siente el indio de las sierras andinas por el suelo, es único. No po-

drá, como otros campesinos de climas más benévolos, ser separado de su suelo y continuar viviendo; tal separación equivaldría para él al arrancamiento de algún órgano vital. Un indio sin tierras es como un hombre sin pulmones. De aquí que nunca haya considerado a la tierra como un objeto que puede ser vendido. Es algo con lo que no se puede traficar, pero sí, explotar”.

Buscar la tierra de origen del maíz en el Continente es tan difícil como aventurado, pero últimos y serios estudios realizados por genetistas norteamericanos, que mediante los recuentos del número de cromosomas y otros pacientes trabajos, creen haber localizado la tierra de origen del gran cereal en la región del Roboré, bello rincón casi despoblado, situado en el corazón del Continente y en el Departamento de Santa Cruz.

La prehistoria americana permanece en la obscuridad pero es evidente que ya las civilizaciones anteriores a las de los aztecas e incas, conocieran el maíz y sus múltiples aplicaciones, y que, sucesivas migraciones debieron llevar a la planta a los más remotos confines del Continente. “Los maíces de Samaipata —dice a propósito de ello, el eminente Martín Cárdenas— son muy variados en el color de los granos y la superficie de los mismos, aunque todos pertenecen al grupo amazónico, pues sus mazorcas son cilindroides y de marlo grueso. Es probable que estos tipos hayan sido dejados en la región, por los grupos Tupi - Guaraníes conocidos por los etnólogos como tribus nómadas y al par que cultivadoras de maíz. Los chiriguano actuales, serían los representantes de estos grupos errantes antiguos, que mucho tuvieron que ver con la difusión de los maíces amazónicos

hacia el sur del Amazonas y quizás hasta llegar al norte argentino siguiendo la ruta de los Andes Orientales por Charagua y Aguarague...”

Esos hijos de Guarán que habitan las zonas regadas por los ríos Parapetí, Pilcomayo y Guapay, llaman ABATI, al grano de oro, y los chiquitanos, lo nombran OSEOX, en su grave lengua, y todas las naciones indígenas, hasta las más primitivas tenían veneración por él, y su siembra, cultivo y cosecha era el verdadero eje de su existencia. La cosecha era esperada con ansiedad verdadera y largas charlas se tejían alrededor de los vaticinios sobre la suerte del maizal de rumor interminable. Lograda ésta, toda la tribu puesta de hinojos en acción de gracias a los genios tutelares y al Ser Supremo, por el obsequio que les hacía, entonaba canciones que el viento llevaba por el monte. Vírgenes morenas de espaldas bronceínas y tersas como de bellas estatuas, danzaban en honor del grano milagroso, al son del redoble de tambores sobre la selva quieta, a la hora de la gravedad del crepúsculo, las danzas de la virgen América.

Desde el tierno choclo, hasta las complicadas frituras, había entre los americanos más de doscientas ochenta maneras de aprovecharlo en la alimentación humana. Poco a poco se fué perdiendo la tradición de aderezar tantos y variados manjares, y sólo tomaron carta de ciudadanía criolla, la humita, el pan de maíz hecho de harina o chochoca de los peruanos; tamales, bollos y frituras; sopas, locros y mazamoras, y por último, las tortillas, platos ya modificados después durante la Colonia. Y en el México de los aztecas, ¿se puede concebir algo más mejicano que el mescal, chocolate caliente, espeso y perfumado de cinamono, el ato-

le de maíz molido, con leche y agua, y los pasteles y tortillas de Cacahuatzintla?

Empero, satisfaciendo los granos de oro las necesidades alimenticias de tantos pueblos, les ofrenda el mayor de los bienes: el de su espíritu. La chicha burbujeante y fría, que era bebida de sacerdotes y orejones en el Imperio, se escanciaba en finas copas de oro en las grandes ceremonias religiosas donde se la tomaba parca y solemnemente. Nobles y plebeyos se sometían a una dieta sistemática días antes de la celebración, y llegada la gloriosa fecha, se bebía, ya no para buscar la borrachera torpe y deprimente, sino la dulce embriaguez que sabe tender su velo azul a las miserias del mundo, alegrando el corazón.

Sólo se alcanza a comprender el raro encanto de la bebida imperial, cuando en estas comarcas vallegrandinas se visita el campo en épocas de cosechas, que es de abundancia, y sintiéndose dulcemente vencido por el sutil veneno de la chicha, se une la borrachera de áureo licor con la de sol y verdor. Es entonces que se hace perceptible el motivo por el cual se rendía verdadero culto al Padre Maíz, que generoso ofrendaba tanto regalo para los sentidos. Una rara euforia, una laxitud que invade suavemente al organismo, hace ver las cosas de esta tierra ubérrima a través de un prisma de brillantes colores. El sol hace brillar mil gemas entre el verde monte hecho de alisales, chirimolles, sotos y tipas, y el rumor de arroyos de cristalinas aguas que parecen entonar viejas melodías indígenas, es adormecedor. Y llega del valle el embriagador olor a humedad vegetal, a primavera, a mujer, en el hechizo de la bebida.

Es indudable que los americanos asociaban la idea de la mazorca henchida a la de los misterios de la fecundidad. Aún hoy, en las festividades religiosas que el Calendario cristiano incrustó en las viejas costumbres, llegando el verano, tiempo de frutas y mieses, durante las fiestas del Carnaval y de la Pascua que es la continuación de las primeras, se escucha el bullicio alegre que llena de cantos y gritos los vallecitos escondidos entre los cerros, y en esa oportunidad se escuchan canciones que rinden involuntario homenaje al maíz, símbolo de prodigalidad, de hartura, y por último, símbolo como el falo del eterno remozarse de la naturaleza en el prodigio de la fecundación.

“Las festividades religiosas —dice Carleton Beals— coincidían con diversas actividades temporales del cultivo de la tierra. Así, el mes de Chahuar — Huarquiz (julio - agosto) era dedicado a las festividades relacionadas con la limpieza de los canales y con la labranza de la tierra. Todavía domina una especie de concepción espiritualizada del creador cósmico, aunque cierto es que la mayor parte del culto por la tierra ha sido absorbida en mala forma por las fiestas de San Juan, Santiago, San Andrés.

Empero todavía sobreviven algunas festividades especiales de la época anterior a la conquista, relacionadas con la labranza de los campos, con los primeros brotes de las plantas, con la llegada del agua a través de los canales de irrigación, y el maravilloso festival del maíz, el CALCHEO, cuando todo el ayllu, desde el miembro centenario hasta el más pequeño de los WARONUCHAS, que apenas puede caminar, despojan de sus verdes hojas a la mazorca y a los dorados, blancos, y rojos granos del fruto, al son de música

y los bailes; en gozosa acción de gracias al Padre Sol, a la tierra, a los picachos de la Cordillera y a los ríos, rindiendo homenaje a una cruz formada por los tallos de la planta y por flores.

La fiesta del maíz es el Te Deum del ayllu en el templo inconmensurable del Andes granítico y majestuoso..."

Rompe la quietud del cielo en una mañanita limpia y clara como arroyo serrano, el estruendo de jubilosas campanas cuyo eco retumba en la lejanía de los cerros azules que abrasan la cordialidad del valle. Suenan cohetes y hay estridencia de bandas populares y bulliciosas orquestas y habrá misa entre petardos y chirimías, banquetazo de mantel largo, riña de gallos y cucaña, que es día de guardar en la aldea de la mansedumbre luminosa. Llega del cercano corral, el rumor cordial de animales rumiando alfalfa y se siente el olor a tierra, acre y perturbador. "El mismo sol de los incas asoma ya entre las copas floridas de los huertos; el mismo vientecillo helado que llegando de las cumbres agitaba los pendones sagrados del iris en torres y almenas de aquella fortaleza cuyo solo nombre es una clarinada: Sac-sahuamán", llega a nosotros en brisa acariciante, y las misas libaciones de Capac Raymi comienzan ya a poblar de altas voces y gritos a la aldea.

Alcanzó a descubrir entre el moblaje de una sala que fué profusamente adornada de flores, serpentinas y cadenillas de papel, sala que serviría de comedor al señor Cura, invitados y extraños, asomando traviesas por debajo de un pesado catre de madera, cubierto de tejidos indígenas, las brillantes mazorcas rojas, moradas, blancas, amarillas, que

densas de auspiciosa bondad llenan de bienes a estos pueblos.

Briosas cabalguras que llevan jinetes de ambos sexos ebrios de alcohol y coraje, que hacen verdadero lujo de acrobacia ecuestre, cruzando raudos la pampa, saltando zanjas y trepando cerros, al llegar a las casas de sus amigos, detienen bruscamente sus caballos y tambaleantes de licor sobre sus sillas, otros rasgueando sus guitarras, entonan versos como estos, a los favorecidos por su visita.

"Aquí no dan chicha
que nomás darán
agua de los pozos
nomás tomarán

Ahora es el beber
ahora es el cantar
que después más tarde
no haide poder ser

Cantemos, bailemos
y con chicha buena
la pena espantemos

Aquí no dan chicha
que nomás darán
agua de los pozos
nomás tomarán..."

Continúa el rumor de música y gritos mientras cae la tarde. Pasan jinetes cantando sus penas de amor en canta-

res que nadie sabe donde nacieron y donde poetas anónimos, volcaron toda su ingenua inspiración. La música de esos versos, que parece que cantara y llorara, es la cabal expresión de alma colla, de los pueblecitos que dormitan acurrucados entre desnudos cerros, pliegues que forman los Andes en el corazón de América, es muy difícil de interpretarse y comprenderse lejos de este escenario, donde se ven tan cercanas las estrellas, y donde riachuelos de agüita clara de los nevados, cantan eternas tonadas de viaje.

La proximidad de pueblos de origen quechua de los Departamentos de Chuquisaca y Cochabamba, hacen que se escuchen muchas endechas, en "ese mismo idioma antiguo del Sol, incomparablemente tierno, bellísimamente retórico", y es tan poderosa la influencia de la Tierra, que de ella salen sin cesar, los caudalosos torrentes de ese prodigio de sonidos, de tanta riqueza como la policromía de un poncho indígena. El vallegrandino, sin embargo, dió ya a esa música, un carácter especial, por la clara influencia de la Colonia, cruceña y blanca, y hoy tiene ya un marcado sello regional.

Cantares en los que el llano dejó su clara influencia:

"A pesar que me aborreces
por tu puerta he de pasar
a dar agua a mi caballo
y a darte en que pensar..."

En las frías noches de crudo invierno, cuando silba ululante el viento de las neveras; y en las tibias noches cuando la campiña se puso rebozo de fiesta, del verde intenso de las mieses y el nevado de los frutales, escúchase el

paso de noctámbulos y bohemios, que alborotan las tranquilas noches aldeanas, con sones de guitarras, bien tocadas que lloran penas de amor. Toda la melancolía del alma quechua se adivina en estos pasacalles plenos de sentimiento:

“Por tí he llorado en la vida
amarguras y congojas
al ver marchitas las flores
de la ilusión más querida

Todo lo puede el amor
más el dinero lo vence
todo lo marchita el tiempo
todo lo acaba la muerte...”

Las fiestas religiosas de Todos Santos, Navidad, Carnavales y por último, la de la Pascua Florida, son fiestas plenas de colorido y que tienen su música especial, su “toque”, al decir de los paisanos, donde la chicha llena de canciones y de vida el valle dormido y hace brotar de guitarras y charangos, las melodías de un folklore tan rico como inexplorado. El geniecillo de esta tierra, travieso y retozón, que no es ni indígena ni español, dice sus trovas y cuitas en estos cantares de marcado sello regional:

“Tanto quiero al pobre
como quiero al rico
el rico dá plata
y el pobre su pico

Casado quisiera ser
casado para un ratito
casado toda la vida
eso sí, que no permito

No quiero la miel
de tu lachiguana
después que me pegas
me hacís "sana-sana"

Duraznito blanco
florcita rosada
pa solterita sos linda
Cómo serás pa casada?

Tienes unos ojos niña
que te los estoy mirando
el uno dice que sí
y el otro dice que cuando

De pobre no me tratés
que no te pido limosna
ni sos vos de las que hacen
obras de misericordia..."

El Qhaluyo de tan ilustre estirpe incaica, que pierde su carácter para convertirse en el "pasacalle", vallegrandino de las noches de bohemia, y los típicos "airecitos", constituyen sin duda, la música folklórica más cultivada en la Provincia. El "airecito", dá lugar al "contrapunteo", gemelo de aquella "payada del contrapunto", de los trovadores gauchos, cuarteta de oportunidad con la que entablaban dos cantores un torneo de ingenio y gracia.

"La samakueka —dice Jesús Lara, fino poeta y folklorista, escudriñador del alma del Imperio— era un canto de amor adaptado a una danza que gozaba de gran prestigio por la forma como se la ejecutaba. Hombre y mujer colocados frente a frente urdían, girando el uno en torno de la otra, un episodio galante en el que el donaire y el ritmo producían efectos de verdadera belleza. Esta danza se mantiene en su prístina pureza entre todo el pueblo quechua, pero bajo el nombre de "bailecito". La que hoy se conoce con la denominación de "marinera", en el Perú y con la de "cueca", en Bolivia y Chile conserva muy poco de la "samakueka", primitiva, la cual durante el Coloniaje recibió una considerable influencia de la "jota" y el "zapateado" españoles al ser adoptada por criollos y mestizos. Bifurcaciones de la antigua "samakueka", con ligeras influencias españolas, son la "zamba" y el "gato" argentinos. El Qhaluyo, otro canto que se acompaña de la danza, era una combinación de wayñu y de samakueka. El compás movido del primero y las demás características de la segunda le daban una fisonomía de carácter espectacular particularmente expresivo..."

Brotan muchas canciones puras, "no puras de agua en vasija, puras sí de manantial", que dijera el poeta, canciones que tienen todo el sabor a la tierra.

Y cuentan que ese día, un ser extraño, visitó la aldea serrana. Viéronle cruzar maizales de mazorcas cumplidas y barbas amarillas. Iba vestido de arboles entre el fulgor deslumbrante de tejidos de severo esplendor cromático, sobre un fondo de rojez casi de fuego. Tenía un rostro burlón y jocundo, de amplia sonrisa de blanca dentadura y de mirada

sabia e irónica. Aquella cara como la del Mascarón de la mueca misteriosa de la Casa de la Moneda de Potosí, obra de arte de la nostalgia de mitayos sin esperanza, "a un ángel burlesco remedaba o a un demonio bonachón".

Casiano Mojica, avecindado en Juan Ramos y Paz Huamán, de "El Veladero", aseguran ante el corro de campesinos de ojos asombrados y anhelantes, que era el Padre Maíz, que visitaba generoso la tierra, una vez más, para el contentamiento del corazón panteísta de los hombres... Y bien que les creo en su porfía. Fué él. El mayor regalo que hizo la América morena a la Humanidad: el Padre Maíz de los aborígenes.

CAPITULO VI

CHIRIGUANIA

Ocupa el sur del Departamento, la más extensa de las provincias cruceñas, la antigua Cordillera o Frontera de los chiriguanaes, que hoy, aún desmembrada constituye el mayor jirón territorial de la tierra de Ñuflo de Chaves, notable por su riqueza como por ser la patria de la indomable raza de los chiriguanaes que rivalizan con los araucanos en su frenético amor a la libertad.

“La tierra de la Cordillera —dice una Información de servicios del criollo Ruy Diaz de Guzmán, documento del siglo XVII, citado por Enrique Finot— es buena, fértil y abundante de buenos temples y sanos y al año se cogen dos cosechas en la Provincia de Charagua; corre de norte a sud cincuenta leguas que hay desde el Pilcomayo al Guapay y de este a oeste corren treinta y siete leguas que hay desde el asiento del Villar, que es la última población de las fronteras de Tomina, hasta la última cordillera que fenecce en el principio de Charagua, desde la cual principian los llanos hasta el Río de la Plata, sin haber más cordillera ni tierra alta... Es la tierra de cierta disposición para poblaciones de españoles y fundar copiosas haciendas de pan y vino y carne y azucar con grande abundancia... No hay

minas de ningún género, pero pobláronse con la brevedad que se promete, podrá resultar gran interés del comercio y haciendas que se pusiere...”

Tan vasta Provincia, cuya conquista espiritual y material costó cruentos sacrificios a los soldados de la cruz, primero Jesuitas, luego Franciscanos y Agustinos, fué recorrida y descripta por los mismos en forma que asombra por su exactitud. Así, el Padre Antonio Comajuncosa en 1735 en su “Manifiesto Histórico”, hace la descripción de la Chiriguanía —“que ocupa —dice— de norte a sud desde el pueblo de Santa Rosa (paralelo a la primera Misión de Chiquitos) hasta el Bermejo; de oeste a este desde las inmediaciones del pueblo de La Laguna, Partido de Tomina, hasta las arenas confinantes con la Misión de San José de Chiquitos. Confinan con los chiriguanos por el sud, los matacos, mataguayos y vejoses; por el sudeste los tobas; por el este varias naciones, particularmente la de los guaicurus; por el noroeste la Provincia de Chiquitos y por el norte los sirionós y yuracarés...”

El Padre Lozano y los Padres Chomé, Bernardino de Nino, Patricio Fernández, José Cardús, Angélico Martarelli, Doroteo Giammechini y otros, sobre todo, discípulos del “Poverello de Asís”, nos dejaron magníficas descripciones del medio físico de tan vasta Provincia, tan difícilmente ganada a la civilización y al cristianismo por la rara obstinación de los chiriguanaes, sus fieros pobladores.

Dice el publicista Hernando Sanabria Fernández acerca de los actuales límites de la Provincia — “Sus actuales linderos son los siguientes: Por el Norte colocados en el

desague del torrente de Ticucha en el Río Grande, sigue el curso de este río hasta que en él se vierte su afluente de la margen izquierda el río de Mosquera, cuyo curso remonta hasta la cumbre de la sierra del Inca, teniendo al poniente la Provincia de Vallegrande. Sigue luego la eminencia principal de dicha sierra hasta bajar a los llanos del Curiche en una recta que concluye sobre el Río Grande, teniendo por límites las Provincias de Florida y Cercado. De la margen derecha del Río Grande continúa con una recta imaginaria que concluye en las vertientes del Río San Rafael, para tomar el cauce de este temporario río y seguirlo por los bañados del Otuquis hasta la confluencia de ellos con el Río Paraguay, teniendo siempre al norte la Provincia Chiquitos. De este punto baja en línea recta hasta encontrar la pequeña eminencia llamado Cerro Jara, desde la cual empieza la delimitación que nos fué impuesta en el Tratado de Buenos Aires en 1938. Este límite internacional está constituido por líneas rectas que unen, viniendo de E. a O., los siguientes puntos de referencia: Choroveca, Fortín Paredes, Palmar de las Islas, Cerro Ustarez, 27 de Noviembre y Villazón; al sur queda la República del Paraguay. De las proximidades de nuestro antiguo Fortín Villazón tórmase otra recta fijada por las leyes de 1898 y 1912, la cual concluye hacia el Oeste en la quebrada de Cuevo, para seguir por el curso de ella hasta un punto de la serranía de Incahuasi indicado en ley de 10 de Noviembre de 1898 en $20^{\circ} 27' 30''$, sobre datos geodésicos del Ingeniero Minchin. Desde aquel punto sigue por la cumbre de la extensa serranía de Incahuasi hasta terminar sobre el Río Grande en el cañón de Ticucha indicado al principio.

Dentro del territorio que encierran estos linderos se encuentra la cruceña Provincia con sus 6 secciones municipales, Lagunillas, Charagua, Cuevo, Cabezas, Gutiérrez y Camiri, y los Cantones Aquío, Choreti, Ipitá, Parapetí, Alto Izozog, Bajo Izozog, Saipurú, Abapó, Florida, Curiche, El Filo, Pirai y Boyuibe..."

El enorme país de la Chiriguanía está bañado por tres grandes ríos: el Pilcomayo, el Parapetí, el Grande o Guapay.

Nace el Pilcomayo, cantado por los quechuas, al noroeste del Departamento de Potosí y atraviesa por el sudeste. Es de cristalinas aguas y poco salobres hasta el Cantón Igüembe, y se hacen saladas en Villa Montes, por recibir al Sud-este de Ibopeiti, como afluente al Río Salado.

Parapiti, "agua matadora", llaman los chiriguanoes, a otro gran río que naciendo en las alturas de Pomabamba en el Departamento de Chuquisaca y atravesando la serranía del Curi, tórnase respetable y llegando al pueblo de San Juan del Pirai, es ya de fuerte y arrolladora corriente, punto donde recibe las aguas del Río Armado. "Este río, dice Fray Bernardino de Nino — corre de poniente a naciente con pocas irregularidades hasta Mariqui, del Cantón Parapiti, y de ahí, se dirige al norte y desde su principio atraviesa la parte céntrica del territorio chiriguano. En San Juan del Pirai, el río dista del Pilcomayo unas 12 leguas, fácilmente podrían unirse ambas aguas y formar uno solo, para lo cual hubo proyecto, pero causaría mucho daño a la agricultura, especialmente a la Provincia de Cordillera. En San Juan del Pirai —continúa el notable autor de "Etnografía Chiriguana"— el Río Parapiti recibe afluentes el Río Armado y el

Pirai, y más allá en San Pablo de Huacareta, se unen las aguas del río de Sauces y otros. Recién pues el Parapiti es río de consideración y su lecho peligrosísimo casi en todos sus pasos por la falta absoluta de piedra, especialmente desde las Misiones de San Antonio y San Francisco hasta el Izozog. En este punto el río se pierde completamente desde el mes de junio hasta diciembre y enero, obligando a los industriales a practicar grandes excavaciones en su lecho para poder abreviar sus ganados que deben descender hasta los 5 metros de profundidad en ciertos sitios. Es fácil ver el curso del río ya seco, porque en tiempos de grandes avenidas vá dejando en las orillas toda la basura que arrastra y en su lecho toda la arena; las aguas aparecen nuevamente para formar el Río San Miguel de la Provincia Velasco.

El provecho que saca del Parapiti la agricultura y ganadería es grande, sin él sería imposible la existencia del Cantón Parapiti y el Izozog. Este río contiene pocos peces, no hay más que el bagre y el sábalo; los dorados grandes no existen y solo hay algunos pequeños en su afluente el Río Pirai, pero cosa extraña...! no penetran al Parapiti; en la confluencia retroceden. Más abajo en San Francisco los peces desaparecen, porque el agua disminuye hasta perderse casi toda cerca de Mariqui..."

Grande lo llamaron los españoles y Guapay los hijos de Guarán. "Era también llamado Abapó o Río Valiente por los chiriguanaes —dice el Padre Nino— ese otro gran río que naciendo en el Departamento de Cochabamba, baña la Provincia de Arque y atraviesa el norte de la Chiriguanía bañando gran parte de la Provincia de Cordillera. Pasa por Santa Cruz y confunde sus aguas dulces y cristalinas

con el Mamoré. "Las márgenes de este río —continúa el ilustre misionero— en la Provincia de Cordillera permiten fácilmente la abertura de acequias para dar fertilidad a los terrenos adyacentes. Allí a la margen izquierda, especialmente en Abapó o Cabezas..."

La etimología del vocablo Guapay es muy discutida y dice acerca de ella el Padre Doroteo Giammechini, autor de un interesante "Diario de la expedición exploradora boliviana al Alto Paraguay" — "viene de "Gua", comprar", "invadir"; "pa", "todo" é "i", "agua", "río"; es decir, río todo comprado, inundado; o sea "río que todo lo compra", esto es, "lo inunda", y sus grandes y extraordinarias avenidas confirman la expresión de la voz Guapay..."

Es también interesante incluir la opinión de Fray Antonio Comajuncosa sobre el origen de la palabra Guapay: "El nombre del río Guapay ha sido adulterado, pues en dialecto chiriguano, que generalmente se llama guaraní, ese río se designa con el nombre Hy - guapany que traducido al castellano significa "agua que bebe todas las aguas" o Río Grande por los numerosos ríos, arroyos que recibe en su seno. Este río tiene su origen en el valle de Cochabamba, en las vertientes australes de la Cordillera Real, corre hacia el S. E. por el valle de Mizque, atraviesa la región montañosa y envolviendo a la ciudad de Santa Cruz en una gran curva, cuya convexidad mira al naciente, vuelve su curso al N. O. y después de recibir el caudal de grandes y pequeños afluentes, llega a reunirse con el río Chapare, desde donde pierde el nombre de Guapay y toma el de Mamoré..."

El estudio casi perfecto de la hidrografía de la Chiriguanía, hecho por los Padres Misioneros, se completa con el del Río Acero, que naciendo en Sopachuy, Departamento de Chuquisaca, contribuye a la formación de numerosas lagunas, tanto naturales como artificiales, desde Igüembe, las primeras que terminan en el Cantón Cuevo, y las segundas, comienzan desde Boyuibe y siguen por Caipipendi, Carandaiti y el Parapiti, en su margen derecha.

Dotada la antigua Frontera de los Chiriguanaes, de un clima relativamente seco y sano y excepcionalmente favorable al desarrollo de la ganadería, posee también zonas agrícolas de suelos muy ricos y profundos y que en un futuro cercano pueden fácilmente recibir los beneficios de la irrigación. "Las dos estaciones marcadas —dice el autor de "Etnografía Chiriguana"— de que yo hablo son muy marcadas; por la abundancia de lluvia en verano y por la sequía en invierno. Las primeras lluvias principian en noviembre o a fines de octubre, aumentan gradualmente y son frecuentes en enero, escasas en febrero, irregulares en marzo, se suspenden en abril. La lluvia siempre la trae el viento sur, rara vez los demás vientos, nunca o casi nunca el viento norte. La temperatura más baja es de 5° C, y la más alta 34° C, y la media 18° C. Los meses de más calor son noviembre, diciembre y enero, y los más fríos mayo, junio, julio. Caen heladas en agosto, septiembre y octubre que son sofocantes por la carencia de aguas..."

Tal como lo afirma el notable misionero, los chiriguanaes tienen el vocablo "aracu" o calor, para designar el verano; "roi", frío, el invierno; "maentihá", o "siembra", la primavera, y por último, "ipitoha", esto es, cosecha, para nombrar la estación del otoño.

Sabido es que se dividió el Departamento de Santa Cruz en cuatro zonas fitogeográficas, la primera de las cuales, la "pampeana", "patagónica", o de "monte chaqueño", que comienza al norte de la Provincia de Córdoba en la República Argentina, abraza en su integridad la Provincia de Cordillera, la parte occidental de la de Chiquitos, para alcanzar por el norte hasta el pueblo de Montero, en la nueva Provincia de Santistevan, donde se confunde con la segunda formación, que corresponde yá a la Amazonía.

La formación fitogeográfica de "monte chaqueño", climáticamente bastante seca, es la patria del Quebracho y todas las especies de marcado carácter xerófilo, y posee por lo tanto, las más valiosas maderas de ebanistería, curtiembre y construcciones. Tan extraordinaria riqueza forestal permanece aún inexplorada, y no es difícil viajar en camión por días enteros, cruzando bosques de corpulentos Sotos, que así se nombra en Santa Cruz, el Quebracho Colorado de los rioplatenses; majestuosos Tajibos o Lapachos de los argentinos y otras especies invalorable como el Cuchi, "hierro vegetal", Urundeí — mí, de los hijos de la patria de San Martín; el Curupaú o Cebil de los mismos, especie tan preciada en la industria de la curtiembre; el Ñandubay o Ihuirayepiro de los chiriguanaes; la Cacha o Quebracho Blanco; el Juno, el Ichituriqui, el Iacarandá y tantas más que fatigaría nombrar.

Los suelos y especialmente los de la proximidad de los ríos, son excepcionalmente ricos, pues cuentan hasta con calcio, valioso elemento bastante escaso en el norte del Departamento, y por ser tierras de aluvión, hechas de finos limos tan ricos en sales minerales, son muy fértiles para todos los

cultivos. Empero, la riqueza principal de Cordillera, mayor aún que la del Petróleo, oro negro que mana en abundancia en la zona de Camiri, es la de la ganadería. Poseedora la vasta Provincia, de extensas praderas naturales casi desiertas, cubiertas por apreciables áreas de monte xerófilo, formado en gran parte por forestales de la Familia de las Leguminosas, de escalonada floración, dicha feliz circunstancia, proporciona sabrosos frutos al ganado vacuno que criado a todo campo y bajo tan excepcional alimentación, es sin duda el mejor del territorio de la República. Tenemos así a diversas especies que proporcionan sus frutos, y entre ellas a los Algarrobos, llamándose Iboperé o Cupechichó, el Algarrobo Negro, en lengua guaraní, y Cupesí o Ibopéguazú, el Blanco. El Algarrobillo, que es el Ñandubay de la Argentina, también proporcionan sus útiles frutos. La Cincina o Momoquí; el Quimorí o Chañar, la Tipa, y en fin, otras especies de grupos taxonómicos diferentes como el Mistol de los argentinos, que se llama Quitachiyú, en la lengua de los hijos de Guarán, completan la lista de tan útiles vegetales. Esta extraordinaria alimentación frutícola, dá pues a los productos de la ganadería de esta tierra, excepcional bondad, y así, son irremplazables el queso de Cordillera y la mentada mantequilla del Izozog.

Mejorados e hibridados los pastos de sus praderas naturales; aprovechadas las aguas al máximun con obras de almacenamiento e irrigación; cruzada la Provincia por vías férreas, la industria del ganado que es la Reina de las industrias, la convertirá en un emporio, pues sabido es, que la zona es muy sana y está relativamente limpia de garrapatas de los bovinos, causantes de la Babesiosis, Piroplasmó-

sis o Tristeza, causada por esos artrópodos de los Géneros *Margaropus* o *Boophilus*, que la inoculan al ganado.

La población ganadera actual de Cordillera, es de 150.000 cabezas de vacunos, habiendo recuperado el 80% de la población destruída durante la guerra del Chaco.

Tan rica Provincia es también poseedora de los más valiosos yacimientos petrolíferos de la República. El Oro Negro, de tanta importancia en esta era, llamada no sin razón, la Era del Petróleo, fluye en abundancia en los pozos de Camiri, situados aproximadamente a los 63° 35' de Longitud Oeste de Greenwich y 20° 05' de latitud Sur, es decir, al Oriente de la serranía de Incahuasi, esto es, dentro de la jurisdicción del Departamento de Santa Cruz. Posee así, el Departamento, la mayor extensión de campos petrolíferos, que alcanzan a 18 millones de Hectáreas, siendo el Ingeniero Mousnnier en 1904-1906 y Luis Lavadenz Reyes, los verdaderos precursores de esta gran industria.

La tierra de bravos guerreros, que durmió un sueño de siglos, despiértase yá al influjo arrollador de una ferrovía que se construye desde la frontera argentina. Llegarán con ella, rubias multitudes hambrientas, que huyendo del hambre y la muerte, en Europa, hallarán un seguro refugio de paz y de amor. Y será el nuevo ciudadano de América, altivo y vigoroso como tallado en el duro quebracho de sus montes dormidos, tenaz y paciente como el hombre de los ojos azules.

CAPITULO VII

CHARAGUA, LA VIRGEN CHANE

Difícil fué por cierto la conquista y la colonización de la Chiriguania. Poblada la jurisdicción de la llamada Cordillera de los Indios Chiriguanaes, por gentes de guerra, raza vigorosa, su sometimiento fué épica empresa de titanes.

Es indudable que los chiriguanaes, como lo afirma D'Orbigny y lo comprueba Finot, pertenecían a la raza guaraní designada por los etnógrafos con los nombres de Brasilio-guaraní y Tupy-guaraní, que en sucesivas migraciones llegó hasta los confines del Continente, alcanzando por el norte según algunos etnógrafos hasta el Caribe y aún a la Florida, donde los aborígenes tienen gran similitud idiomática y de costumbres con ella. Explicase así el oceano de nombres guaraníes en toda la extensión del territorio de las Repúblicas Argentina, Uruguay, Paraguay y Brasil, aunque es notable la diferencia de temperamento y modalidades de pueblos tan afines, como el de los dulces y tímidos guaraníes de la otra banda del Paraguay, con los duros y sanguinarios hijos de la Chiriguania. Estamos pues colocados ante un oscuro problema etnográfico, que aún se intentó explicar por el Padre Patricio Fernández, por migraciones guaraníes muy recientes de 1541, aseverándose que cuatro mil

hombres de esa raza atravesaron el Río Paraguay y cruzaron el Chaco, huyendo del castigo de los portugueses por el asesinato de Alejo García, para establecerse en el nuevo país, leyenda que fué fácilmente destruída por Finot, pues sabido es que existen también guaraníes como los sirionós y guarayos, establecidos desde remotos tiempos en sus tierras, y por otra parte, es incuestionable la cruenta guerra chiriguana que sostuvieron con tantos afanes y fatigas los soldados de los Emperadores del Cuzco.

Todos los Cronistas e Historiadores de la Colonia y aún los de la República, pintan con los más duros caracteres a los bravos hijos de la selva. Debióse sin embargo, exagerar un tanto en dicha pintura, aunque es innegable que eran sanguinarios y perezosos, inteligentes y desconfiados, valientes y aguerridos hasta la temeridad. Altos y bien formados, pues su alimentación era a base de maíz, los hombres lucían la "yapicua", especie de trenza central, ceñida de una faja ancha y larga, generalmente de color rojo vivo, y las mujeres la "yatira", copete parecido al de algunas aves.

"No place a los chiriguanaes reunirse en poblaciones —dice el Padre Corrado— prefieren distribuirse en pueblecillos a cortas distancias unos de los otros y casi siempre situados en alguna altura, a lo largo de los arroyos. Cada uno de esos pueblecillos se compone de unas ocho a diez casuchas dispuestas de modo que forman una plazuela más o menos regular. Son sencillas esas casas, compuestas de una sola pieza grande que sirve a todos los usos domésticos; las paredes de palos y cañas revocadas con barro; el techo de paja. Para que éste mejor resista a los recios vientos y

deshechas lluvias tropicales, le dan declinidad que los alares casi tocan al suelo, y para que salga el mucho humo del fuego perpetuo que arde en la vivienda, dejan en el caballete una abertura tan larga como la cumbre y defendida por la ceja de uno de los lienzos que sobrepasa al otro. La casa se mantiene siempre limpia y aseada por la solicitud de las mujeres, que la barren con frecuencia..."

Chiri - guano, "estiércol frío", del quechua, llamaron despectivamente los incas a los irreductibles guerreros de los llanos, a los que Yupanqui, "el Piadoso", el noveno de los Emperadores de la Dinastía de Manco Capac, intentó en vano conquistar. Diez mil de aquellos guerreros andinos, seleccionados entre los más bravos del Imperio y bajo las órdenes de jefes escogidos como el General Turumayu, descendieron en 1.400, a los llanos que después se llamarían de Manso, en su empeño de civilizar a los indómitos guaníes, y vengar al Rey Guacane tributario de los señores de Ckori - Cancha, Emperadores del Cuzco.

Chocaron los ejércitos con ímpetu ciego, y la fortuna huidiza y versátil como mujer, tardaba en decidirse. Poderosos y aguerridos ambos ejércitos, hábiles sus adalides, "Los unos que no saben ser vencidos, los otros a vencer acostumbrados", parecía que los imperiales ganarían un lauro más para su Imperio casi continental, pero pudo más el coraje de los guerreros de las lanzas de cuchi, que el valor de los serranós, dominadores de cúspides. Una vez más la Khantuta, escarlata flor imperial del Ánde, tiñóse de púrpura...

Las deshechas fuerzas del Cuzco, tuvieron pues que replegarse a los fuertes de retaguardia, después de dos años de infructuosos esfuerzos de vencer al guaraní, y ocuparon el Incahuasi, la "Casa del Inca", que dá ese nombre a una serranía que separa la Provincia del Acero de la de Cordillera; el fuerte de Samaipata, el "alto en el camino", de los andinos; la fortaleza llamada Incañajta, situada en la actual Provincia de Carrasco del Departamento de Cochabamba.

Refiere la tradición que los incas no cesaron en su empeño, pues un segundo ejército igualmente poderoso penetró en los llanos "por la vía de los chunchos" —al decir de Finot— que llegó al Guapay, a través de Mojos, al mando de Manco Inca, sobrino del Emperador, pero que se vió obligado a retirarse por falta de refuerzos y porque su hijo y emisario enviado al Cuzco, encontróse con que el país había sido dominado por los conquistadores españoles del Perú..."

El nombre chiriguano o "excremento frío" —dice el P. Angélico Martorelli— proviene de los incas que por su desprecio así los llamaban, pero éstos para distinguirse de las demás naciones se dan por antonomasia el nombre de "Aba", hombre; la mujer se llama "Cuña", y los mozos "Cunumi", y las mozas "Cuñantay". Son también apellidados con los nombres de "Camba" u hombre rudo, y de "Tembeta", derivándose este último del botón que llevan en el labio inferior..."

Aún siendo los señores absolutos de la tierra, no fueron los chiriguanoes sus únicos habitantes, pues convivían

con una tribu muy semejante a la suya, la chanesa, a cuyos individuos nombraban "Tapietes" o "esclavos", y además, otra tribu salvaje, la de los Ñannaiguas o Empelotos, que vivía en los desiertos del Izozog.

La tribu de los chanés que era muy numerosa, era idéntica a la de los chiriguanaes, en su físico y costumbres, que cuesta distinguir la una de la otra. Muchas palabras que se conservan en la toponimia del Departamento y muchos vocablos muy comunes muy cierto en el habla popular, son de indudable origen chané. Entre las primeras podemos citar los nombres de los ríos Chore, Churiá, Güendá, Ichilo, Itili, Cuñucú, Chorechoré, y de los lugares denominados Cumavi, Chorobi, Grigotá, Pari, Sara, Tamamé, Birubiru, este último, que parece tener sonoridades y características del quechua.

Hay muchas voces chanés en el léxico popular que designan animales, y así, la de cucu, por cigarra; peji, por armadillo; bato, por cierta ave zancuda. Son también de origen chané, pejichi, que es el nombre de un roedor; japutamo, por Bicho Colorado de los argentinos; peto, por avispa y borochi, por el felino de tan fúnebre aullido, que pertenece a la familia de los Cánidos.

Gran parte de las especies botánicas de alto valor conservan aún sus primitivos nombres chanés, tales como el de Seibo o Gallito, que es el de Cosorió, en esa lengua; el valioso hierro vegetal, llamado Urundeí-mí, en guaraní, es el Cuchi, en chané; el Algarrobo Blanco, Cupesí, en chané. También el Lapacho, árbol nacional de la patria de Solano López, tiene su correspondiente palabra en chané, que

es la de Tajibo; el Mistol, es Quitachiyú, en chané, y son vocablos de ese origen, el Peloto, o Peroto, valiosa planta laticífera; el Jorori, Leguminosa de muy hermosa sombra y el de otras especies como el de Quimorí, Mapaíso, Sujo, Bucubucu, Chuchío, Joco, Mumurí, Tararaqui.

Curichi, es un pantano o lodazal; pululé, que expresa carnes flojas y descolgadas; cuchuqui, por sucio; chico, por adormecimiento muscular, son también de esa lengua. Lo son también, la de chíó, chía, por caries dental, que por extensión se aplica a toda fruta en descomposición; jümetoto, por una varita para batir algo; tavavé, que expresa lo torcido y tambaleante; jasayé, que es un cesto tejido de hojas de palmeras; güembé, una liana, útil bejuco de mayor resistencia que el alambre, y por último, paúro, que es un pozó de agua, que tiene su correspondiente palabra en guaraní, que es el vocablo ilicúa.

Refiere una vieja leyenda que vencidos los chanés, fueron poco menos que exterminados por los chiriguanaes, quienes dejaron solamente con vida a mujeres y niños, y cargando con sus prisioneros y criándolos en sus usos, los incorporaron desde entonces a sus pueblos. "Las dos tribus han llegado a confundirse —dice el P. Antonio Comajuncosa— y a pesar de su perfecta igualdad, saben discernirse entre sí con una precisión admirable. Los chiriguanos llaman "Tapú", a la tribu chanesa, vocablo que expresa "descendiente de cosa comprada", y dan a sus individuos el tratamiento de "Chira-muí", "Chiya-yí", "mi esclavo", "mi esclava", como los chaneses honran a los chiriguanos con el título de "Cheya", o "mi amo" . . .".

En las cercanías de Copere, primitivamente Hópere o "cuerpo llagado", convertido en Copere por la defectuosa pronunciación de los blancos, vive otra notable nación que es la de los Empelotos o Ñannaíguas, nómada y temida. "Los chiriguanos, —dice el P. Doroteo Giammechini, autor de un interesante "Diario" — tienen una curiosa leyenda respecto a los Empelotos. Dicen que eran "Tapii", destinados a ser degollados y asados en sus bacanales. Ya se estaban haciendo los preparativos de chichas y cazas; y se fugaron y se escondieron sin poderles dar alcance. Por eso dicen, corren siempre como los jabalíes, temerosos como Cain, de ser sorprendidos, por eso mismo son extremadamente pobres, desnudos, sin casa y sin campo y enemigos mortales de toda raza que no sea Empelota o Ñannaígua. Los chiriguanos los llaman "Itirumbae", "sin vestidos", "Tapii-ñemi" o "esclavo fugado", y por desprecio, "Guariñooca"..."

Es también interesante anotar, que el P. Bernardino de Nino, afirma que el indio que ya conocía al blanco por sus hechos, lo llamaba "Caray", que quiere decir, astuto, codicioso, opresor y dueño de lo ajeno. Por eso —continúa el notable misionero— siempre que hablan de Caray, añaden el adjetivo Pochi, malo, perverso, tirano, pícaro..."

Afirmase que Domingo de Irala, llegó hasta Saipurú en 1547, y aún pudo conocer a Condori, aquel Condorillo, que nombrara tan despectivamente por su corta estatura, y ya en ese año. Ñuflo de Chaves, llegó a la Chiriguania, donde hizo rara amistad con los guaraníes, ganándose su afecto y lealtad hasta su muerte.

A la muerte del Caudillo, refiere Finot, el Virrey Toledo ordena a Juan Pérez de Zurita, el "allanamiento de los

chiriguanaes de la Cordillera", que como lo afirma Levi-lier— "acosaban a los Chichas al sur de La Plata, amenazaban Potosí, interrumpían la comunicación entre esas ciudades, Santa Cruz de la Sierra y la Asunción, descendían de las riberas del Pilcomayo para correr en avanzadas agresivas al valle de Tarija o invadían Salta por el norte, trabando por sus emboscadas el paso de las tropas castellanas y el tráfico mercantil..."

El propio Virrey Don Francisco de Toledo, fracasó luego en la demanda, volviendo desalentado de una inútil expedición punitiva en 1574. Más tarde, en 1580, el ilustre Gobernador de Santa Cruz, Capitán Lorenzo Suárez de Figueroa, inició sus infructuosas campañas contra los chiriguanaes, actuando en ellas, el Capitán Hernando de Cazorla de Narvaez y el Teniente Gonzalo Solís de Holguín.

Empero, lo que en rigor, nunca pudieron lograr los guerreros logró la fe de los religiosos, y dicese que la primera tentativa de catequización de los chiriguanaes, fué del siglo XVI, y confiada al mercedario Fray Diego de Porres. Refiere también el P. Corrado que a principio del siglo XVII, comenzaron las tentativas de los Tercios Ignacianos de someter a los infieles. Por los lados de Santa Cruz, Tomina, Tarija, se insistió mucho en el intento hasta el fatal año de 1727, en el que se produjo una sublevación que como violento alud barrió a los blancos, siendo esa vez como lo fué siempre, heroica la contribución de los cruceños para reprimir a los rebeldes.

El año de 1787, el entonces Gobernador de Cochabamba y Santa Cruz, D. Francisco de Viedma, deseoso de

El actual pueblo de Gutiérrez, destinado a ser la capital de la Provincia con el nombre de Yanacocha, se formó en un sitio en el que existía un caserío, que contaba con una capilla establecida por el cura Ramón Barba. En ese punto fundó el entonces Prefecto de Santa Cruz y vencedor del feroz Aguilera, el coronel cruceño Anselmo Rivas, el mencionado pueblo, y en 1885, el Prefecto Coronel Marceliano Montero, vencedor de Ingavi, fundaba al oeste de Gutiérrez, el de Lagunillas, que creció rápidamente hasta convertirse en la capital de la Provincia. Estaba situado al pie del Incahuasi, y en un sitio cubierto de lagunas, a las que debe su nombre. Cuéntase que sus primeros pobladores fueron los vecinos Paniagua, Antezana, Durán y Anzaldo.

Pocos lugares son de tan serena belleza y de tan magníficas condiciones para el desarrollo de una gran población moderna que el que ocupa el pintoresco pueblo de Charagua, situado junto al río de su nombre, y es indudable que no se fundó Misión en tan encantadora comarca, por estar tan próxima la de San Diego de Obaig.

Charagua, de Charagua-í, "donde las aguas brotan", era el nombre indígena del lugar. Situado el poblado al pie de una esbelta serranía cuyas crestas de azul de acero recortan la línea del horizonte, nacen en él las llanuras que se tienden hacia el infinito prolongándose hasta más allá del Río Paraguay. Está tan solo a seis leguas del Parapiti, y en la margen izquierda del río de Charagua, de corto recorrido de tres leguas, pues nace en las serranías que vienen de Taremacúa, junto a la cuesta de Caipependi, y atraviesa una quebrada llena de encantos para el turista, por sus paisajes de salvaje belleza, sonoras caídas de agua helada y medicinales termas de aguas calientes.

Anchuroso y bien trazado es tranquilo y acogedor este pueblo de enervadora modorra colonial. Hay sopor de galbana en sus soleadas calles donde alinean casitas blancas, de corredores coloniales a la usanza cruceña, y roja techumbre. Adormece el glu-glu de las aguas de las acequias de regadío y hay paz claustal en las quietas horas de la tarde. Llegan a la aldea, las aguas del cercano río que fecunda amplios panoramas de viñas y plantíos, umbrosas ramadas de huertas apacibles con oro en los naranjales y dehesas color turquesa.

De clima deliciosamente templado, es Charagua, la Jauja ensoñada. Italianos y franceses resucitaron la vieja industria del vino, traída por los Padres Misioneros y por ellos propagada por toda la América, pues sabido es, que durante toda la Colonia, el cultivo de vides y comercio de vinos, se hacía casi exclusivamente por Conventos y Misioneros de los religiosos.

Los jugosos racimos impregnados con la savia generosa de la tierra, origen de la industria que se remonta a todas las épocas y todos los pueblos, harán la prosperidad de Charagua. Con la vid, llegará el olivo, árbol generoso como ninguno y hermano gemelo de clima y tradición. El símbolo de paz entre los pueblos que desde milenios sigue dando fruto todavía; el que apadrinó a civilizaciones y culturas en Oriente, Grecia, Italia y España, también encontrará su patria en esta Charagua, dulce virgen chané.

Vino generoso, nepente mágico contra la tristeza, que se bebe por su abundancia, a jarradas; dulces cañas, doradas naranjas, chirimoyas, papayas y membrillos, son los re-

galos de esta Arcadia ignorada, y tierra de maíz y hartura. El cereal constituye el principal alimento de los chiriguanaes desde los más remotos tiempos.

"Once son las calidades de maíz que siembran los indios y sus vecinos de raza blanca, los mestizos tarijeños y cruceños —dice el P. Bernardino de Nindö, autor de la notable "Etnografía Chiriguana"— El maíz que tiene más uso para la comida chiriguana, se llama Abati-Bendi-vaé, o Abati-iyu-vaé, maíz relumbrante y amarillo; el grano de esta calidad es realmente de un color amarillo encendido y de él se hacen harina tostada y harina para la elaboración de chicha. La segunda calidad que tiene bastante uso es el Abatindi, o sea maíz blanco, éste se usa para tostado y aún para harina tostada; igual uso que éste tiene el Abaticanana, cuyo grano es semejante por su color y forma a los dientes y semillas de las granadas. Luego es bastante apreciado el Abati-vaé, o sea muy claro. Siembran los indios aún el Abatiúú, o sea maíz negro, pero no es muy apreciado, y cuando de este maíz hacen chicha, su color es de chocolate en leche. Si la cosecha anterior fué escasa, o casi nula, los indios a las primeras lluvias, siembran el Abati-raé, maíz chico, la planta no levanta de la tierra más de un metro. Casi igual a éste es el que llaman Muruchu, relumbrante, chico y cuya mazorca consta de 8 rayas. La séptima clase, llámase Cachinchi, es decir, "crespo", y lo usan para la harina tostada, y finalmente el Saimpini, gris, muy excelente para tostado por su blancura..."

El Padre Maíz de los hijos de América, parece tener su habitáculo de origen en estas tierras bajas del Oriente, pues si bien las alturas y valles de los Andes fueron su centro

principal de domesticación, es el maíz una típica planta del trópico y sub-trópico por sus características botánicas y fisiológicas, tal como el Camote o Batata y la Yuca o Mandioca, que también salieron de tierras calientes.

Combinan los indios su alimentación de maíz, con la de Cumanda o alubia o poroto, y hay once clases de este útil vegetal también de origen americano, pues se dá por su patria, al Perú imperial. Eran la Cumanda Sacuayú, alubia de ojo amarillo; Cumanda úú, la alubia negra; la Cumanda Guiraya, o trepadora; la Cumanda-andi o blanca, y Cumanda-mí, de grano colorado que son las mejores. La Cumanda-mi, es de planta chica, y es llamado "poroto-amarillo"; y es agria la Cumandansi; por último, la Cumanda-quazú, que es planta gruesa.

Es también el joco o calabaza, un valioso auxiliar de la alimentación chiriguana, y hay doce clases de calabazas de las que cinco son comestibles, sirviendo las otras, para la preparación de mates y porongos.

El agua de regadío, hace posible el cultivo de hortalizas durante todo el año, y como si fuera poca la prodigalidad de esta tierra de mostos y lagares, también se come en ella, la más sabrosa carne de vacuno de todo el territorio de la República, y el queso y mantequilla más renombrados.

Tierra tan rica que fuera escenario de guerra y muerte, será un remanso de paz y abundancia para todos los hombres de buena voluntad del Mundo. Y el mozo de azules ojos y doradas guedejas desencantará a la india cautiva del fiero chiriguanaes: a Charagua, la dulce virgen chané de la leyenda...

CAPITULO VIII

ENCANTADAS TIERRAS DE BUENAVISTA

A 113 kilómetros al noroeste de Santa Cruz, en una comarca donde el llano al unirse con las últimas serranías forma la más hermosa región del territorio de la República, existe una aldea que fué asiento de una Misión Jesuítica que un día llevara el sonoro nombre de la Misión de los Santos Desposorios de Buenavista. Dicha Misión es hoy el pueblo de Buenavista, capital de la nueva Provincia del Ichilo, la más rica de las Provincias cruceñas, que ya es mucho decir, y no solamente por el extraordinario número de especies botánicas de inestimable valor, sino también porque arrastran sus ríos, doradas pepitas, y tienen sus campos, yacimientos de petróleo, oro negro tan valioso como el primero, e inexplorados yacimientos de mica, mercurio, cuarzo, ópalo y carbón de piedra.

Cruzando el Río Pirai, a una legua de Montero, nota el viajero, que cambia el aspecto de la vegetación, pues la exuberante flora del norte del Departamento hácese gradualmente más rica y llama la atención el tamaño y majestuoso porte de los árboles. Hay frescura en el ambiente y siéntese el penetrante olor a tierra humedecida, siendo muchos los ríos que hay que atravesar para llegar a la antigua Misión.

Suenan en nuestros oídos, los criollos nombres de los ríos Pirai, Cuchi, Moreno, Güendá, Palometillas y el de los arroyos Dolores y La Junta.

Tan solo 80 kilómetros en línea recta separan Santa Cruz de Buenavista por el camino de carretón y pasando el arroyo de Dolores, el paisaje tropical tórnase sencillamente deslumbrante. Viajando bajo la sombra de altos árboles, se deja pronto el arroyo de La Junta de donde se comienza un leve ascenso hacia la población que se encuentra en una eminencia desde donde se alcanza a dominar la inmensidad del llano cubierto totalmente de vegetación.

Fué formada la Misión de Buenavista, al decir de Finot, "...con indios chiquitanos traídos en cautividad desde la otra orilla del Río Grande, como resultado de una expedición punitiva organizada por los cruceños en 1691. Después de varias ubicaciones temporales en La Enconada, Azuzaquí, y Palometas, esta reducción fué establecida en 1723, en el sitio que actualmente ocupa el pintoresco pueblo de Buenavista..."

"La Misión de San Carlos, a poca distancia de la anterior —continúa Finot— fué fundada en 1791 con indios yuracarés..."

Fueron pues los yuracarés los señores de tan ricas tierras desde esos tiempos y los sirionós, parte de una gran tribu salvaje y habitantes de la zona de Montegrande, se desplazaron hasta estas regiones, corridos por los yanahíguas, tribu aguerrida y feroz.

La medida del extrañamiento de los Padres Jesuitas en 1767 que destruyó con una plumada la admirable labor de los sabios misioneros, hizo languidecer en un sueño de muerte a Buenavista, que por mucho tiempo vivió olvidada de los Gobiernos y los hombres. Situada sobre una altura dominante enfrenta panoramas de belleza sin igual. Por el naciente se domina la infinita extensión de los llanos de esmeralda, océano de verdor que parece dormido al sol de la tarde, y por el poniente, entre bellos celajes, se alcanza a ver en la distancia, casi desafiantes, los hermosos cerros de Pampagrande. La Tambora, Amboró, Parabanó, son los americanos nombres de los colosos, y distingúense a la derecha, las colinas del Colorado. Una cinta de plata brilla al reflejo del sol y es el Río Surutú, que corre entre el verde rutilante de montes milenarios.

Tiene la región un raro e indefinible encanto. El paisaje, la serenidad del aire eternamente perfumado, invitan a la meditación, y un clima y suelo excepcionales, permiten florecer a la vainilla aún en patios de las casas de la aldea, y el cacao, tan americano y de elevada alcornica, luce su porte elegante en quintas y alquerías. Es embriagante el olor a frutos de palmeras, y la vida transcurre feliz y serena como debió ser en los días de los Soldados de Loyola...

A la hora de la siesta, buscando frescura y después de recorrer los arroyos de Palacitos y Las Piedritas que rodean el pueblo, descendemos al arroyuelo de La Junta.

Tiene el cielo un azul puro de añil y siéntese un calor sofocante. Nos desnudados en la sombra y pronto podemos gozar de la caricia de aguas cristalinas que corren entre fron-

das a la grata sombra de enramadas. Corre el río entre arenas y es delicioso en el calor de la tarde, gozar del agua fría. Sumergidos en ella, sentimos el runrunear de los insectos, y como perdidos a la distancia, oímos rumores de golpear de ropas y voces de alegres lavanderas. La quietud del ambiente es solamente quebrada por el mugir de los ganados y la algarabía del estrepitoso vuelo de loros y parabas cuyos hermosos plumajes refulgen a la luz del sol tropical. Viviendo sensualmente tan sencillos placeres, y en íntimo contacto con la Naturaleza, creemos comprender en algo la sabiduría de los Padres Misioneros que olvidándose del Mundo en busca de un remanso de paz, soterrábanse por vida y en santo renunciamiento en las selvas de América.

Está construído el pueblo a la usanza cruceña. Blancas casitas con los corredores coloniales, se alinean en calles que no tienen otro pavimento que el verde césped. Muchas de las casas están en ruinas pues sus dueños las abandonaron para marcharse a centros más activos. La plaza es grande y está bordeada de palmeras, y la iglesia, situada en una altura sobre la plaza, domina completamente la aldea, y aún semi-derruída, hace pensar en la opulencia de las antiguas Misiones.

Es numerosa la población blanca de la Provincia, pues Santa Cruz, la vieja nodriza, dispersó a sus hijos a los cuatro vientos, y dice Finot a propósito de ello: "En cuanto a los llanos de Santa Cruz, ya se ha dicho en otra parte que fueron poblándose gradualmente con los indios chiquitos transportados en la época de la traslación de Santa Cruz a Cotoca y de la fundación de San Lorenzo, así como también posteriormente con los chiriguano que fueron vencidos en

las guerras a la Cordillera y con los yuracarés que incursionaban por el lado del Yapacani. Así se formaron reducciones o poblaciones en Cotoca, Buenavista, Porongo, Santa Rosa, San Carlos, etc. Al propio tiempo los habitantes de San Lorenzo, iban extendiendo sus plantaciones y criaderos de ganado, fundando estancias y establecimientos agrícolas...”

Descendientes de los colonizadores son los hombres de la Provincia, y dispersos en toda su campiña, se oyen apellidos como los de Saucedo, Ibañez, Soruco, Salvatierra, Moreno, Parada, Paz, Suárez, Montaña, Herrera, Pórcel, Rodríguez, Egüez, Vaca, Raldes, Oliva, Sandoval, Rivera, Moro, Caballero, y otros de claro origen peninsular.

En esta tierra todo predispone al ensueño y a la fantasía, a las aventuras extraordinarias de oro y codicia, que dicen de fabulosos tesoros ignorados, y conocí a una anciana, Teodosia Monasterios, que sufría la más extraña de las locuras. De rostro de finas afcciones, que un día debieron ser bellas, créese aún la cuitada, en sus dorados años mozos, en los que perdió la razón y la vista, presa de las más fuertes emociones viviendo una rara aventura que turbó para siempre la paz de sus días. Supónese así, concedora de un derrotero de un fabuloso tesoro escondido por siglos, y por muchos años busca al hombre que lo descubra. Comedidos y curiosos conducen a los recién llegados a ver a la viejecita y miéntente llevarle al hombre de sus sueños, que dará con el tesoro a cambio de su amor, y es entonces conmovedor observar la pudorosa reticencia, la tímida coquetería de la pobre mujer al hacer el extraño trato con el desconocido. Con voz que los años y el tabaco hicieron ronca, cuenta en-

tonces lo que sus ojos hoy sin luz, pudieron ver. Y dice de una gruta donde el lento gotear del agua pule y hace brillar el oro en muros y el suelo; de atadijos llenos de las más raras monedas; de cofrecillos tallados en aromáticas maderas, colmados de anillos, de exóticos y ebúrneos rosarios de argentadas incrustaciones; collares y alhajas donde brillaban las piedras más bellas cuyo fulgor enloquecería a los hombres: tornasolados ópalos, selenitas, mágicos espejuelos, zafiros de azul puro, crisolitos y berilos, crisopacios y rubíes y bellas turquesas de azul verdoso. Habla luego con impresionante seguridad, de cráneos infantiles, finamente pulidos como gemas que lucían por ojos enormes rubíes y límpidos diamantes que brillaban trémulamente; de aljabas exornadas de aljofaras; de dorados plectros y un argentado pavés, y con tanta riqueza, otro singular tesoro formado por ¡...montadas de carne de vacunos...! ¡Oro y carne...! es el sueño que tortura a la pobre alienada, mientras sus grandes ojos sin luz parecen animarse al repetir la frase, y tranquilizada luego por las palabras de consuelo del visitante, cálmase y con suave voz menciona el dulce premio que merecería el varón que triunfe en la empresa ¿Qué extraordinario drama de amor, pasión y codicia vivió esta mujer, que turbó para siempre la tranquilidad de su alma? Muy poco pueden decirme de su vida y solamente que por muchos años sigue esperando, viviendo de la caridad de las buenas gentes, al hombre que descubra el tesoro para ponerlo a sus pies.

No es difícil soñar tesoros de tanta riqueza, pues la mayoría de sus ríos son auríferos y háblase no sin fundamento de tesoros enterrados por los incas a la muerte de Atahualpa, entre Pampagrande y Buenavista.

Son muchos los ríos que fecundan la región. El Palometillas sirve de límite arcifinio entre las Provincias del Sara e Ichilo. El Yapacaní, el Surutú y el Ichilo son hermosos ríos, y este último sirve de límite de la Provincia con la del Chapare, en el Departamento de Cochabamba. Entre los ríos Yapacaní e Ichilo, media una distancia de 60 kilómetros de tierras extraordinariamente ricas y cubiertas de bosque alto, cruzadas por más de treinta arroyos como los del Chore, Moreno, Agua Dulce, Víbora, y además, caudalosos ríos como el de Palacios, Surutú, Colorado, Cheyo, Palacitos, Dolores, Chicutú y quebradas pintorescas que tienen agua durante todo el año, como las de Mataka, La Junta, Infiernillo, Las Piñas y San Isidro. De todos estos ríos solamente es navegable por lanchas a motor, el Ichilo, desde Puerto Grether hacia abajo, y durante el tiempo de aguas, también lo es el Yapacaní, desde su junta con el Río Palacios. Estos dos últimos ríos son navegables en toda época del año por pequeñas embarcaciones, batelones y chatas.

Hay oro y mica en casi todas las quebradas y pude ver cómo se saca el áureo metal, lavándolo en bateas en las cabeceras del Río Dolores y el de La Junta, trabajos tan rutinariamente realizados que no permiten obtener utilidades apreciables. El Río Isama arrastra oro y tienen petróleo los ríos Cheyo y Macuñucú, donde se encuentran los yacimientos de Lorenzo Parada, donde fluye el oro negro. Los ríos Colorado y Mataracú son de mucha pesca y muy dignos de mención son los ríos Blanco y Verde. El Río Semayo, tiene vetas de mármol rosado, y hay abundancia de palillo, zarzaparilla y jipijapa, que serán objeto de gran industrialización en el futuro, en el río Surutú. Hacia arriba en las cabeceras de la quebrada Coromotá, afluente del Surutú, a 3 leguas

al S. O. de Buenavista se descubrió un pueblo en ruinas, donde se hallaron finas piezas del arte de la cerámica. Cacharros y vasijas de arcilla; hachas de piedra talladas al estilo incásico; husos de ese material y un fino almirez ostentando simbología asiática, comprueban que en ese punto debió florecer una civilización perdida.

El Río Moile, afluente del Ichilo, es particularmente notable por la abundancia de pesca, futuro paraíso de pescadores. Hay caolín, en el Río Isama, y aguas termales en una quebrada sobre el Yapacaní. Se comprobó también la existencia de wolfram y el petróleo, valioso oro negro en esta era del petróleo, fué descubierto en 1904 por Angel Ibáñez y José Serrate. En 1905 se descubrió otro yacimiento en el Río Macuñucú y llámase "La Zarca", una pertenencia petrolera que tiene 21 ojos de abundante petróleo. Es también notable la mina "El Carmen", descubierta en 1905 por Benigno Saavedra y Florentino Cruz, y como si fuera poca la enumeración de tanta riqueza inexplorada, cuenta la Provincia con dos hermosas caídas de agua, capaces de abastecer de energía eléctrica a enormes ciudades. Hállase la primera en el Río Mucuñucú, arriba del punto denominado "La Cueva", que es una gran peña granítica inclinada, donde se guarecen los viajeros, y el agua se precipita desde el cerro llamado de "Las Golondrinas", hermosa caída de 30 metros de altura. Algo menos importante y menor, la de "La Yunga" a 2 ½ leguas del pueblo de Buenavista, tiene siete metros de altura.

Y esta Provincia totalmente cubierta por la más lujuriante vegetación, cruzada de ríos y riquísima en miles de especies botánicas, sería un paraíso para el cazador, para

el aficionado a la pesca, y para todo hombre inquieto que desee gozar de las más puras emociones que puede prodigar naturaleza tan estupenda.

“El árbol —dice Jaime Mendoza, el admirable— He aquí lo que caracteriza y resume esa tierra. El vence al trigo; es el alcázar de las aves; es la envidia de la pampa y el rival de la montaña; es casa, es abrigo, es alimento, es templo, es lecho, es dosel. Es también arpa gigantesca. Todo lo es allí el árbol; la fuerza, la alegría, el esplendor, el poder.. Un gran Rey! Pero también hay tantos árboles...!

Rebaños de Reyes... Aquel verdor fastuoso aturde, emborracha. Uno se siente aplastado bajo aquellas bóvedas flotantes y aquel mar de pilares —curiosa arquitectura— que se mueve y cruje, y suspira y canta...”

De clima excepcionalmente favorable, de riquísimos suelos vírgenes, es muy apta la región para muchos cultivos, y la vainilla, el café y cacao prosperan casi espontáneamente y en el futuro será la primera zona productora del cacao en toda la República. Ningún fruto tan noble como éste, que fué regalo de Señores, y cuéntase así, que Moctesuma III, Emperador de Méjico, finalizaba sus comidas bebiendo chocolate, el que le agradaba tanto, que sólo lo tomaba en copas de oro y nácar. Se le atribuía tal valor al cacao, que sus semillas eran utilizadas como monedas, obligando a los pueblos sometidos a que pagaran sus tributos al Emperador, en dicho dinero...

Necesita el cacao de bosques de grandes árboles que mantengan una atmósfera húmeda y una gran capa de tie-

rra vegetal y como la vainilla, encontró en las tierras del Ichilo, el medio ambiente más favorable para su desarrollo, y la fabricación de chocolate será en un futuro muy próximo, una gran industria para la Provincia.

Es tal la cantidad de especies forestales de alto valor, que existen en sus montes, que asombrarían a los estudiosos. El Almendrillo, majestuoso árbol de alta copa, es llamado Chimoré, en la primitiva lengua de los yuracarés, señores de la región. El Cedro Colorado, llamado Sesena, en dicha lengua, y el Coloradillo, que es el Tosli, de esos indios, son de alto valor en ebanistería.

El Coquino, llamado Cochena en la región, proporciona excelente madera para construcciones, y el Corocho, es notable, porque su suave corteza sirve para la confección casera de los vestidos de los yuracarés. El Guaracacchi, es llamado Usausa, y Ule, el Guayabochi, en esa extraña lengua.

El Sirari, se llama Betu, y la Palmera Motacú, recibe el nombre de Sipe, La majestuos palmera llamada Majo, (*Oenocarpus Patana*), recibe el nombre de Urupa, y el árbol de Ochoó, el de Tomochi. El Pasaquiop, (*Himenea courbaril*) es nombrado Ipache, y Sulsu, el Palo Santo. El corpulento y hermoso Palo María, de preciada madera incorruptible que se emplea para embarcaciones de una sola pieza, se llama Sinorosisi, en yuracaré. La Chonta o Palma Real, llámase Tembé; y hay una gran variedad de palmeras, y entre ellas la de los Yuracarés, de la Montaña, de las hojas truncadas, y por último, la Palmera Vina. Abunda la preciada Mara o Caoba, el Trompillo y el Tarumá, de tanto

valor este último en Medicina en la curación de las enfermedades bronco-pulmonares. El Zapote, Urupisi, en yuracaré, que fué industrializado para la fabricación del chicle, existe en las últimas estribaciones de la Cordillera de los Andes.

El 26 de noviembre festeja el pueblo el recuerdo de los Santos Desposorios de María Santísima. Después de la misa de fiesta, se realizan en la extensa plaza, carreras de sortija, fiesta criolla animada por una banda y donde los mozos hacen proezas de acrobacia ecuestre para ganar una sola mirada de ojos húmedos de mujer, o una sonrisa que es toda una promesa, de las lindas muchachas, que vistiendo sus mejores galas animan la fiesta con su alegría. Hay gran animación en la plaza y grupos de jinetes la recorren al galope armando gran algazara con sus gritos y risas, luciendo muchos de ellos, el pecho cubierto por los trofeos de la corrida de sortijas.

Entre música y alegremente pasa la mañana, y es motivo del comentario general el desarrollo de las carreras que deben realizarse por la tarde. Después de un almuerzo de mantel largo en casa de un rico vecino, nos dirigimos a la pista de carreras que deben realizarse en un callejón entre la floresta, en el camino a San Carlos, a una legua de la población. El terreno de la pista fué nivelado a pala y los vecinos buscan su ubicación a la nerviosa espera de las carreras. Hay muchos jinetes muy bien montados, aunque a carreras grandes como las del día, se puede llegar aún en pesadas mulas trapicheras o en cansados jarmelgos. Muchos espectadores no pudieron traer cabalgaduras y se arremolinan para ver la carrera. Circulan jarras de

fresca chicha cruceña y de aguardiente, que ya hace hablar fuerte a los hombres. Se cruzan apuestas y rodeados de curiosos, llegan al fin los caballos. Puedo ver un hermoso bayo y un oscuro de regular alzada y nerviosos movimientos. Forman sus jinetes un curioso contraste. Es el del bayo, un muchachito pálido y desmiriado, moreno y menudo, y al parecer muy tímido, y un hombre maduro y canoso el del oscuro, y al decir de la gente, ducho en toda clase de lances, bebedor alegre y buen catador de las breves del amor.

—¡¡...Seiscientos pesos por el bayo...!! a cortar luz — grita un joven jinete de muy hidalga figura.

—¡Doy usura por el oscuro!... — responde otro que recoge el desafío.

—¡¡...Doblo mi polla con el que quiera!!... — insiste el al parecer dueño del bayo.

Después de ensayarse varias partidas, por fin largaron los jinetes y vemos pasar como una exhalación a los caballos y sus centauros magníficos sobre el lomo desnudo de sus corceles. Es ensordecedora la gritería pues ganó el bayo a pesar de la ciencia del jinete del oscuro.

Hay hermosas estampas de jinetes y llámame la atención un anciano que montando un soberbio caballo moro de lucientes arreos con engastes de plata, hace las delicias de la gente con sus ocurrencias y la sal de la sabiduría campesina. Alto y erguido sobre su silla a pesar de su edad, su fuerte cuerpo parecía tallado en tronco de soto centenario. Su respetable cabeza de patriarca, de abundante melena y

largos bigotes niveos, con amplia frente, imperiosa nariz aguileña, brillaban a la luz del fuerte sol, e inquieto y nervioso sobre su cabalgadura, se hacía aire con su gran sombrero alón. Decidor y alegre, bebía con delectación y sin perder una gota, las copas de aguardiente que le alcanzaban sus amigos, y viéndolo tan fuerte y sano, pensamos en la fuente de salud que la vida del campo puede ofrecer a los hombres.

El tema central de las conversaciones es el de los caballos, pues en todos los países de América, es el noble bruto, el inseparable amigo y compañero del hombre. Dice Javier de Viaña, al referirse al flete de los criollos: "Es el primero y el más persistente de los amores gauchos. Es el complemento de los otros, el instrumento indispensable a las satisfacciones de todas sus vanidades y de todos sus orgullos". "El flete —continúa— debe ser lindo, pero es indispensable que reúna a la vez cualidades de guapeza más ponderables. Los ojos han de ser vivos, las orejas nerviosas, ancho el encuentro, finos los remos, recias las caderas. El gaucho dejará difícilmente pasar un día, sin echarle un vistazo a su "potrillo", siguiendo su crecimiento, extasiándose como una madre, al ver afirmarse, de semana a semana, la belleza de sus formas". "El mismo lo amansa, el mismo lo doma, con prolijidad, con paciencia, con cariño. No tiene prisa. Cuando se aproxima el día de su "debut", el joven gaucho vive exclusivamente consagrado a su flete. Nadie ensilla el favorito; nadie atravesaría a pedírselo prestado, porque todos saben que el flete como la mujer y las armas, no se prestan nunca..."

Agoniza la tarde. El sol incendia el horizonte y la noche va borrando las indecisas figuras de los jinetes que regresan al pueblo. Sus gritos se pierden en la lejanía y ya se escucha la adormecedora serenata de los grillos y el croar de los batracios. Decórase de pronto el alto cielo, de miles de farolillos, las estrellas, y viajamos en silencio, pues solo se escucha el tascar de las cabalgaduras y el lejano ladrar de los perros.

Ha caído la noche en las encantadas tierras de Buenavista.

CAPITULO IX

MOXOS LA DESCONOCIDA

Ocupa el norte y noreste del territorio de la República, un enorme país de más de trescientos mil kilómetros cuadrados de superficie, que aún después de tantos años de vida republicana, permanece casi despoblado e ignorado de los bolivianos, a pesar de guardar en su seno, fabulosas riquezas naturales.

Tierra de misterio y leyenda en todos los tiempos, fué el mítico país de las Amazonas de los primeros españoles; siendo posteriormente, la tierra de la Hylaeas, el árbol del hechizo diabólico, que levantara como por arte de encantamiento, bulliciosas ciudades en el corazón de la Amazonía. Presas de la quimera del árbol de oro, vivieron el trágico sueño del Rey Midas, pues fluía el áureo metal por sus calles llenas de vida, trocándose súbitamente en miseria esta falsa prosperidad, al caer la goma en 1912. Tal el destino de Manaos, que aún conserva el teatro más opulento y grande de América, hoy amenazado de selva, vano sueño de grandeza de un iluso que creyó en la perennidad de la industria del árbol del oro, que fué el árbol de la muerte; y el de la ciudad de Santa María de la Luz de Iquitos, capital del enorme Departamento del Loreto, en el Perú, que conserva bellos

edificios de mármol, como el del Malecón, triste recuerdo de un efímero sueño de grandeza...

Los incas con los emplumados guerreros de Viracocha, Pachacutec y Yupanqui, conquistadores de las tierras bajas; los españoles con Alvar Núñez Cabeza de Vaca, en 1543, Domingo de Irala, en 1553, Ñuflo de Chaves, en 1561, fueron los primeros en intentar la exploración y conquista de tan desconocidas tierras, fracasando empero en su intento. Tan grande aventura fué nuevamente intentada desde el Perú por varias veces, siempre con resultados negativos, y Enrique Finot, hace referencia a una "relación", de 1570, que contiene el detalle de esas infructuosas tentativas.

Candia en 1539 trata de ingresar a la tierra misteriosa, desde el Cuzco; Pedro de Anzures, ingresó por Camata, llegando en penoso viaje a Moxos y saliendo de los llanos obligado por la falta de alimentos. Juan Nieto intenta la empresa en 1561 y entrando por Camata llegó hasta Apolobamba; Antón de Gastos ingresa en 1561 por la vía de Cochabamba; Luján, que pagó con su vida a manos de los indios, su vano intento en 1565; Juan Alvarez de Maldonado en 1567, volviendo fracasado al Cuzco por San Juan de Oro en 1569.

Empero, el más notable de los aventureros expedicionarios desde el Perú, fué Diego Alemán, quien con autorización del Conde de Nieva, entró a Moxos por Cochabamba en 1563, pereciéndo a manos de salvajes luego de traspasar la línea de "montañas orientales", lo que hace suponer que fué sorprendido por los feroces yuracarés. A pesar de tanta tentativa de conquista de parte de los españoles de

Asunción y el Perú, esa gloria estaba reservada a D. Lorenzo Suárez de Figueroa, ilustre fundador con Jerónimo de Cabrera, de la ciudad de Córdoba, y de Santa Cruz, quien realizó dos "entradas", a los Moxos, con relativo éxito, pues llegó en 1580 hasta Tapacuras, fundando según Finot, la ciudad de efímera vida, de Santiago del Puerto, situada en los confines de Chiquitos. Solamente su repentina muerte, impidió al primer Gobernador de Moxos, ver cumplido su sueño colonizador y el de llevar el cristianismo a tan dilatados territorios.

Juan de Mendoza Mate de Luna, fracasó también en la demanda, y los verdaderos iniciadores de la colonización, fueron los Soldados de Loyola, quienes además, nos proporcionaron las primeras noticias sobre la historia de su descubrimiento.

Forman hoy los Moxos, un nuevo Departamento, que es el del Beni, de seguro porvenir y a donde también llegó la raza cruceña. Descendientes los benianos, de cruceños en su casi integridad, conservan el tipo racial, costumbres y modismos, y ven con cariño y orgullo a la vieja ciudad que fué cuna de sus antepasados y que realizó el mayor esfuerzo colonizador de la República, con doloroso desangre de hombres.

El Padre Diego de Eguluz (1696) fué el primer historiador que se ocupó de Moxos, pero muy poco pudo relatar sobre la desconocida historia de su descubrimiento.

La segunda época de la Historia beniana, está comprendida desde la llegada de los españoles hasta la entrada

de los Jesuitas (1562-1661). Se supone que el aventurero Diego Alemán, penetró al Beni por Cochabamba, en 1563-1564, pero lo cierto es que los Gobernadores de Santa Cruz, trataron de someter a los indios moxos desde los lejanos años de 1600, y así, en 1607, dió el Gobernador Martín de Almenbras Holguín, en encomiendas el nuevo país, a Gonzalo Solís y los suyos, "por dos vidas", y bajo la condición de que fundase una ciudad bajo el nombre de Santísima Trinidad, fracasando Solís en su intento colonizador. Medio siglo después, en 1647, deseando los indios moxos, establecer relaciones de comercio con chiquitanos y cruceños, subieron el Piráí en busca de la amistad de los cruceños, y se produjo un caso curioso en la Historia del Nuevo Mundo, pues los indios trataron esta vez, de salir de su aislamiento buscando a los que habían de convertirse en sus conquistadores.

La tercera época de la Historia beniana, se refiere a los años desde la entrada de los Jesuitas hasta su expulsión (1667-1767). Fueron los Padres Juan Navarro, quien acompañando la expedición de Solís de Holguín en 1624; Jerónimo Villarnao, Jerónimo Aldión, José Bermudo, Julián de Aller, y el Padre Juan de Soto, los heroicos Soldados de los Tercios Ignacianos, los primeros en pisar tierra moxeña, y trabajaron los Padres, en ellas, por el espacio de un siglo y 15 Misiones nos dicen de su pasada opulencia. Así a principios del Siglo XVIII las Misiones eran: Loreto, Santa Rosa del Chapare, Trinidad, San Javier, San Pedro, Exaltación, San Ignacio, San José, San Luis, San Borja, San Pablo, Reyes, Concepción de Baures, San Juan Bautista de Guarayos y San Joaquín.

En el año 1767, expulsados los Jesuitas de los dominios españoles, ordenó el Obispo de Santa Cruz, Ramón de Her-

boso, que se conservaran las instituciones. Fué inútil empeño. Bien pronto llegó la decadencia de las Misiones que fueron trasladadas a dominios portugueses.

En 1825, el Departamento de Santa Cruz estaba dividido en las enormes Provincias de Cordillera, Vallegrande, Chiquitos y Moxos. Las dos últimas abarcaban un territorio tan extenso como desconocido. Por el Decreto de 18 de Noviembre de 1842, Moxos con las Provincias de Yuracaré y Caupolicán, entraron a formar el nuevo Departamento del Beni. La ley del 15 de noviembre de 1844, que aprobó la creación del nuevo Departamento, dió por capital del mismo, a Ballivián, ciudad que nunca pudo formarse.

Cuando los Conquistadores, enfermos de nuevos horizontes y en busca de la ciudad ensoñada, la Ciudad Dorada, hollaron con sus plantas las llanuras de Moxos, oían con frecuencia la palabra de la lengua tacana BENI, empleada para designar la brisa, caricia y consuelo de viajeros y caminantes que atraviesan la llanura abrasada por el sol, quedando así el vocablo para nombrar al hoy Departamento del Beni. Está habitado por numerosas naciones: moxos, movimas, cayubabas, sirionós y muchas más que vivían aisladas del resto de la América por centenares de leguas de bosque. La nación de los moxos, la más numerosa, dió su nombre a las inmensas llanuras del nuevo Departamento.

“Los habitantes autóctonos de Mojos —dice Finot— pertenecían a la raza pampeana, aunque ciertos autores han creído encontrar, en algunos de sus pueblos, los vestigios de un remoto parentesco guaraní. Estaban divididos en numerosas tribus, siendo las principales las de los Baures, Mu-

chejones, Chapacuras, Itonamas, Canicharas, Movimas, Cayubabas, Pacaguaras e Itenez. Según el Padre Diego de Eguiluz, los mojos propiamente dichos (baures y muchejones), alcanzaban casi a veinte mil almas, sin contar las demás tribus.

Los mojos presentaban mucha semejanza con los chiquitos, especialmente en el color de la piel, aunque algunas agrupaciones eran algo más claras. Su talla era por lo general mayor que la de los chiquitos, fluctuando entre 1.79 a 1.67 y su aspecto era más robusto y elegante. Entre las mujeres no faltaban tipos realmente bellos. Otras semejanzas con las tribus pampeanas del sur consistían en sus inclinaciones sociales y en sus hábitos hospitalarios, aunque los mojos eran más graves y menos comunicativos. Solamente los canichanas eran antropófagos a semejanza de los chiriguanos".

"En una forma general —afirma el cumplido Historiador de Moxos, José Chavez Suárez— podemos decir que los indios mojos no tuvieron ninguna idea de la existencia de un Dios único y sobre el origen de las cosas. Decían que la naturaleza (Ratirabaino) había creado a todos los seres, de manera que cada planta o animal tenía la suya propia. En algunos pueblos se inventaron fábulas sobre la aparición del primer hombre. Eran idólatras pero sin ídolos, como lo afirma el P. Castillo, aunque se ha comprobado que, en ciertos pueblos, tenían unas figuras ridículas a las cuales reverenciaban. Algunos dioses eran adorados en varias naciones; el sol y la luna tuvieron ese carácter. Habían deidades particulares en cada parcialidad, con diferente empleo o misterio, al decir de los Padres Orellana y Altamirano: en

esta forma se consideraban las estrellas, el agua, el río, la laguna, los tigres invisibles, etc. Se creían hijos de los bosques o del río, o del lago que estaba próximo a su respectiva aldea, por este motivo consideraron el sitio donde habían nacido como sagrado, que no lo abandonaban fácilmente y si se veían obligados a trasladar el pueblo, lo hacían solo a un lugar inmediato. Confiaban en la merced de ciertos dioses protectores como los que presidían las cosechas, la pesca, la caza. Temían a los dioses del trueno y del rayo. En cambio, el arco-iris era un Arama, que creían les favorecía con el rocío que precisaban para humedecer los campos quemados y para proteger a los árboles de gran elevación..."

El Padre Orellana en 1687, refiriéndose a la religión de los moxos, escribió lo siguiente: "Adoraban en cada nación muchos dioses: unos particulares de ellos, otros comunes a todos, unos casados, otros solteros, cada uno con diferente empleo y ministerio; cual presidente del agua y sus peces, cual de las nubes y rayos; otros de los sembrados, otros de la guerra y otros de los tigres..."

Estudiando las lenguas de las numerosas naciones que habitaban tan inmensos territorios, pueden reducirse a ocho: canicharas, movimas, cayubabas, itenez, paraguaras, chapacuras, maropas y por último, sirionós. Los moxos constituían la nación principal y predominante y así, aún los baures considerados como una nación distinta, pertenecían a esta raza. Físicamente muy robustos y de hábitos muy sanos, son ganaderos en su mayor parte y como consecuencia, de raza muy fuerte. De fisonomía abierta y llena de dulzura, su sociabilidad llama la atención a todo extraño. Como

ganaderos son centauros magníficos y laceadores notables tal como los gauchos del sur y llaneros del norte. Navegantes habilísimos, no en vano una vieja leyenda los supone hijos de las aguas, y es por ello, que tienen tanto apego a sus bellos ríos. Domadores de potros, laceadores de tigres, violadores de la selva, domeñadores de espantables y tronitos cachuelas en débiles canoas y balsas inseguras, son los hombres benianos, verdaderos hombres en su más hondo sentido primigenio. En su lujuriente tierra natal, donde lo muy bello parece pagar cruel tributo a Madre Natura, con lo efímero de su vida: flores ténues y delicadas, frágiles mariposas de encaje; mujeres bañadas de luna y estilizadas como orquídeas, en esta tierra "cementerio enorme que se pudre y resucita", la muerte acecha al incauto, y la imaginación del andino, puéblase entonces de terrores. Así nació "La Vorágine", de aquél serrano oriundo de las alturas de Vepa en los andes colombianos, aquel José Eustasio Rivera; y nació así, "Canaima", del maestro y artista que dirigió los destinos de la Patria ilustre del Libertador. En nuestra Patria, la jungla misteriosa y temida, también supo inspirar bellos cuentos como "Mamoré", del atormentado Porfirio Díaz Machicao, y visiones de pesadilla y delirio de magníficos poetas como Gregorio Reynolds, nacido en el tibio regazo de las Charcas señorial y serrana:

"La fauna que devora o que envenena
deja trágica nota en el paisaje
zarpas, colmillos, flechas y ventosas
listos están para el ataque.

Hipnóticas retinas de felinos
y de otras bestias montaraces

fosforecen de pronto, se encandilan
y tornan a apagarse;
peces y anfibios en acecho
de la caliente sangre.

Hay bocas de dragón gulusmeadoras,
trituradores dientes de caimanes
y estancaricos que producen
los fállicos desgarres.
Hay enfoscadas crispaduras
de arácnidos peludos y voraces,
temblorosas lenguetas de serpientes,
paréntesis de pinzas de alacranes;
culebras que amenazan,
culebras que se enhiestan como áspides
para enseñar la trágica eminencia
del estilete titilante..."

Tres son los motivos de la gran sinfonía que entonan los poetas a esta tierra estupenda: los ríos, el hombre y el tigre.

¡...Los ríos...! Difícil es imaginar la inigualable belleza de los ríos benianos. ¡Solamente ojos americanos pueden imaginar su majestuosidad y grandeza...! Anchura de centenares de metros; jubilosas alboradas de bella color turquesa alegradas con el estrepitoso vuelo de parcbas multicolores, chillidos de gaviotas blancas, aleteos de manguarís, bullanguerío de monos y manechis; salvaje belleza del paisaje florido de tajibos; altos cielos combos deslumbrantes de sol en los amaneceres limpios, noches de luna de sortilegio, y todo "en vastos silencios para inmensos rumores de pueblos futuros".

Cantó Bustamante al anchuroso Mamoré:

"Tú que en regiones ignoradas giras
serpiente nacarada, bajo el cielo
palio de lumbré, por do tiende el vuelo
la garza colosal.."

Empero, es el hombre el dominador, el amo de tan
difícil tierra, y bien merece los cantos de los poetas. Dice
Raúl Otero Reiche, el gran poeta oriental:

"Hombre, agua
tromba, vórtice, cachuela
domador de la sonora "sicuri" del Amazonas
que estrangula entre sus vértebras
al jaguar azul del mar

Hombre rítmico
velámen, remo, quilla
marinero de agua dulce,
con tus nervios enredados como jarcias,
aleteantes como remos
retorcidos como cables

Bello vástago triunfante
Hijo alegre de la tierra fecundada por el hondo Amarumayo,
gestación de fuerzas cósmicas
Hombre nuevo...!"

Nadadores admirables, jueganse desde niños con el
caimán, sabio y traidor en emocionante juego de muerte, y
hombres, pasan a nado, anchurosos ríos. Es realmente im-

presionante ver el paso de un río de los troperos que llevan su ganado rumbo a los lejanos gomales próximos a la frontera. Desmontan y desnúdanse presurosos e impávidos, y luego de aparejar sus cabalgaduras y acomodar sillas y el reducido equipaje en pequeñas canoas entregadas a lugareños, búscanse un palo liviano, que les servirá para cumplir su hazaña. Arrean luego con gritos al ganado y la caballada hacia el quieto río que brilla al sol de la tarde, y cuéstales mucho el hacerlos sumergir en el agua. Asustados los bovinos, vuélvense repetidas veces, pero al fin, vence otra vez la tenacidad del hombre, que ya los tiene nadando rumbo a la lejana orilla de la otra banda del río. Mientras tanto los hombres, semejan débiles muñequillos en medio del gran río y apenas bracean con un brazo, sosteniendo con el otro el liviano troncuero. Emociona el valor de estos hombres, al pensar en los ocultos peligros que los acechan: el caimán de adormilados y sanguinolentos ojos y fino instinto de cazador; la palometa que descarna en vivo y dá horrible muerte en rápido temblor de aleteos.

Navegando por estos ríos, pienso en la emoción que debieron vivir sus descubridores, almas inquietas y heroicas. Y acude a mi mente la señera figura del paceño Agustín Palacios, Ingeniero ilustre, explorador y hombre de ciencia en un país de doctores; de James Orthon, el iluminado Profesor de Filadelfia, precursor de los gomeros; de Edwin R. Heath, el Médico de Wisconsin, paciente y genial; de Lucio Pérez Velasco, otro paceño que honra a su tierra natal; de Francisco, Rómulo y Nicolás Suárez, hijos de la ciudad de Ñuflo de Chaves, patria de colonizadores, que fundaron la dinastía de los Suárez, exploradora, colonizadora, civilizadora, y por último, defensora del Beni; de Nicolás Armentia,

el olvidado, y es imposible olvidar la figura del Médico y gran señor que se llamó Antonio Vaca Díez, también cruceño, hijo de héroes, hombre de empresa, talentoso y visionario, que no en vano fué llamado el Cecil Rhodes boliviano. La República está en deuda de gratitud con estos hombres que escribieron con el heroísmo de sus vidas la poesía más profunda: la de la acción. Ya lo dijo Goethe: "Es muy fácil pensar, obrar es muy difícil y obrar según su pensamiento es lo más difícil del Mundo". De ahí pues que el hombre de acción realiza muy difícil tarea, y en un país donde todo está por hacerse, merece todo el respeto de la ciudadanía. Empero muy escasos oídos alcanzan a percibir la difícil poesía de la acción, y sin embargo, ¡...cuan grandiosa es en la conquista del bienestar humano!...

Gente tan aguerrida como sus hermanos de los llanos suramericanos, acecha, caza, pelea y hasta enlaza al jaguar, el hermoso felino americano que es el señor de la jungla. Acostumbrado desde niño a sentir su presencia, oyendo en las noches oscuras, que son "noches de tigre", su rugido aterrador, vincula el beniano, la idea del Rey de la Selva, hasta en sus creencias religiosas. "Habían dos clases de sacerdotes —dice José Chavez Suárez— entre los moxos. Los unos especie de magos o hechiceros con el poder de curar a los enfermos mediante ayunos, el uso del tabaco, el rezo de especiales oraciones, con beber infusiones de yerbas, etc. y haberse librado de las garras de un tigre, cuya salvación creían se efectuaba por la protección del Dios del Tigre invisible, más poderoso y con fuerzas superiores a las del tigre invisible. Los sacerdotes que reverenciaban al Tigre invisible, se llamaban Comocoi, quienes conocían el nombre de todos los tigres de la comarca. El indio que conseguía dar

muerte a un tigre, estaba obligado a preguntar al Comocoi, por su nombre, que desde ese momento lo adoptaba como suyo en vez del propio que tenía. A la muerte de un tigre, los Comocoi se retiraban al "bebedero", decían para conversar con los manes del animal muerto. Llamaban al tigre con el nombre de "Arama-Maco", que quiere decir, "Emperador Supremo"..."

Afróntanle pues con temeraria osadía, empleando toda clase de armas que harían sonreír a un cazador bien equipado pues todo le sirve: viejas lanzas criollas hechas de tacuara a cuyo extremo se ata una hoja de tijera o hierro afilado; hoces o agujadas largas; facones de hoja ancha; escopetas y rifles de todos modelos, machetes... Es interesante observar, el absoluto cuidado que tienen esos tiradores admirables, de no derrochar su munición, artículo estimadísimo en los desiertos, llevando para sus peligrosas cacerías, contadísimo número de cartuchos, seguros de no marrar ni uno de ellos, en ese duelo de muerte.

Y teniendo el Beni tan bravos hombres, tiene las más seductoras mujeres. La mujer española de la jungla es simplemente magnífica. Soñadora y lánguida, bella como flor de luna, en la tierra de la Hylaeas; con esbeltez de junco y ensoñadores ojos morunos en las inmensas pampas de Moxos. Heredera de las virtudes de sus abuelas cruceñas, son sensatas y sensibles, zalameras y enérgicas; fuertes en la adversidad, tiernamente femeninas en la abundancia. Es la cruceña con un encanto más: ese mal de lejanía en las pupilas, saudade que suelen traer esas sierpes centellantes que son los ríos, ¡caminos abiertos a todos los caminos del Mundo!...

El cruceño dejó la huella inconfundible de su paso aún en las estancias más alejadas, en los gomales del monte más inhóspito, donde alegra el cansancio de los viajeros, el ver hermosos tipos de mujer de garbosa y fina planta, que tienen esa lejana gracia morisca, que hace exclamar al poeta beniano, Fabián Vaca Chávez:

“No hay nada que supere tu gracia divina
cuando vas echada sobre un carretón
o cuando contemplas el sol que declina
desde el camarote de una embarcación”.

Empero aún más plenas de sugerencias que las bellas españolas de la jungla, son las nativas. Morena flor de América, parece llevar en sus duras y bruñidas carnes, el fuego voluptuoso de la selva incendiada de amores. Agil y sensual como felino en celo, tiene obscura cabellera lacia brillante de aceites y roja boca de fuego; siendo realmente cautivadora, caminando con pies ligeros, en airoso contoneo, altivos los senos en el cuerpo núbil y bien formado, fulgurantes los negros ojos, llevando en la cabeza en difícil equilibrio, cántaros o vasijas de arcilla. Esta actitud en la india beniana mereció estos versos de Reynolds:

“Incitadoramente lánquidas
esquivas, caprichosas o suaves
pasan lindas mujeres casquivanas
o mujeres deformes y procaces:
muchachitas mojeñas, ixinameñas
y santaneñas, típicas beldades;
itonamas de cutis de magnolia;
canichanas de hepático semblante;

apuestas arañas de ojos lípidos,
chapacuras de ojos anormales;
ardientemente pálidas, chacobas,
ardientemente sensuales;
guarayas que se escapan con escorzos
de corza perseguida entre breñales;
guayochas altaneras,
y caripunas, complacientes, frágiles.
Cuerpos que huelen a lo íntimo
de los cuatro elementos naturales:
a granero cerrado muchos días,
a mosto en los lagares,
a tierra en aguacero, labrantío
a vendimia, a cosecha y algo a sangre,
a faldas remangadas por el viento
y por él, receñidas, solazándose;
a yodo y a salitre
de las ardientes ráfagas australes
a desbravados montes,
a removidos mares.

Auribronceados cuerpos de las cambas
cuerpos elásticos y ágiles
y al mismo tiempo duros
como los guayacanes

Encandilados o azorados ojos,
ojos de sugestión, ojos imanes,
ojos de férvida mirada,
ojos de fiebre y de pasión que nace,
enardecidos ojos de posesas
en éxtasis quedándose,

ojos de la serpiente del pecado
fatales.

Una sutil fascinación emana
de sus tinieblas fulgurantes.

En la cabeza el cántaro de arcilla,
sueitas las manos y en liviano avance,
son aún más esbeltas, más gallardas,
y adquiere su prestancia más realce".

Tierra tan bella tenía que ejercer un raro hechizo sobre los espíritus de muchos hombres de la Europa lejana: el mal de jungla. Así, en el mundano corazón de Aimé Bompland, pudo más el embrujo de las selvas, que el esplendor de una Corte Imperial, pues gozando de la estimación de la Emperatriz Josefina, todo le sonreía: gloria, fortuna y amor, que despreció para refugiarse en el corazón de la selva de Misiones, allá en Santa Ana, patria de la yerba mate. D'Orbigny también oyó los llamados de la sirena y supo gustar su dulzor de muerte, deshaciéndose sin embargo, de sus enervadores brazos, para retornar a Europa. Las selvas benianas también robaron para siempre, como las misioneras a Amado Bompland, a dos nobles señores, que por rara casualidad, también eran nacidos en el dulce país de Francia. Conde normando el uno, y de la más rancia nobleza de la patria de San Luis, pues ostentaba su familia, blasones que datan de la época de las Cruzadas, esto es, los primeros de Europa, vino a Bolivia allá por el año 1889 integrando una brillante misión militar contratada por el Presidente Arce. Cumplido su Contrato, dicha comisión retornó a Francia, y no así el Conde, que alegre juerguista y encantador hombre de Mundo, había pagado viejos pleitos de amor en lejanas guarniciones del Imperio Colonial francés, en la Cochín-

china y Madagascar, y no deseaba volver a su país. Solicitó pues al Presidente, el continuar trabajando en Bolivia, esta vez ya no de oficial de Caballería, sino como Ingeniero Militar, en importantes exploraciones hidrográficas, y habiéndole aceptado complacido el primer constructor de ferrocarriles en Bolivia, quedóse el militar en América. Y vió el Conde el Río Yacuma y bebió de sus de sus aguas. Nunca más el amable soldado de Francia volvería a vivir su elegante vida de París, preso de los encantos de una beniana, que lo ató para siempre a la tierra movima...

Otra historia semejante vivió otro noble también francés, instalado en el pintoresco pueblo de Riberalta, llamado no sin razón, "la Orquídea de Manu-Tata", por la belleza del lugar donde el inmenso y sereno Madre de Dios se abraza con el anchuroso Beni, bajo el océano interminable y verde de la montaña. Sintieron ambos el dulce veneno del tropicalismo, mal extraño que ataca a los europeos en especial y a los americanos de centros urbanos, presos de la cárcel verde. El ambiente de voluptuosidad enferma de erotismo a los hombres, que poco a poco se ven posesos de fiebre insaciable, que en vez de calmarse con las aguas que busca el sediento, se enardece más con ellas, pues la tierra es tremendamente femenina, sabiamente agotadora. Y las víctimas bajo la acción afrodisíaca del medio ambiente, van decayendo espiritualmente, siendo más poderoso el maleficio cuanto más culto e inteligente es el enfermo, pues el mal de selva, es en el fondo, un irrefrenable amor a la belleza...

Por ser el Beni una llanura, en tiempos lluviosos, las pequeñas alturas que separan a los ríos no pueden contener las aguas que llegan desde las sierras, y se desbordan a la

pampa los caudales de mil ríos. Es entonces hermoso espectáculo ver desde lo alto la gran charca que semeja un inmenso espejo reverberando a la luz del sol. Durante medio año esas planicies sin fin, permanecen cubiertas por las aguas, y entonces hombres y ganados se refugian en las alturas que son llamadas "islas", por los pobladores. El ganado acostumbrado a buscar sus alimentos en el agua misma, es casi anfibio y es curioso ver como se mueve y nada afirmando una de sus extremidades para alcanzar arrocillos, gramalotes y patujúes, pastos que sobresalen del agua.

Inundados los caminos se tiene que viajar forzosamente en canoa y grandes navegantes los benianos saben de viajes de veinte días sobre las mansas aguas de los ríos. Esos viajes permiten al viajero apreciar la belleza de esta tierra estupenda. Cruzando ríos de notable anchura, se penetra lentamente en la maraña de canales y pasado el día, donde el sol reflejado en las aguas, quema a fuego, al atardecer, la hora más bella en el Beni, se ven puestas de sol de indescriptible belleza. Las sombras caen lentamente sobre la selva milenaria. Grata frescura invade el cuerpo antes fatigado por el fuerte sol. De pronto la luna aparece a un lado del río y su disco de plata se refleja sobre las aguas quietas. Bufeos que parecen mujeres de blancos senos, diríanse que tentarán a los navegantes, rompen de vez en cuando el cristal del río y de la selva llega un extraño concierto hecho de gritos de animales de los que el tigre es el amo y señor, gritos que el agua y el monte devuelven con lúgubres entonaciones. Hay olor a sartenejal, a tarope húmedo y corrompido en el ambiente cálido, y los hombres impresionados de tanta belleza, reman en silencio, turbado por el suave ruido de la canoa al cortar el espejo del agua. En cada re-

codo del río, en cada "torno", como dirían los benianos, se vuelve a ver la luna en la lejanía de la selva, se creen oír ladridos de perros, mugidos de bueyes, que alegran el corazón porque dicen de estancias hospitalarias después de días enteros de no verse un solo ser humano.

Son treinta y dos los ríos navegables, ¡grandes como mares interiores y de infinita y salvaje belleza...! IBARE, CHAPARE, YACUMA, MAMORE, BENI, GUAPORE, son misteriosas voces de América, que saben decir bien de aguas mansas y hondas ¡como la insondable mirada de cambia virgen...!

Tierra de los ríos, caminos que andan, será en el futuro, cuando en Bolivia se percaten de lo huidizo de las riquezas de América, y de la irrefrenable fugacidad de los metales, el bíblico y legendario Reino de Ofir, de donde las flotas del Rey Salomón, traían talentos de oro a raudales...

Los ríos se deslizan tranquilamente por entre frondas de eterno verdor y se puede navegar por días enteros, sin ver gente. Tierra de futuro el Beni, puede cobijar a millones de hombres. Tierra de promisión, en su vientre fecundo duerme una Humanidad en potencia.

SEGUNDA PARTE

AGRO

(Historia de la colonización, de los cultivos y problemas
agropecuarios)

CAPITULO X

EL EMBRUJO DE LAS SELVAS

Los españoles que capitaneados por Ñuflo de Chaves, arribaron desde el Plata, en busca del Gran Moxo y de una ruta que los llevase al Perú, quedáronse hechizados por el país que forma hoy, el Departamento de Santa Cruz. Tenía suelos negros, fecundos, inviolados; montes de exquisitas frutas silvestres; fiesta de colores en las aves del cielo; flores exóticas, y todo, bajo altos cielos "llenos de luz y de amor", que cantara el poeta. Fué tanta la semejanza del territorio descubierto con la patria de origen, que presos de sus encantos, sentaron sus reales en él. Y así, ellos, los inquietos buscadores de la quimera del vellocino de oro, los que podían "jugar un sol de oro, antes que salga", se entregaron a la cárcel verde, de la que no saldrían jamás, pues aún poseedores de tesoros de energía, hecha de codicia y ardimiento, se dejaron adormecer y acallar por tierra tan Yemenina.

Nació así, la ciudad, que trasladada después a los llanos del Grigotá, enfrenta a los cerros azules que señalan la ruta de la sierra. Pronto adquirió el tipo de las poblaciones de la patria: cortijos de casas blancas que resaltaban sobre el verde claro de la planicie, invadían los campos. Casitas tejadas de rojo, se recortaban en la transparencia del aire.

Frutos del mediodía de Europa, aclimábanse fácilmente y el sopor de las tardes recogía rumores de trapiches moliendo cañas. Pobláronse los campos de animosas gentes que se ocupaban de faenas agrícolas y hablaban con esa palabra fluída, que se escucha todavía desde Almería hasta Cádiz. ¡Cuanta semejanza con la Bética, la Casa de la Abuela, tan amada por fenicios, griegos, cartagineses y romanos...! Decía Waldo Frank, al evocar los pueblos andaluces: "Los pueblecitos andaluces son gemas blancas y doradas entre el pecho verde del campo. Los hombres y mujeres viven en un espejismo donde las casas forman el fondo mismo del cristal..."

Esta raza pastoril en tierras tan ricas, tiene pues una tradición eminentemente rural, y la contribución que hizo Santa Cruz a la República, fué la de realizar la colonización de todo el Oriente de Bolivia o sea de algo más de la mitad del territorio patrio. De esta españolísima ciudad, nacieron esforzados varones, inquietos y atormentados y bajo el signo de Nuestra Señora de la Aventura, que pudieron cumplir tan difícil hazaña.

La plácida vida hogareña, de tan dulce modorra e interrumpida apenas por las labores de la zafra, fiestas de alegría, donde la estridencia de los trapiches no lograba silenciar el cantar de los mozos y el rasqueo de guitarras, no pudo colmar las inquietudes de los descendientes de los Conquistadores. Esa sangre moza rebullía en sus venas y la Naturaleza misma, exhuberante y misteriosa, como una bella mujer de carne de embeleso y besos de miel y muerte, los convidaba a la gran aventura. Y el embrujo de las selvas convirtió a Santa Cruz de la Sierra, en el mÿor núcleo colo-

nizador del territorio de la República. Habitado el cruceño a desentrañar los misterios de la jungla, quiso violarla, y así comenzó la epopeya.

Viejas consejas de la desaparecida San Lorenzo el Real de la Frontera, oídas en ruedas de amigos, a la mortecina luz de un candil, en largas horas de velorio, hablaban de tesoros de la Ciudad Ensoñada, "donde el oro representaba las lágrimas derramadas por el Sol"; otras leyendas decían de riquezas escondidas por los incas: incensarios, vasijas, inmensas copas para libaciones; momias de largas capas pluviales, profusamente adornadas de piedras preciosas, enterradas a la muerte de Atahuallpa, en las quebradas del Ichilo. De ríos de oro y diamantes cerca de la serranía de San Simón; y los que habían logrado cruzar los ríos Grande y Parapetí, penetrando en las llanuras de Copere, en la llamada Cordillera de los indios chiriguanaes, habían oído de Caciques centenarios, la leyenda del cerro de misterio, "El Cortado", que perdido en la inmensidad de la llanura, en el corazón mismo de la América Meridional, guardaba tesoros que los Jesuitas expulsados en 1767, escondieron en su fuga; cerro que emergiendo en forma imprevista en el horizonte, y luego de ser visto de muy cerca por los fatigados viajeros, desaparecía de pronto, perdido entre brumas y el oscuro bosque del océano de verdor de la planicie.

Los Gobernadores de Santa Cruz, desde 1600, trataron de someter a las naciones que habitaban el Oriente de la República, empero, la colonización de todos los tiempos, se hizo exclusivamente por obra de la iniciativa y esfuerzo particulares, movidos por el ideal de la Cruz. Se organizaban expediciones que partían a lo desconocido en animosos gru-

pos de jinetes que rodeaban carretones tirados por bueyes, en los que viajaban mujeres y niños. Esos hombres iban luchando contra toda clase de obstáculos, y ríos, ciénagas de muerte, montes hostiles, arenales inacabables, saben de su sacrificio, y tal como los BANDEIRANTES del Brasil, llevaron la civilización a la selva antes dormida. Cuando agonizaba la tarde y al rutilar de las estrellas, acampaba la expedición y la guitarra dejaba escuchar sus melodías, que enviaban mensajes de amor al pueblo lejano que era idealizado a la distancia, pues conocido es el ciego amor que tiene el cruceño por su país.

Continuaba el viaje y nuevos paisajes deslumbraban los ojos de los expedicionarios. De pronto, descubriase a lo lejos, un claro en el bosque, y las arenas blancas anunciaban la proximidad de un río, ¡grande y majestuoso río de aguas mansas!... ¡Oh, la magia del agua, bienhechora del cuerpo y del alma, en los inacabables desiertos!... La aparición del río reverberante cual sierpe gigantesca, oloroso a monte virgen, debió ser acogida con vivos gritos de entusiasmo tan semejantes al ¡Thalassa!... ¡Thalassa!... de los griegos de Jenofonte al divisar las orillas del Ponto Euxino. El agua supone el deleite de la pascana reparadora bajo la fresca umbría; la caricia de las brisas perfumadas que llegan desde el bosque arrullando la hamaca viajera, es decir, el retorno al goce del vivir, sensual e intensamente, junto a la Naturaleza. Luego, la agonía de la tarde, donde las tintas de las sombras borraban la policromía de celajes, finas nubecillas cuya suave luz dibuja gráciles palmeras que entre el verde oscuro del monte indeciso se van esfumando lentamente...

El manto de la noche cubre ya la selva vencida. Asciende al cielo como una plegaria, el triunfal himno a la Naturaleza. El monte llénase entonces de un pandemonio de rumores y no hay concierto más impresionante que el de las voces de la montaña hechizada. Lúgubres cantos de aves agoreras, como el guajojó, el urutaú de los guaraníes; isócronos golpes de hacha que resuenan gravemente sobre los troncos, golpes producidos por pequeños silvanos, geniecillos de la selva; algarabía de monos y otras bestias huyendo del enemigo voraz e implacable, y como dominando el coro de voces, el trágico aullido del borochi, que retumba en el monte con clara resonancia y parece alejarse de "torno" en "torno", en el río cercano. Grillos y sapos inician su concierto. Tan sólo un poco de cielo cubierto de estrellas rutilantes, entre la prisión del monte agobiador, en lo alto, y el desgarrador aullido de los borochis, arañando el alma, durante toda la noche. Rodeados por extrañas luces fosforescentes, que son los ojos de felinos asombrados, que se aproximan cautelosos, y sintiendo en el corazón ese rumor de selva, que es rumor de eternidad, se logra comprender el hechizo de la montaña sobre el alma superticiosa e inquieta de los descendientes de los Conquistadores.

Pero no siempre la caravana llegaba a un río prodigador de esperanza. También le tocaba cruzar arenales interminables, escenario atormentado y dantesco. Horrible arboleda tejida de zarzas, desolada, sin agua; quietud de monte muerto y siniestro, aprisionaban entre los garfios afilados de muerte, a esos hombres que torturados por crueles visiones provocadas por la fiebre, arañados por las finas uñas de la selva implacable y celosa, que desgarraba sus carnes, fueron recorriendo, explorando y poblando vastas comar-

cas desconocidas. Y el tormento de los pantanos. Sumergidos a veces en el barro negro y pestilente, hasta el pecho, iban los héroes levantando nubes de mosquitos que los acosaban, martirizando sus carnes con finísimos estiletes. A su paso, movíanse verdes víboras perezosas que tenían hasta diez varas de largo y podían estrangular un toro, que despertaban de su pesado sueño haciendo movedizo el lodo maloliente. También los acechaba el peligro del caimán de voraces instintos, que tanta sutileza tiene para coger a sus víctimas. Un sol abrasador que se reflejaba en el espejo del curiche, donde flotaban bellas flores acuáticas, quemaba las carnes de los expedicionarios y les impedía gozar del espectáculo de miles de garzas, batos, parabas y colibríes, que se alborotaban al paso de los vencedores de la selva.

Continuaba la marcha de los expedicionarios por semanas, siempre conociendo nuevos paisajes, y con dificultad se puede uno representar la suma de energías que se necesitó para explorar, recorrer y colonizar los dilatados confines de tan vasta Provincia.

Fundada la República, mientras los hombres de otros departamentos se entregaban con rara energía, a sostener cruentas luchas fratricidas, los cruceños siempre ansiosos, enfermos de amplios horizontes, navegaron todos los ríos, violaron la selva, dejando por todas partes, la huella de su paso. La locura de la goma que significó un doloroso desangre para Santa Cruz, siendo su desgracia también fué su gloria: sangre generosa señaló el paso de los Conquistadores de la selva; ríos como mares interiores sirvieron de tumba a muchos, y otros durmieron el sueño eterno bajo el verde dosel de las selvas amazónicas.

Los Vaca Díez y Suárez, colonizadores de la Amazonía boliviana; los Saucedo Ortiz, los Ibáñez, de la Provincia de Ñuflo de Chaves; los Gutiérrez, señores de Cordillera; los Suárez Arana, exploradores, civilizadores de Velasco y muchos otros rubricaron con su coraje la página más heroica de la Historia cruceña: la de la conquista de la selva. Lenta, trabajosamente, dolorosamente, se incorporaron a la civilización y la República, enormes extensiones de tierras ignotas, que constituyen hoy, Moxos, el Beni, Cordillera, Velasco y demás provincias cruceñas.

Ese inquieto espíritu de los descendientes de los fundadores de Santa Cruz, se conserva a través de todos los tiempos. Todo el norte de la República Argentina, está sembrado de apellidos cruceños y hace pocos años, un puñado de expatriados se instaló en un lugar denominado Tartagal, cerca del Orán, hoy próspera ciudad, poblada casi íntegramente, por bolivianos. La Historia recuerda asimismo, cómo durante el año de 1816, la sed de sangre del feroz Brigadier del Rey y Coronel de los Ejércitos Reales, por desgracia, cruceño, Francisco Javier de Aguilera, arrojó a muchas familias al destierro en Matto-Grosso y el norte argentino, no retornando jamás al terruño. Muchos hombres salieron del viejo poblado para no volver, y muchos de ellos hechizados de montaña, se enamoraron de la vida inocente y feliz de los bárbaros e internándose en los montes, no retornaron jamás al seno de los blancos... Otros, en tierras extrañas, ven a través de una imagen religiosa, la Santa Virgencita de Cotoca, al pueblo amado, casi borrado en la distancia...

Tenía razón, cuando decía un poeta que se llama Raúl Otero Reiche —los poetas siempre tienen razón— que

el río, el viento, el bosque, se reflejan en la dulzura de esa imagen. El río manso y hondo, que entona su eterna canción entre enramadas floridas; el viento que canta su sinfonía en el cordaje de las gramíneas y árboles agobiados; el bosque, que al decir de Mendoza, es casa, abrigo, alimento, templo, lecho, dosel. La encontró un leñador un día, en un árbol, en este país en que el hombre tiene la emoción vegetal de la raíz y parece la Virgencita, una señorial "niña del estrado", de blasonada estirpe hispana, y es bella y suave como una puesta de sol junto a un río poblado de canciones. Es la madre protectora de los orientales. En ella ven con los ojos velados por la niebla de la ausencia, a esta tierra de naranjos, palmeras y mujeres que semejan muñecas. Ese mal de lejanía, saudade interior, golpea el corazón de los ausentes, al volver escuchar en el recuerdo de la santa imagen, las queridas voces familiares perdidas en el pasado. En ella se vuelve a sentir un patio umbroso, del clásico aljibe; la serenata junto a la reja, el gitano cantar. Por ella, también se evoca la plateada cabellera de una anciana, que suspira de amor maternal entre macetas florecidas.

En la lujuriente tierra de los vencedores de la selva, la muerte acecha ansiosa a los hombres, que solo encuentran su ánclora para todos los piélagos, su broquel y su consuelo, en la Señora de Cotoca, Nuestra Señora de la Esperanza.

Pero como la esperanza es lo último que se pierde en el corazón humano, en muchos hogares se habla aún del ausente contemplando un retrato, y aún se lo aguarda, pues en los atardeceres donde el sol parece incendiar el cielo y las sombras comienzan a caer, al gemir de las campanas al

oque de Oración, muchas madres, hermanas, novias cruce-
ías, interrogan ansiosamente al horizonte, escuchando en su
corazón, el paso sonoro de una cabalgadura, a la inútil es-
pera de los que no devolvió la selva...

CAPITULO XI

JESUITAS

La Historia de la Iglesia Católica, está llena de más sabias enseñanzas, como aquella que se refiere a la inquieta vida de Iñigo de Onaz y Loyola, aquel vasco recio que decía, "Nada le resulta difícil al que quiere", santo que "pensaba y obraba como soldado", que pasó a la eternidad con la inmarcesible gloria de haber salvado a la Iglesia de Cristo, con el nombre de San Ignacio de Loyola. Nacido en el Castillo de Loyola, Guipuzcoa, en el corazón mismo de la tierra vasca, de airosos maizales y dehesas de verdor intenso; de avenidas de hermosos castaños y encinares, era de la más noble sangre de esa raza de hidalgos que es la vascongada, y eran las armas de los señores de Onaz y Loyola, dos lobos puestos sobre los pies, que sacan la lengua y miran con voracidad una caldera pendiente de una cadena larga. Este símbolo, fué el de la orgullosa casa de donde proviene, el humilde siervo de María.

Educado en el boato y la frivolidad, fué Iñigo, fino cortesano hasta el día en que habiendo sufrido una grave herida en una pierna, en el sitio de Pamplona, defendiendo quijotesicamente esa plaza a las órdenes de Don Francisco de Herrera, en desigual batalla contra los soldados de Fran-

cisco I de Francia, reflexionó en la fragilidad de las glorias de este Mundo, convirtiéndose en el más grande soldado de la Iglesia, todo por la Santa Virgen María, la Dama de su corazón. Poseído del más grande arrepentimiento por su vida pasada, entregóse al estudio comprendiendo que es palanca poderosa para servir los altos ideales, y así, a los cuarenta años de edad hace intensa vida de estudiante en la Universidad de París, que supo de las enseñanzas de Santo Tomás de Aquino. A esos lejanos años de estudiante, se remonta la formación de la gloriosa Compañía, que tanto bien haría al Mundo, pues en Francia encontró sus amigos y discípulos, que organizaron aquella SOCIETAS JESU, origen y plantel de los Tercios Ignacianos. La Historia recogió los nombres de sus lugartenientes, sus primeros amigos que llevaron por todo el Mundo, la fuerza de su espíritu y su voluntad. El más grande de ellos, fué sin duda, aquel otro vasco como él, y como él, noble de sangre. Se llamaba Francisco de Yasu y Javier, y pasó a la posteridad con el nombre de San Francisco Xavier, muerto en misión apostólica en el Asia lejana. El "más humilde de los discípulos de San Ignacio"; el que se contentaba con el arroz de los pescadores de perlas y recorría tierras extrañas vestido de Sacerdote pobre de la India, murió al rayar el alba del 27 de diciembre de 1552.

Pedro Le Fevre, el dulce discípulo aldeano de Saboya; Simón Rodríguez, el noble portugués; Lainez, Salmerón, Bobadilla, fueron los primeros soldados de los Tercios Ignacianos, que recuerda el Mundo el 31 de julio, con emocionada gratitud para aquel que "pensando y hablando como soldado", elevó a la Iglesia de Cristo, en elevada y enhiesta peña, solo por el milagro de su voluntad acerada y su diá-

fano amor a su Dama: la Santa Virgen María, dueña de su corazón.

Recorriendo los vastos territorios que constituyeron el Virreinato de La Plata, se comprende cuan profunda fué la influencia de la Iglesia Católica en la gesta civilizadora en estos países que hablan y rezan en la lengua de Castilla. Sitial de honor tienen en la labor civilizadora de todo un Mundo, los Soldados de Loyola, cuya huella fecunda se encuentra en los lugares más apartados, en las minas de alturas más inaccesibles, en los bosques más inhóspitos.

Poderosa es en verdad el arma de la fe, que hizo posible el descubrimiento, colonización de un Continente, y sabios monarcas aquellos constructores del Imperio, "donde no se podía el Sol", donde cada súbdito parecía un Rey capaz de sojuzgar Imperios y que el utilitarismo y racionalismo moderno, jamás podrá igualar ni imitar. Recibo estas sugerencias, al descubrir emocionado, en mis largas peregrinaciones por la tierra oriental, los rastros siempre fecundos de los Jesuitas, sin cuyo concurso, la España guerrera no hubiera podido realizar el prodigio civilizador. Empero España y la Santa Iglesia Católica son dos términos inseparables, pues ya lo dijo el ilustre pensador granadino, genial y torturado Angel Ganivet: "Muchas veces reflexionando sobre el apasionamiento con que en España ha sido defendido y proclamado el dogma de la Concepción Inmaculada, se me ha ocurrido pensar que en el fondo de ese dogma debía de haber algún misterio de nuestra alma nacional; que acaso, ese símbolo, símbolo admirable...! de nuestra vida, en la que, tras larga y penosa labor de maternidad, venimos a hallarnos a la vejez con el espíritu virgen; como una mujer

que atraída por irresistible vocación a la vida monástica y ascética y casada contra su voluntad y convertida en madre por deber, llegara al cabo de sus días a descubrir que su espíritu era ajeno a su obra, que entre los hijos de la carne, el alma continuaba sola, abierta como una rosa mística a los ideales de la virginidad..."

Tan profundamente unida está pues, el alma española con el alma de la Iglesia Católica, que es imposible separar la una de la otra, y si no fuese de todos conocida, la contribución de España, y con ella, de la Iglesia Católica a la formación de la cultura de las Repúblicas hispanas, sería necesario destruir los prejuicios creados por la leyenda negra, de los mercaderes rubios, dignos intérpretes del espíritu de Caliban.

A medida vamos descubriendo la obra inconfundible de los Jesuitas en la América India, crece nuestra admiración por la creación de San Ignacio. Fueron los soldados de Loyola, los primeros exploradores, y sobre todo, civilizadores de los indígenas, y siendo flor de gentes, en virtudes y saber, su contribución a la Ciencia que no tiene fronteras, también es invaluable. Geógrafos y cartógrafos ilustres; etnógrafos y etnólogos, lingüistas y filólogos, edificaron verdaderos monumentos de saber y paciencia como preciado legado al Mundo. Historiadores y cronistas, botánicos y zoólogos; matemáticos y astrónomos, farmacéuticos y médicos, teólogos y jurisconsultos meritísimos, dejaron todos los rudimentos del saber en esta tierra virgen y tan profunda fué su obra, que América todo les debe, pues son los verdaderos introductores de cultivos, creadores de las industrias agropecuarias, primeros mineros y azoqueros y gloriosos maestros

de artesanía, entre tanta gente de guerra que la Conquista trajo a la América.

Tan vasta labor, se coronó dentro del territorio que había de constituir el Virreinato de la Plata, con dos magníficas Universidades; la de Córdoba y la de Chuquisaca, fundadas ambas por los Padres de la Compañía de Jesús, a principios del siglo XVII. La Universidad de Córdoba fué la expresión más elocuente de la cultura Jesuítica colonial, y como la de Chuquisaca, era eminentemente aristotélica, y al decir del ilustre Jesuíta Guillermo Furlong: "Primaban en ellas la inteligencia sobre la voluntad, el afán de plasmar hombres pre- valecía sobre el afán de hacer profesionales, y por esta causa aquellos centros de cultura tuvieron unidad, tuvieron universalidad y tuvieron proporción. En nada se parecían aquellas dos universidades a lo que hoy día damos el nombre de tales, ya que no pasan de ser un conglomerado inconexo de escuelas profesionales".

"Desterrada de nuestras modernas universidades la Metafísica, el entendimiento humano no puede levantarse sobre el plano de la experiencia sensible y como en este plano todo es hipotético, cambiabile y dudoso, es la inteligencia una criada, más o menos afortunada, pero no la reina, como lo era en aquellos antiguos centros del saber. El "hombre económico", producto de nuestras universidades sin alma, no podrá jamás equipararse con el "hombre humano", el humanista, producto de las viejas universidades. Estas dieron a la patria innúmeros varones de una tésitura y de un equilibrio tan maravilloso, que hoy, a pesar de la población cincuenta veces mayor, y a pesar de todas nuestras bibliotecas, gabinetes, especializaciones, becas, seminarios, no exis-

ten, y el grito angustioso es éste: no hay hombres. ¡...Crisis de hombres...! He ahí, la tragedia de la Universidad desaris-totelizada”.

“En vano hoy, la leyenda negra, atribuye al dogmatismo cerrado de las universidades católicas en el absolutismo español, como un factor de la guerra de la Independencia. Menéndez y Pelayo y Ramiro de Maetzu, aseveraron que precisamente, uno de los factores que más han contribuido a la independencia de las posesiones hispanas de América, fué la expulsión de los Jesuitas. No hay que olvidar que los expulsados especialmente los criollos, como el Jesuita peruano Juan Pablo Vizcardo y Guzmán, los rioplatenses Juan José Godoy, Cosme Antonio de la Cueva, el mexicano Salvador López, el chileno Manrique Lara, el cubano Hilario Palacio, se constituyeron en activos agentes de los ideales de la emancipación”. “No creemos —continúa Furlong— que el número de Jesuitas que en el destierro favorecieron las ideas emancipadoras ascendiera a trescientos, como asevera Mancini; pero debieron ser no pocos según los datos verídicos que hemos recogido”.

Corresponde pues a los Jesuitas, un puesto de honor entre los precursores de la Independencia, y muy pocos sin embargo, como el tucumano Diego León Villafañe, que falleció en 1830 lograron ver la patria libre.

Empero no solamente los Padres son los forjadores del alma de estos pueblos, sino fueron verdaderos maestros de artesanía y creadores de industrias, civilizadores al fin, tanto más admirables cuanto más conocidos. Así, las rojas vigas de corazón de madera, tirantes, soleras centenarias de la ve-

nerable Casa de la Moneda de Potosí, fueron labradas por hachas y azuelas vigorosas de los Jesuitas. Sólidas puertas, vetustas ventanas; verjas tejidas en hierro; señoriales y artísticas rejas de los balcones coloniales; chapas, aldabones y candados, que uno admira en dormidos pueblos coloniales, son producto de su laboriosa fábrica. Impresores y grabadores, a los Jesuitas se debió la primera imprenta, y a ellos también la primera obra aparecida en la ciudad de los Reyes, en 1584. Luego, lagares y alambiques, alquitaras creadoras de la industria del vino; curtiembres que hasta hoy tienen prestigio, todo pudo acometer su genio civilizador, y si aún todo esto no bastara para asombrarnos, fabricaron también instrumentos de Astronomía, lentes y telescopios; instrumentos de relojería, y siendo músicos inspirados, órganos neumáticos, ¡...clavicordios, guitarras, violines y trompetas...!

Arcada primorosa, columnas de fino arquitrabe, leve cornisa, firme capitel; gracioso artesonado de roja y eterna color, ¿qué arquitecto inteligente os levantó? Retablo de fina madera esculpida, macizos candelabros e incensarios de plata potosina, delicados relicarios esmaltados, púlpitos severos, que son un verdadero poema labrado en madera, portadas opulentas, ¿qué artista sutil fué vuestro creador?

Si se considera en el sinnúmero de útiles, herramientas y enseres que se necesitan para crear una civilización en el desierto, utensilios que no pudieron traerse del viejo Continente por muchos motivos, crece nuestra admiración por la labor de los Padres.

La inmensa mayoría de las obras de arte, debidas a los miembros de la Compañía de Jesús, han desaparecido,

pero quedan algunos monumentos como el viejo Cabildo porteño, que fué construído por los Jesuítas. La venerable Universidad de Córdoba, cuyas aulas, salones y claustros, no solamente hoy están en armonía con las exigencias de la cultura, por su amplitud y belleza arcaica, sino también porque poseen magnificas condiciones de habitabilidad.

¿Y qué decir de los claustros de la muy ilustre Universidad de San Francisco Javier de Chuquisaca? Pero, cedamos la palabra al maestro que tanto la amara, Gabriel René Moreno: "El tiempo —dice— no ha alterado todavía la majestad del edificio, ni los artesonados coloridos de sus techumbres, ni el granito elegante de sus pilares amarillos, ni las baldosas y empinados sauces del patio, ni el murmullo inextinguible y armonioso de su fuente central".

Imperecederos monumentos que se renuevan anualmente en pródiga ofrenda a la América, son también muchos huertos de frutales, que los Jesuítas introdujeron al Nuevo Mundo, pues por instinto y por instituto, enseñaban a los pueblos, su cultivo. Y ahí están como recuerdo de su fecundo paso por el Virreinato de la Plata, los naranjales paraguayos de Misiones y Santa Fe, los olivares de La Rioja, las viñas de Jesús María, de Mendoza y Santa Catalina, los manzanares de Calamuchita, los perales y durazneros de Alta Gracia, y los nogales de Jesús María. En el Alto Perú, manos jesuítas plantaron las primeras cepas de vides en las quebradas de Cinti, Sapahaquí y Luribay, y a los Padres se debe la introducción de naranjos en Yungas y el Oriente, durazneros, perales y manzanos.

Santa Cruz que tanto debe a los Jesuítas, tiene también un glorioso representante en los Tercios Ignacianos. Es

el hidalgo señor D. Rodrigo de Mendoza y Orellana, descendiente de las más nobles e ilustres casas ibéricas y vástago de la familia de Ñuflo de Chaves, Jesuíta que según lo prescribe la regla ignaciana, trocó su nombre por el de Cristóbal, esto es, portador de Cristo, mártir y santo, cuya vida, pasión y muerte, mereció una hermosa biografía de Hernando Sanabria Fernández.

El P. Cristóbal de Mendoza, el dulce y caritativo Pay Quirito de los rudos salvajes del Guayrá, que merecerá sin duda las glorias de la canonización, será por siempre un símbolo de los Tercios heroicos, que, sin más armas que las de un bastón coronado por una cruz, ganaron para la España, "Evangelizadora de la mitad del Orbe, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio", todo un Mundo, y para la Santa Iglesia Católica, un inexpugnable baluarte.

CAPÍTULO XII

HISTORIA DE LA GANADERIA CRUCEÑA

Lejos de imaginar estuvo el sucesor del infortunado Adelantado Don Pedro de Mendoza, Domingo Martínez de Irala, el prodigioso desarrollo que tomaría al correr de los años, la industria ganadera en esta parte del Continente, al abandonar en el derruido fuerte de Buenos Aires, cinco yeguas y siete potros que formaron las primitivas tropas de ganado cimarrón que poblaron las llanuras de la actual República Argentina.

Penetró en esa época, el Gobernador Irala siguiendo siempre el curso de los ríos hasta el corazón mismo del Continente, y tal como lo establece Finot: "Se sabe que Irala alcanzó en este viaje hasta los Jarayes, y que volvió a la Asunción después de descubrir la Isla de los Orejones..." "Y este viaje que puede situarse en 1542 fué memorable, pues Irala llevó en él, algunos caballos y vacunos de los muchos que trasladara a la América, la opulencia del Adelantado D. Pedro de Mendoza. Posteriormente, y como lo hace notar el citado historiador Finot: "...en 1547 encabezó Irala una nueva expedición hacia la tierra rica. Salió de Asunción con doscientos cincuenta españoles, veintisiete caballos y dos mil indios amigos..."

Pero si es de Irala el lejano prestigio de haber introducido muy escasos ejemplares de caballos sobre todo, a la nueva Provincia, corresponde a Ñuflo de Chaves, el honor de haberlo hecho en número apreciable, trayendo además, vacunos y cabras. Así en el año del Señor de 1550, Ñuflo de Chaves, en el glorioso viaje a pie del Perú al Paraguay, introduce a la Provincia de Santa Cruz y Moxos, y a toda la región bañada por el Plata y sus afluentes, las primeras ovejas y cabras.

La famosa carta del Cabildo de Asunción a Su Majestad, el Rey, carta del 26 de octubre de 1564, dice: "Con el propio acuerdo y parecer, por marzo del cincuenta y ocho (1558) se despachó de esta ciudad, al Capitán Ñuflo de Chaves, a asentar y fundar otro pueblo en la Provincia de los Xaraies, y sus comarcas. Conforme a los acuerdos que sobre esto hubo, salió con ciento cuarenta y tres españoles, mucha parte de ellos, de los vecinos casados y solteros, que a su costa y misión fueron a hacer la dicha población; llevaron 24 navíos de vela y remo y 150 canoas y hasta ciento veinte caballos y yeguas, con todas las armas y municiones necesarias, ganados, plantas, semillas y mil quinientos indios amigos, en su ayuda y servicio..."

Esta carta reivindica para el Capitán, el insigne honor de ser el creador de la actual industria agropecuaria en todo el Oriente boliviano, y aunque esta expedición le trajo más gloria que provecho, pues aunque gran parte de los expedicionarios volvieron a la Asunción, quedaron sin embargo muchos ejemplares de vacunos y equinos, que formaron la gran riqueza pecuaria de la nueva Provincia.

En el año de 1580, D. Juan de Garay, otra gran figura de la Conquista, que con Ñuflo de Chaves, son sin duda los hombres que más contribuyeron para incorporar a la civilización esta parte del Continente, al fundar la ciudad de Buenos Aires, conduce desde Asunción, 1.000 caballos y 500 vacas, siendo los primeros vacunos introducidos en Buenos Aires. Sabido es que Garay vivió largo tiempo en el Perú y que fué Regidor del primer Cabildo cruceño, tan digno de ser rememorado por las Autoridades y conocido por el pueblo. Tal como lo afirma Pastor Obligado: "...fué el ilustre General D. Juan de Garay, quien más adelante llevó la civilización del Plata, y después de muchos años de afanes incansables y trabajos infinitos, cayó víctima de emboscada de salvajes a orillas del majestuoso Paraná, en la laguna San Pedro. Carácter abnegado, corazón generoso y desprendido en extremo, dejó por único tesoro el de su nombre inmarcesible que se destaca con los más suaves y fúlgidos destellos, brillando como tipo de la hidalguía española y apóstol de la civilización de un Mundo".

Para lograr Garay, la arriesgada empresa de fundar pueblos en tierras de los bravos querandíes, y ganar para tan ruda lid, el apoyo de la gente de guerra, ofreció el señuelo del ganado cimarrón que existía en las pampas que baña el Plata y comprobado está que antes de Garay no existían vacunos en el territorio que formaría después el Virreinato de la Plata.

Probablemente en 1557 el Capitán D. Juan Núñez del Prado, que intentó la conquista del Tucumán; Diego de Rojas y Francisco de Aguirre que lucharon en esa difícil empresa, introducen en todo el norte argentino y la parte occi-